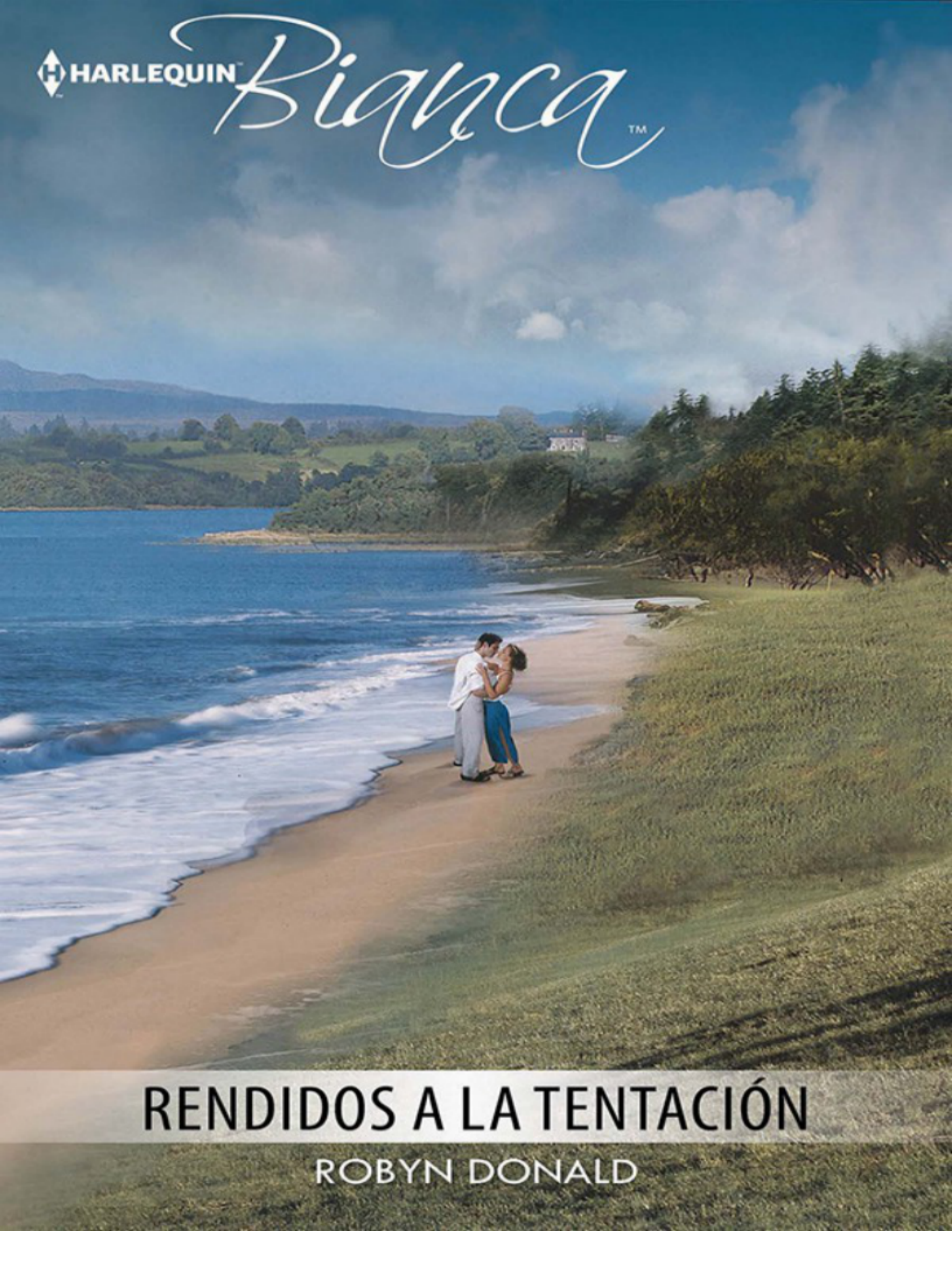

HARLEQUIN
Bianca
RENDIDOS A LA TENTACIÓN
ROBYN DONALD



RENDIDOS A LA TENTACIÓN

ROBYN DONALD



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Rendidos a la tentación, n.º 1451 - febrero 2018
Título original: The Temptress of Tarika Bay
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-9170-733-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

MORNA Vause apartó la vista del toro que pasaba frente a ella y echó un vistazo a los espectadores de la Exhibición Agrícola y Ganadera. En el ambiente flotaba el sonido de una música metálica mezclada con el ronroneo de una multitud de neozelandeses pasándolo bien.

–Me sentiría más segura si hubiera algo más que una tira de alambre y unos cuantos espectadores entre ese animal y yo –murmuró con voz aguda.

–Sé que eres una urbanita de pro –sonrió Cathy Harding–, pero, ¿puedes imaginarte a algo tan grande corriendo? Apuesto a que hasta yo soy más rápida. Con la longitud de tus piernas, el animal ni siquiera tendría posibilidad de acercarse a ti. ¿Te aburres? ¿Quieres que volvamos a casa?

–No estoy aburrida –replicó Morna, sinceramente. Entrecerró los ojos y miró el despejado cielo azul desde debajo del ala de su sombrero–. Estamos en otoño, se supone que debería haber refrescado.

–No aquí, en Northland.

Morna echó una ojeada a la multitud; su mirada se detuvo en una cabeza arrogante, a pocos metros de ella. Su dueño medía alrededor de un metro noventa, tenía el pelo negro azulado, piel olivácea y aire de autoridad. Sintió un destello de interés que solo había sentido una vez en su vida.

Se recordó que la vez anterior no le había ido nada bien. El resultado había sido humillación, dolor y una amarga sensación de traición y pérdida de autoestima.

Físicamente, el hombre no se parecía a Glen. Era mucho más alto y tenía una espalda tan ancha como un leñador. Glen adoraba la ciudad, mientras que el hombre al que miraba tenía aspecto de pertenecer a la escena rural.

Una oleada de calor recorrió su cuerpo. Solo veía un pómulo fantástico y una nariz y una barbilla bien definidas; pero algo en su postura, ¿quizá un aura de total confianza?, le provocó un rechazo inmediato. Glen también había tenido…

Apartó sus recuerdos, se abanicó con fuerza y volvió a concentrarse en el circuito, donde otro enorme animal iniciaba su paseo con el hombre que lo guiaba.

–¡Mira, ahí está Marty con nuestro toro! –exclamó Cathy–. Nick está encantado porque haya ganado el premio de Campeón de Campeones.

Nick Harding era el esposo de Cathy y hermano adoptivo de Morna.

–Es un animal magnífico. Espléndido –dijo Morna respetuosamente, apartándose un mechón de pelo negro y húmedo del rostro.

–Yo no lo llamaría espléndido, sino abrumador –Cathy soltó una risita–. Te he visto admirarlos en las cuadras con Nick, como una ganadera veterana.

–Me encantan esos colores bruñidos. Me hacen preguntarme si podría conseguir ese efecto en una joya. Tendría que usar esmalte…

–Me intriga que confíes en las formas y colores de la naturaleza. Diseñar y crear joyas es muy sofisticado.

–Los materiales en crudo son básicos –apuntó Morna, arrugando la nariz–. Las piedras y metales preciosos son un regalo de la tierra. Y, si hablamos de sofisticación, ¿podría haber alguien más sofisticado que Nick? En cambio, aquí está, disfrutando como el que más.

–Ya conoces a Nick, se entrega por completo cuando algo le interesa. Disfruta aprendiendo genética, las palabrotas adecuadas para decirles a los perros pastores y cómo clavar postes.

–¡Nunca tuvo ningún interés por las granjas! Éramos los típicos niños de ciudad, ni siquiera sabíamos de dónde venía la leche. Y después se convirtió en el genio de la publicidad en la mejor agencia de Auckland…

–Es imposible ser más urbanita que eso –Cathy rellenó el silencio. Morna se recriminó por sus palabras, pero era muy difícil no hablar del pasado que los había llevado a conocerse.

A su espalda oyó un risa masculina, profunda y sensual, que le provocó escalofríos. Recordó al alto desconocido de pelo oscuro y se rió de sí misma por comportarse como una adolescente enamoradiza. Inclinó el ala del sombrero para que ocultara su rostro.

–Ojalá nos hubiéramos conocido sin Glen de por medio.

–No se puede cambiar el pasado –afirmó Cathy–. Si no hubiera sido por él, seguramente no habría conocido a Nick, y eso sería…, ahora soy muy feliz. Espero que algún día encuentres a alguien en quien puedas confiar.

–Yo también –Morna se encogió de hombros, en realidad no lo esperaba, y cambió de tema–. Me impresiona lo bien que encaja Nick. Los hombres de las cuadras lo tratan como un igual, y sé que la gente del campo no se entrega fácilmente.

–Nick encajaría en cualquier sitio –como siempre, la voz de Cathy se tiñó de amor y orgullo al hablar de su esposo. Miró a Morna de reojo–. Cuando te conocí, me pregunté si lo querías.

–Lo quiero –dijo Morna con calma–, pero no como insinúas. Daría mi vida por él, pero lo considero un hermano. Siempre lo ha sido y siempre lo será.

–Los dos mosqueteros –asintió Cathy–, uno para el otro y el otro para el uno –soltó una risa–. Tenía celos.

–No había por qué. Somos familia. A ti te quiere de una manera distinta –sonrió a Cathy.

–Y yo lo quiero a él –el rostro de Cathy se iluminó.

Morna se preguntó qué se sentiría al ser tan diminuta y delicadamente bella como la mujer que tenía al lado. Aunque no cambiaría su altura y la marcada estructura ósea de su rostro, de vez en cuando pensaba que sería un cambio interesante que un hombre la amara con el afán protector que Nick reservaba para su esposa.

Se movió incómoda, sentía un cosquilleo en la espalda. Su instinto le dijo que alguien la estaba observando con un interés especial.

–Si te interesa un auténtico señor feudal, tu vecino Hawke Challenger es el mejor candidato. Acaba de volver de África –dijo Cathy con una sonrisa maliciosa.

Morna se dio la vuelta y no la sorprendió captar la mirada del hombre de pelo oscuro. Sus ojos, claros en contraste con su rostro bronceado, la escrutaron unos segundos, antes de volver a concentrarse en la mujer que hablaba con él.

–¿Es ese? –preguntó Morna, furiosa por el frío escrutinio al que había sido sometida.

–Es el dueño del centro de explotación ganadera Somerville’s Reach –afirmó Cathy–. Y del exclusivo complejo vacacional Somerville’s Bay, y de su diabólicamente complicado campo de golf.

Morna sintió un cosquilleó de excitación febril. Hawke Challenger eligió ese momento para sonreír a la mujer que tenía al lado. A Morna le dio un vuelco el corazón. La incomodó percibir cómo un breve destello de dientes blancos y la distensión de una boca fuerte y masculina podían convertir una impresionante máscara de fuerza y poder en un rostro increíblemente atractivo.

Miró a su alrededor y comprendió que no era la única mujer que lo observaba oculta tras unas gafas de sol. Un carisma viril tan potente era como una señal de alerta roja para cualquier mujer que estuviera cerca. Asombrada por su reacción, e intentando resistirla, se concentró en lo que decía Cathy.

–Es un hombre muy interesante, se diría que tiene demasiada

presencia.

–Tienes toda la razón –corroboró Morna con voz ligeramente ronca–. Es demasiado, demasiado macho. No es en absoluto lo que esperaba.

El hombre volvió a reír. En vez de suavizar su rostro de bucanero, su risa parecía sardónica y acentuó la dureza de su perfil. Era verdaderamente atractivo, y sus rasgos marcados parecían ir acompañados de una formidable confianza en sí mismo, que retaba a los demás.

Morna tenía por costumbre evitar los retos, excepto los de negocios, y ese hombre era intocable. Sintió un escalofrío porque algo en él, en su sonrisa de superioridad, le recordaba a Glen. Se preguntó si Cathy no lo había notado.

–Ni siquiera te lo han presentado y ya has decidido que no te gusta –Cathy alzó una ceja, inquisitiva.

–Es muy guapo –masculló Morna. Estaba claro que a Cathy *sí* le gustaba.

–Desde luego –Cathy rio–. ¿Y qué?

–Los hombres guapos, exceptuando a Nick, suelen ser egocéntricos y engreídos –se dio la vuelta–. Te apuesto lo que quieras a que el tal Challenger está al acecho de las mujeres más guapas que hay aquí.

–Es increíble lo bien que interpretas el papel de mujer mundana y hastiada. Admiro ese mohín de desdén y el tono aburrido –Cathy sonrió burlona–. Si está acechando a las mujeres más guapas, te ha incluido en el grupo, porque no te quita el ojo de encima. Disimuladamente, claro, Hawke nunca es obvio.

–Seguramente está mirándote a ti y envidiando a Nick –dijo Morna incómoda, con un nudo en el estómago.

–¿Hawke? No, las mujeres casadas no le van –replicó Cathy–. ¿Por qué no iba a interesarse por ti? Tu rostro es un poema de espíritu y carácter, y tienes un cuerpo perfecto. Y un cutis fabuloso.

–Vaya, gracias…

–Hawke no es engreído. Dominante, sí, y totalmente seguro de sí…

–Bueno, bueno –cortó Morna sonriendo–. Desde luego no se parece en nada al magnate ganadero que me había imaginado.

–¿Qué imagen te habías hecho?

–Un cascarrabias de edad madura con el rostro curtido por el sol y un insano interés por las ovejas.

–¡No me lo creo! –Cathy soltó una carcajada–. Tienes que haber oído hablar de él.

–Los únicos lugareños con los que he hablado desde que me instalé en Tarika Bay sois Nick y tú, y el fantástico señor Challenger

nunca ha sido mencionado.

–Es hora de que empieces a conocer a gente –Cathy la miró con determinación–. Te hemos dado un mes para instalarte, pero a partir de ahora voy a invitarte cada vez que tengamos visita, y espero que vengas. Trabajas demasiado…, también hay que divertirse un poco.

–Soy una mujer de negocios autónoma; tengo que trabajar, y duro –pensó para sí que también tenía una antigua deuda que pagar.

En ese momento, Hawke Challenger miró a Cathy directamente y sonrió. Morna apretó los labios cuando el rostro de Cathy se iluminó, le pareció una traición. Se preguntó por qué su amiga no percibía el doloroso parecido de ese hombre con Glen.

No era su aspecto; aunque Glen había sido guapo, no tenía nada que ver con Hawke Challenger. Pero ambos tenían un aire de confianza arrogante, de que podían hacer y conseguir lo que quisieran.

–Ahora sabes que tienes un hombre realmente atractivo al lado de tu casa –dijo Cathy con voz alegre, totalmente ciega ante el parecido.

–Bueno, al otro lado de la colina –dijo Morna–. Y estoy convencida de que cada vez que piensa en Tarika Bay, con sus tres acres de terreno y esa preciosa playa, lo asalta la codicia. Antes de morir, Jacob me dijo que el «circo Challenger» le había hecho un par de ofertas de compra. Jacob las rechazó, pero apuesto a que Hawke Challenger cree que su sucesor venderá el patrimonio.

–Entiendo que Hawke la quiera –comentó Cathy con justicia–. Sus tierras rodean Tarika Bay.

–Puedo que la quiera –afirmó Morna con determinación–. Pero no va a conseguirla.

–Has decidido que no te va a gustar –Cathy suspiró–. ¡Reconozco esa forma de apretar las mandíbulas!

–No he decidido nada –dijo Morna–. En cualquier caso, da igual lo que opine de él. Aquí, la intrusa soy yo. Él encaja perfectamente con estos espléndidos animales: grandes, musculosos y rebosantes de testosterona. El color también coincide, he visto varios toros con un tono bronce idéntico al de su piel. Borra esa expresión casamentera de tu rostro. ¡Es más joven que yo!

–Que cumplieras treinta y cuatro años ayer no te convierte en una vieja. De hecho, es solo dos años menor que Nick…

–Entonces es dos años más joven que yo –interpuso Morna.

–¿Quién los cuenta? ¿A quién le importa? –Cathy miró al cielo con resignación.

El hombre que observaban escogió ese momento para mirar

largamente a Morna. Los ojos claros de Hawke Challenger batallaron con sus ojos resentidos y dorados, después alzó una ceja negra, burlón, y volvió a centrarse en la gente que lo acompañaba.

Morna bufó internamente. ¡Era un cerdo engreído! Se había adiestrado para no dejarse intimidar por los de su clase, pero la irritaba que, mientras ella había agradecido la protección del ala de su sombrero, él erguía su autocrática cabeza con orgullo.

–Desde luego, no parece el típico granjero –comentó con voz neutra.

–No lo es; es el equivalente neozelandés de un noble terrateniente.

–He diseñado joyas para algunos de ellos –dijo Morna pensativa–. Exigen calidad y no los asusta lo moderno –se encogió de hombros–. Pero, al contrario del señor Challenger, están bastante curtidos por el sol. A él lo veo seduciendo a turistas en su complejo vacacional, incluso luciéndose en un caballo negro, pero me sorprendería que haga trabajo duro, en el complejo o en la granja.

–Te tiene impresionada, ¿no? –Cathy la miró con curiosidad–. Creció en la estación de ganado vacuno y ovino de la familia, en la costa este, así que supongo que sabe trabajar en una granja.

–Si no le importa el trabajo duro ni mancharse las manos, ¿por qué abandonó la agricultura para dedicarse al turismo?

–No lo ha hecho. Tiene terrenos en toda Nueva Zelanda, sobre todo rústicos. También en otros países, viaja mucho. Este es su centro de operaciones, tiene la oficina en Orewa.

Interesada, a su pesar, Morna asintió. Orewa era una ciudad costera, no muy lejos de allí.

–Si tiene todo el país para elegir, me preguntó porqué ha decidido venir aquí en vez de asentarse en las tierras de la familia.

–Pregúntaselo –dijo Cathy–. Sommerville's Reach era una ruina cuando lo compró. Invirtió dinero hasta ponerlo a punto, y creó cuatro puestos de trabajo. Después demolió la hacienda de Sommerville's Bay…

–¡Qué salvajada!

–Era una ruina, y el complejo ha dado muchos más puestos de trabajo al distrito –aclaró Cathy con calma–. No encontrarás a nadie por aquí que se queje de su plan de desarrollo. El campo de golf atrajo a más turistas y creó aún más trabajo –miró a Morna–. Como sabes bien, porque pasas por allí dos veces al día, cuando vas de tu choza a Auckland y de vuelta.

–No es una choza, es una cabaña –contradijo Morna automáticamente. Le echó otra ojeada a Hawke Challenger. Como si lo hubiera percibido, él alzó la cabeza y sus ojos se cruzaron. Su amplia y definida boca esbozó una sonrisa desbordante de

sensualidad.

Morna bajó las pestañas e intentó recordar de lo que estaban hablando.

–En tu caso, choza y cabaña son sinónimos.

–¡Esas cabañas son representativas de Nueva Zelanda! –Morna ignoró el resoplido de Cathy y continuó–. De acuerdo, es vieja y destartalada, pero limpia y cómoda. Pero no será mía hasta que se autentique el testamento de Jacob. De momento, pago alquiler –su voz se tornó ácida–. No creo que me relacione con Hawke Challenger; los ricos y bien relacionados dueños de centros vacacionales a veces compran joyas, pero no mantienen relaciones sociales con quienes las hacen.

Echó otra ojeada a Hawke y él volvió a pillarla. Esa vez la examinó deliberadamente. La piel marfileña de Morna se tiñó de rubor. Desconcertada, apartó los ojos.

–Un alquiler mínimo, espero –la voz de Cathy rompió el hechizo.

–Mínimo –admitió Morna. La cabaña era sólida, pero muy básica.

–Es fantástico que vivas tan cerca. Nick se preocupa por ti.

–Nick sigue pensando que aún soy la niña a la que, por su propio bien, protegía y controlaba –Morna sonrió con añoranza–. Dependía de él para todo, pero ya lo he superado.

–Le parece una locura que insistas en donar la herencia de Glen a la beneficencia –la mujer de Nick la miró con sinceridad–. A mí también: Glen era consciente de que te trató muy mal.

A los veintiún años, Morna se había enamorado locamente de Glen Spencer, mentor de Nick y dueño de la empresa publicitaria en la que trabajaba. Glen había sido su primer y único amor, y ella se comportó de forma pecaminosamente ingenua. ¡Estúpida! Cuando le pidió que viviera con él, ignoró las advertencias de Nick y se trasladó a su lujoso apartamento. Se sentía completamente feliz, convencida de que Glen la quería y le era tan fiel como ella.

Hasta que él conoció a Cathy, joven, bella y vulnerable. Cinco años de amor se convirtieron en nada; con pragmatismo brutal, Glen echó a Morna de su cama y de su vida y le ofreció un curso pagado en un prestigioso centro de diseño, al otro lado del mundo.

Ella se tragó su orgullo y aceptó el dinero; él se casó con Cathy con toda pompa y ceremonia. Pero Morna lo humilló considerando el dinero como un préstamo, devolviéndole dinero mes a mes.

Cathy no había sabido nada de eso, ni tampoco que el despiadado rechazo de Glen hacia su hermana adoptiva hizo que Nick abandonara su exitosa carrera en la agencia y se independizara para dedicarse al mundo de la tecnología informativa. Glen había sido el único sorprendido cuando la inteligencia y destreza de Nick

lo catapultaron hacia la riqueza y el prestigio internacional.

Cathy fue la esposa de Glen cuatro años, hasta que él falleció en un accidente, pero nunca llegó a entender su mente. En su testamento, le había legado a Morna la cantidad exacta que le había devuelto, tirándole el dinero a la cara como insulto final.

–¿Cómo te enteraste de lo del dinero del curso? –preguntó Morna–. Supongo que te lo dijo Nick.

–Me dijo que no le permitiste que devolviera el dinero a Glen, ni que te lo prestara a ti. Que, en cambio, trabajaste como camarera en clubes nocturnos para conseguirlo –dijo Cathy, inquieta pero firme.

–En los clubes nocturnos dan propinas estupendas –afirmó Morna–. No era problema de Nick. Y me niego a deberle nada a Glen.

–¡Al menos usaste su legado para montar tu negocio! Pero está muerto, Morna, hace años. ¿Por qué pagar a un muerto, donando el dinero a la beneficencia?

–Siempre lo consideré un préstamo –replicó Morna con voz fría y dura como el hielo.

–Tus principios éticos son exagerados –protestó Cathy–. Nick se habría sentido orgulloso de ayudarte…

–Lo sé –la voz de Morna se suavizó–. Cathy, no pienso volver a sacrificar mi independencia por ningún hombre…, ni siquiera por Nick. El legado de Glen me ayudó a montar el negocio, pero si no lo considerara un préstamo me sentiría … como si me hubiera prostituido los cinco años que viví con él. No fue así, no para mí.

–Claro que no. Lo entiendo. Pero parece un desperdicio tener que sufrir y ahorrar cuando no es necesario.

–¿Qué hiciste con lo que te legó a ti?

–Lo utilizo para subvencionar el hospital de Romit –admitió Cathy, sonrojándose.

–Tú lo usas para un hospital y yo para niños desfavorecidos –comentó Morna–. No te preocupes, ni dejes que lo haga Nick. Me apaño.

–Oh, sí, compras ropa de segunda mano, conduces un coche que hace que Nick se estremezca al verlo y reinviertes todo en el negocio –Cathy se controló–. Perdona. Admiro tu determinación por hacer lo que crees correcto, pero eres demasiado independiente. ¡Me preocupo por ti!

–Al menos, compro mi ropa en tiendas de beneficencia de diseño –bromeó Morna.

–Vale –Cathy sonrió–, es cierto. Aunque da igual, estarías preciosa con un saco de patatas.

–Lo dudo –Morna se puso seria–. Es hora de que olvidemos el pasado y nos concentremos en el presente.

–Eso –murmuró Cathy pensativa–, implica concentrarse en Hawke Challenger. Viene hacia aquí.

Morna se dio la vuelta. Él se detuvo a su lado y le sonrió; sus ojos verde jade la escrutaron. Ella dio gracias por llevar puestas gafas de sol.

–Me alegro de verte, Cathy –sonrió abiertamente. Morna sintió que una descarga eléctrica recorría su cuerpo. Su voz era profunda, intrigante y algo salvaje.

Le costó un gran esfuerzo esbozar una sonrisa cautelosa cuando Cathy los presentó. Solo por educación, se quitó las gafas de sol y lo miró, antes de volver a ocultarse tras ellas. No tenía intención de darle la mano.

Capítulo 2

MORNA Vause no era una belleza tradicional.

Hawke decidió que no importaba: tez de color marfil cálido, ojos color whisky y sedoso pelo negro con reflejos rojizos eran más que suficiente. Eso sin incluir su exuberante boca, una pura incitación sensual.

La situación era interesante; aunque parecían amigas, Cathy había suplantado a Morna en el afecto de Glen Spencer. Aunque Hawke no aprobaba el cotilleo, tendría que haber sido un monje para no saber que Spencer había lucido a su joven amante trofeo hasta abandonarla por una esposa trofeo aún más joven.

Además, Glen no había ocultado el coste de la operación; los años que Morna Vause pasó en su cama habían sido recompensados con el mejor curso de diseño de joyas del mundo y una herencia considerable.

Era obvio que ella sabía manipular a los hombres de su vida para obtener lo mejor.

–¿Cómo está, señor Challenger? –la voz sonó cristalina e impersonal.

–Hawke.

–Hawke –repitió Morna con voz plana y algo ronca.

–Morna –dijo él lacónico, pensando que no solo sus ojos eran color whisky, sino que su voz también era sedosa y compleja, como el mejor whisky de malta–. Un nombre bonito. ¿Celta, no? ¿Qué significa?

–«Bienamada», o eso me dijo mi madre. Pero tenía tendencia a equivocarse –dijo ella, forzando una sonrisa tensa y poco natural. Se recriminó por comportarse como una virgen tímida y dulce, ¡nunca lo había sido! Siempre tuvo que luchar para sobrevivir.

–El tuyo tampoco es común –dijo–. ¿Naciste en Hawke's Bay? –solo había visitado una vez esa soleada provincia, pero le habían encantado sus ciudades estilo Art Decó y sus impresionantes viñedos.

–No –los ojos verdes la miraron burlones–. Aunque mi madre era una Hawke, no tiene nada que ver con la familia que dio nombre a la provincia. Pero, como era la última de su familia, quiso que el nombre perdurase.

Esa referencia a sus ancestros irritó a Morna. Ella había crecido

en la pobreza y la desesperanza, sin ni siquiera conocer el nombre de su padre.

Hawke la observó. Aunque creyera que ocultaba sus emociones tras las gafas de sol, su barbilla cuadrada y desafiante era muy expresiva. Igual que su seductora boca. Sintió el gruñido de sus hormonas. Sus labios denotaban una sensualidad nata, y eso iba en contradicción con lo poco que sabía de ella.

Una segunda ojeada reveló la disciplina que controlaba las esquinas de su boca. Sensual, sin duda, pero ataba sus apetitos con rienda corta; los utilizaba como una cualidad, no como vicio que la dominara.

La deseaba. Había deseado a otras mujeres, pero no con tanta intensidad. Y ninguna lo había mirado con tanta indiferencia. Sonrió, haciendo gala del encanto que sabía que le daba ventaja sobre cualquier otro hombre.

Morna entreabrió la boca un segundo, sus pómulos se tiñeron de rubor y apretó los labios. Ella también sentía ese elemental tirón de los sentidos. Aunque se controlaba, las señales eran obvias.

Ecuánime, admiró su compostura cuando Cathy Harding inició una conversación para romper la tensión. Cortés, siguió la pauta. Algunos minutos después, el sonido de su nombre se oyó por los altavoces.

–Hawke Challenger, por favor, ¿puedes acercarte a entregar los premios? Venga, Hawke, te estoy viendo…

–Tengo que irme –dijo él. Ignoró el silencio de Morna y sonrió a Cathy–. Espero veros a ti y a tu marido en la cena, esta noche.

–Sí, allí estaremos.

–Y, por supuesto, espero verte a ti también –dijo con voz educada, mirando a Morna. Sin esperar una respuesta, se perdió en la multitud, una multitud que se abrió a su paso como el Mar Rojo ante Moisés.

–¡Bueno! –rio Cathy–. Eso equivale más o menos a una invitación real.

–¡Ja! Si cree que me ha impresionado…

–Déjate de tonterías –interrumpió Cathy–. Es tu vecino, puede ser una oportunidad de conocerlo.

–¿Conocer a quién? –preguntó Nick a su espalda.

–Hablábamos de Hawke –replicó Cathy volviéndose hacia él, radiante.

Morna sintió un doloroso pinchazo de envidia. El resplandor de Cathy aumentó cuando Nick la agarró del brazo. Pensó que quizá ella también llegara a mirar a un hombre con el mismo amor que iluminaba el rostro de Cathy. Su cinismo rechazó la idea.

–¿Qué opinas de él? –preguntó Nick.

Morna observó a Hawke Challenger entregarle una copa plateada a una mujer esbelta, que montaba un caballo castaño. Su melena rubia ondeó cuando se inclinó para besarlo. El público aplaudió, Hawke dio un pasó atrás y dijo algo que provocó una risa de la mujer.

–Probablemente sea homosexual –espetó Morna.

–Si lo es, nadie se lo ha dicho a la actriz de esa serie televisiva tan popular –replicó Cathy–. Acaban de romper, y parece que la pobre está devastada.

–¿Cuánto tiempo llevaban juntos? –preguntó Morna sin poder evitarlo.

–No sé si han llegado a vivir juntos, pero llevaban unos seis meses de relación –Cathy sonrió a su esposo–. ¿Qué sabes de él, cariño?

–Buena familia, dinero de antiguo, normas éticas rigurosas –Nick encogió sus anchos hombros–. Hawke no es ningún pelele autocomplaciente; es duro de pies a cabeza, y fantástico en los negocios. Nació con una cuchara de plata en la boca, pero acabará teniendo las llaves del reino. No te dejes engañar por su rostro atractivo. Quien se opone a él sufre las consecuencias.

–Gracias por la advertencia –Morna balanceó las gafas de sol entre los dedos–, pero no tengo intención de hacerlo. Ni siquiera he pensado en tener una aventura con él, aunque tu esposa parece creer que debería.

–¡Solo he dicho que trabajas demasiado y que te mereces una vida social! –exclamó Cathy indignada. Al ver la mueca maliciosa de Morna, rio–. De acuerdo, quiero que todo el mundo sea tan feliz como yo. Pero no creo que Hawke sea un hombre para aventuras. Es peligroso.

–¿Peligroso? –Morna volvió a ponerse las gafas–. Seguro que no. En cualquier caso, no juego con gigolós. Me gustan los hombres maduros.

–¿Qué hombres? –lanzó Cathy–. En los años que te conozco, no has salido con ninguno –señaló a Hawke, que estaba entregando otra copa a una niña que montaba un poni–. Yo no lo llamaría inmaduro, ni gigoló. Dudo mucho que sea fácil de manejar.

–Otra buena razón para mantenerme lejos de él. No me gustan los problemas –dijo Morna, aunque algo tórrido y primitivo se removía en su interior.

El viejo coche sufría en las colinas, y se atrancó un poco al superar la última y encarar la peor curva de una serie interminable.

–Sabía que podrías hacerlo –lo animó Morna, tomando el

camino arbolado que bajaba a su casa. La destartalada pero cómoda cabaña siempre le recordaba a Morna una gema mal tallada en un anillo exquisito.

Había estado hasta media tarde en el taller de su tienda, en Auckland, terminando un pedido: transformar un tosco collar de diamantes heredado en una joya que su cliente pudiera lucir con orgullo. Morna había disfrutado diseñando y creando la pieza. Tenía los dedos manchados de colcótar, el óxido férrico que usaban los joyeros para pulimentar, y estaba deseando relajarse en su trocito de paraíso, rodeada de árboles centenarios, que colgaban sobre arena color champán.

Había ido al supermercado y después a casa de los Harding a tomar café, pero rechazó la invitación de Cathy para quedarse a cenar.

Morna sorteó varios baches y se preguntó si Cathy era más delicada de lo que su aspecto indicaba. Nick la vigilaba continuamente. Morna frunció los ojos cuando el vehículo dejó atrás la maleza y se enfrentó al sol.

Allí, delante de la cabaña, había un enorme Range Rover, un resistente vehículo que proclamaba su capacidad de enfrentarse a cualquier obstáculo. Y junto a la puerta, como si tuviera todo el derecho a estar en su propiedad, estaba Hawke Challenger; alto y confiado, con el pelo negro azulado destellando al sol, con actitud relajada pero alerta, casi territorial.

A Morna se le secó la boca. Parpadeó varias veces y estuvo a punto de salirse del camino. Maldijo para sí, aferró él volante con fuerza, detuvo el coche junto al de él, apagó el motor y bajó la ventanilla.

–Hola –saludó con voz remota, resentida por el escrutinio al que la sometió.

Hawke comprendió que Morna Vause estaba en pie de guerra. La mayoría de la gente no lo habría notado; controlaba perfectamente su expresión. Pero, a pesar de su frialdad, él notó la tensión que vibraba en su cuerpo como el retumbar de tambores lejanos.

Una parte salvaje de sí mismo reaccionó con expectante agresividad. Le costó toda su fuerza de voluntad controlarla. Esa respuesta erótica era una debilidad.

–No viniste a la cena anoche –dijo.

–¿No pensarías que iba a ir? –un destello de emoción tornó sus ojos del color del oro fundido. La vena de la base de su cuello pulsó con velocidad, pero hizo caso omiso y alzó una ceja con incredulidad–. No esperaste a recibir mi respuesta.

–Eso es porque me desconciertas.

Hawke se dio cuenta de que su franqueza la sorprendía. Se

sonrojó y desvió la vista, con una timidez sorprendente en una mujer que había tenido al menos un amante de larga duración. Hawke se preguntó si se estaba haciendo la remilgada.

–Se llama atracción –comentó ella con tono ácido–. Una broma que nos juega la madre naturaleza para evitar la extinción de la especie. No significa nada y no hay por qué hacer caso. Si lo ignoras, al final se disipa.

Pensando que eso sonaba más propio de una mujer experimentada, se acercó y le abrió la puerta del coche. Ella lo miró con sorpresa, pero descolgó sus largas y elegantes piernas embutidas en vaqueros negros y se estiró. Su actitud fría y distante no cuadraba con las curvas que desvelaba una ajustada camiseta negra, sobre la que llevaba una blusa abierta, a rayas blancas y negras, con las mangas remangadas.

Hawke pensó que todo en ella era pura contradicción. Controló una elemental reacción masculina y estudió su bien definido rostro.

Su impresión inicial no había variado tras veinticuatro horas, seguía deseándola, y su resistencia silenciosa y testaruda lo intrigaba tanto como lo frustraba. Desde que alcanzó el metro ochenta y su espalda se ensanchó, Hawke siempre había sido una presa.

Mentiría si dijera que no había disfrutado de sus amantes, pero era muy selectivo. Nunca se había acostado con alguien a quien no respetara. En ese momento, enfrentado a una mujer que había convertido el hastío obstinado en un arte, se preguntó si era la novedad de su rechazo lo que lo atraía.

Llevado por un imperativo masculino, dio un paso hacia delante, acercándose lo suficiente para dificultar que se apartara del coche, pero sin acorralarla. No pensó ni un segundo que eso la intimidaría. Aun así su cálida tez marfil palideció y sus ojos se oscurecieron. Él decidió que no le tenía miedo, solo estaba siendo cautelosa y se preguntó por qué.

–¿Me disculpas por hacerte una invitación tan poco elegante ayer? –preguntó.

–Por supuesto –afirmó ella neutral.

–Entonces, ¿nos damos la mano y sellamos un nuevo comienzo?

Ella se quedó callada y no despegó el brazo del costado. Cuando resultó obvio que iba limitarse a esbozar una leve sonrisa, él le ofreció la mano, casi con descortesía, llevado por el irresistible deseo de que reaccionara ante él. Tras un momento de duda, ella la aceptó.

Al sentir el contacto de sus dedos fuertes, el control de Hawke se esfumó. Atónito, maldijo para sí al sentir el fuego que lo consumió, golpeándolo en lo más vulnerable, derrumbando las barreras que su

frío cerebro había erigido para protegerse de su instinto sexual.

Oyó la respiración agitada de ella y vio como sus senos se erguían contra la camiseta negra. No le tenía miedo, lo deseaba. Sintió que un incendio se desataba en su interior y, por primera vez en su vida, comprendió que un hombre pudiera perder la cabeza por una mujer.

Sin pensarlo, alzó la otra mano, tomó la de ella y besó la suave piel de su muñeca. Sintió que los dedos de ella se ponían rígidos de rechazo, un momento antes de curvarse milagrosamente alrededor de su barbilla con una caricia que hizo que le hirviera la sangre.

–No –susurró ella con voz ronca.

Los dedos de Hawke se deslizaron por su mano y la sujetaron contra su rostro. Vio cómo palidecía y, un segundo después, sus pómulos se teñían de rubor y sus labios se suavizaban e hinchaban provocadores.

A través de la niebla que atontaba su cerebro, supo que tenía que detenerse. Era demasiado pronto; además, ese fin de semana había estado obteniendo información sobre ella y no le gustaba lo que había descubierto. Lo irritó descubrir el esfuerzo de voluntad que requirió soltarla y dar un paso atrás.

Sin fuerza, Morna se tambaleó, pero dio un respingo cuando él intentó equilibrarla.

–Déjame, ¿de acuerdo? –la ira y una extraña sensación de pavor le dieron valor para seguir–. No quiero una aventura contigo, y menos un ligue de una noche.

–El sentimiento es mutuo –replicó él con crueldad.

–Me alegro –escupió ella, y lo miró con desafío.

–¿Qué tienes en las manos? ¿Has estado haciendo de jardinera? –preguntó él, haciendo caso omiso.

Morna, que en ese momento imaginaba una gran cama y la piel color bronce contrastando eróticamente con la suya, y en rendirse a su fuerza y a la salvaje química sexual que existía entre ellos, no entendió la pregunta. Se obligó en controlar su cerebro y ordenar lógicamente las palabras que flotaban en él. Finalmente, inhaló y echó una ojeada a las manchas de sus manos.

–Es óxido de joyero –rezongó–. He estado trabajando. No te preocupes, no destiñe, así que no te preocupes por tus manos. Adiós –giró, se inclinó hacia el coche y sacó su bolso y dos bolsas de plástico con la compra.

Automáticamente, Hawke le quitó la más pesada. Como forcejear con él sería estúpido y poco digno, ella calló y se dirigió hacia la casa.

–¿Cuánto tiempo piensas quedarte aquí? –preguntó él a mitad de camino.

–Hasta que esté lista para marcharme –replicó ella distante. Hawke no tenía derecho a preguntarle por su vida personal.

Siguió un silencio cargado de pensamientos no expresados, de deseos prohibidos. Un instinto ancestral previno a Morna de que ese hombre era increíblemente peligroso para ella, y esperó tensamente su respuesta.

–¿O hasta que lo vendan? –dijo él al llegar a la puerta de la cabaña.

–Quizá –intentó aparentar indiferencia, pero su respuesta sonó cautelosa. Él lo notó, estrechó los ojos y la atravesó con cuchillos verde jade.

–¿Es cierto que Jacob Ward murió aquí solo un par de semanas después de que te instalaras?

Morna lo miró con frialdad. Jacob había sido un anciano de corazón débil, que seguía de luto por la muerte de su único hijo, al que habían matado dos años antes. No tenía más familia y estaba listo para morir, pero su colapso mientras tomaban café le provocó un gran impacto y su muerte mucho dolor.

–Sí –aceptó ella, con rostro inexpresivo–. Cuando se marchó a la residencia me alquiló la cabaña, con la condición de que lo trajera aquí un día a la semana.

Hawke no respondió, y su rostro no denotó emoción alguna, pero ella supuso lo que pensaba. Alzó la cabeza. Odiaba las insinuaciones; eran una falta de respeto hacia Jacob, que se había dedicado a buscar gemas por todo el mundo, antes de que la artritis y la añoranza lo hicieran regresar a Nueva Zelanda. Había estado muy solo, al menos hasta que entró en su tienda un día y convenció a Annie, su ayudante, para que fuera a buscarla al taller.

Igual que Morna, adoraba las piedras preciosas y tenía muchas historias que contar sobre su búsqueda; admiraba su destreza y solía sentarse en el taller a verla trabajar. Con el tiempo, su relación se había convertido en amistad y, como no tenía a nadie, le había dejado Tarika Bay en herencia.

Los rumores que había ocasionado su legado, y que Hawke debía de haber oído, eran de muy mal gusto.

–Si invito a los Harding, ¿vendrás a cenar con nosotros al complejo mañana por la noche? –preguntó él, sorprendiéndola.

Morna se enfrentó al reto de sus ojos verdes. Se le contrajo el estómago como si le hubiera dado un puñetazo, pero todo su cuerpo se estremeció de deseo carnal. Él le ofreció una sonrisa tan encantadora que le temblaron las rodillas; comprendió que cuando le besó la muñeca él había percibido que quería más…

–No creo que sea buena idea –dijo ella, resistiéndose a la tentación de aceptar.

–¿Por qué no? La verdad es que ya he invitado a los Harding, y han aceptado.

–¿Han aceptado cenar contigo dos noches seguidas? ¿Por qué? –preguntó ella; la ira aplacó su excitación. Sabía la respuesta: ¡Cathy quería que ampliara su vida social! Su intención era buena, pero Morna se sentía como una pieza de caza perseguida.

–Lo de anoche no fue una cena privada –farfulló él–. Además, el sábado y el lunes no son días consecutivos. No sé por qué aceptaron los Harding, no los conozco tan bien, pero supongo que no consideran que una invitación a cenar sea un insulto.

Morna tuvo que tragar saliva; su sonrisa divertida y potente estaba derrumbando sus defensas a velocidad insultante. Intentó pensar en Glen, pero su recuerdo se diluía, las lecciones que había aprendido de él desaparecían bajo el impacto de la personalidad de Hawke.

–Ni una amenaza –añadió él, burlón.

–No te considero una amenaza –replicó ella.

–Independientemente del interés que sentimos el uno por el otro, somos vecinos y creo que deberíamos conocernos socialmente.

Morna titubeó. Solo era una cena… Si aceptaba, cabía la posibilidad de que se aburriera de ella, y eso pondría fin a la situación.

–Estoy seguro de que Cathy y Nick serán unos chaperones más que adecuados –murmuró él con voz ronca. Volvió a sonreír. Era una sonrisa demoledora y él conocía perfectamente su efecto. A ella se le paró el corazón.

–De acuerdo, iré –dijo, arrepintiéndose en cuanto hubo dicho las palabras. Se había rendido a una sonrisa de un millón de dólares y a una increíble fascinación que había irrumpido en su vida como un cometa del espacio exterior, dispuesto a destruirla.

Él se marchó y Morna decidió que cuando fuera a cenar a la noche siguiente, tendría en mente la última vez que se había sentido así, con estrellas en el estómago y flotando en el aire: cuando conoció a Glen.

Morna miró la copa de vino y dio otro sorbo. Aunque ya habían terminado de cenar, seguía en la primera copa; necesitaba mantener la cabeza en su sitio.

Seguía sin querer admitir que una de las razones por las que había aceptado la invitación de Hawke era pura curiosidad, que en parte había satisfecho. Durante la cena había descubierto que vivía en el pequeño, exclusivo y lujoso complejo vacacional.

Pensó, cínicamente, que era un buen terreno de caza para un

hombre atractivo. Había bastantes mujeres solteras y deseosas paseando por allí, por no mencionar a las hastiadas esposas trofeo. Salpicadas por el comedor, muchas observaban a Nick y Hawke con la intensidad secreta y hambrienta de alguien a dieta ante un plato de pasteles.

No podía culparlas. Aunque alto, moreno y guapo era un cliché, había pocos hombres que lo cumplieran, y ver a dos sentados a la misma mesa era bastante raro, excepto en Hollywood.

«Concentraos en Hawke», las previno internamente, «Nick ha entregado su corazón». Sin embargo, pensar en Hawke con otra mujer le desagradó tanto que sintió miedo. No debería haber ido allí. Si volvía a invitarla, lo rechazaría.

Lo cierto era que no podía echarle nada en cara; había sido el anfitrión perfecto. Admiró de reojo su interesante perfil. Una música lenta y sugerente invadió el comedor a través de la puerta doble. El corazón de Morna empezó a latir al ritmo de la música; dejó la copa en la mesa y se puso en pie.

–Disculpadme –se excusó y fue al tocador.

Se pintó los labios y se mojó las muñecas con agua fría. Después se estiró el top, cuyo dramático estampado blanco y negro, imitando una piel de animal, encajaba perfectamente con su estado de ánimo. Dio unos golpes a su falda negra y se encaminó de vuelta al comedor.

A mitad de camino la detuvo un hombre mayor que Nick le había presentado en la exhibición.

–Me alegro de volver a verla –dijo él, dándole la mano con entusiasmo–. ¿Qué tal su día en el campo?

–Lo pasé muy bien –sonrió ella–. Me encantó ese magnífico ganado suyo, ¡aunque no recuerdo la raza!

Por el rabillo del ojo, vio que se aproximaba otra persona. Sabía quién era; todas las células de su cuerpo vibraron con una mezcla de aprensión y excitación. Una voz, que le explicaba qué tipo de vacas eran las que le habían gustado, resonó en sus oídos.

–Hola, joven Hawke –dijo alegremente el anciano–. No has tardado mucho en encontrar a la mujer más guapa del lugar, ¿eh?

Capítulo 3

HAWKE sonrió, una sonrisa que cambió de forma sutil cuando miró a Morna. Pasó del respeto y la camaradería a una apreciación viril de su feminidad que hizo que ella se quedara sin aliento.

–Tengo un instinto excelente –comentó él con modestia–. Pero veo, sin embargo, que tú tampoco has tardado en encontrarla.

–Te cedo el lugar –la resonante carcajada del anciano atravesó la niebla de deseo que inundaba a Morna.

–No, no –objetó ella rápidamente.

–Morna –comentó el anciano complacido–, tengo muy buena opinión de mí mismo, pero estoy seguro de que prefieres pasar el rato con Hawke que con un viejo como yo. Voy a pedir un brandy y hablar de ganado con Brian –les sonrió y se marchó.

–Tienes un buen negocio –le dijo Morna a Hawke con un tono tan neutro que casi resultó insultante.

–Gracias –la sonrisa calculadora y peligrosa de Hawke se transformó en fría placidez. El grupo musical inició una nueva melodía y le ofreció el brazo–. Cathy y Nick han ido a la pista a bailar. ¿Te apetece?

Aunque el reto de su voz no era patente, ella lo notó. Esperaba que lo rechazara.

–Esta noche no, gracias –dijo con educación.

–Entonces vamos a tomar café mientras esperamos.

Ella asintió. En el salón había mesas y sillas tapizadas que rodeaban una pequeña pista de baile. Mientras Hawke pedía, Morna observó a Cathy y a Nick; los rodeaba un aura de total felicidad. Parpadeó y apartó la vista.

–¿Por qué decidiste construir un complejo turístico y un campo de gol aquí? –preguntó, examinando la cuidada decoración. Era acogedora y, como el comedor, se basaba en madera clara, tejidos naturales y una paleta de colores neutros. Lo comedido y lo lujoso se combinaban para atraer a los gustos más sofisticados.

–Es el lugar ideal –replicó Hawke, con esa seguridad que tanto la irritaba–. Cerca de Auckland, pero íntimo y con un paisaje excepcional. Y el terreno apenas tiene valor agrícola: son marismas demasiado explotadas y drenadas hace años, en las que solo crece maleza.

–Palabras de granjero –rio ella, relajando la tensión–. Si la tierra

no produce hierba, es un desierto.

Sus ojos se encontraron. Los ojos de Morna chispearon de deseo y sus labios suavizaron su expresión.

–Soy un granjero –aceptó él, recostándose en la silla y observándola con una atención que hizo que a ella le cosquilleara todo el cuerpo–. ¿Tienes algo en contra de la agricultura?

–¡Claro que no! –Morna se pidió calma a sí misma. «Solo está flirteando, seguro que nació sabiendo cómo hacerlo»–. Me gusta comer tanto como al que más, sin granjeros no habría alimentos.

–Algunos terrenos no deberían haberse limpiado de maleza –los ojos verdes de Hawke oscurecieron y ella se concentró en sus palabras–. Tengo un programa de reforestación con árboles y plantas nativas que pongo en práctica en las zonas idóneas de todas mis propiedades.

Ella comprendió que, a su manera, era conservacionista y la irritó tener que admitir que tenía alguna buena cualidad. Antes de que pudiera hacer comentario alguno, el cambió el tema de conversación.

–¿Te pones ropa que no sea blanca o negra?

–No –aseveró ella. Era mucho más fácil comprar en tiendas de beneficencia si se limitaba a lo básico–. La mayoría de las mujeres profesionales o dedicadas a los negocios se centran en una gama limitada de colores. El blanco y el negro me favorecen, así que los utilizo.

–No hay duda de que llama la atención –alzó las cejas, su voz se convirtió en un ronroneo–. Y me gusta el estampado de piel de animal; ¿indica que se esconde una vena salvaje bajo esa actitud controlada?

–Indica que es un estampado que está de moda –dijo ella, resistiéndose al impulso de comprobar que la falda seguía tapando sus piernas–. Mi trabajo satisface mi gusto por el color y el drama.

–Según un artículo que leí recientemente, has causado un revuelo con tu innovadora manera de utilizar las materias primas.

–Me gusta creerlo –cuadró los hombros y lo miró a los ojos.

–Lo poco que he visto de tu trabajo me pareció exquisito –comentó Hawke. Ella sintió una oleada de placer y se preguntó si había comprado algo, y para quién. Él lo estropeó con su siguiente comentario–. Has prosperado mucho en poco tiempo.

–Gracias –dijo Morna con frialdad, tensándose. Un reciente artículo de prensa había insinuado que le debía su éxito a dos hombres ricos: Glen y Nick.

Su airada refutación de la mentira y más probablemente la ira y el poder de Nick habían conseguido una rectificación. Pero la mayoría de los lectores del artículo no habrían leído la rectificación;

seguirían aceptando la insinuación de que era, por decirlo suavemente, una cazafortunas.

Probablemente Hawke también lo creía. Por razones desconocidas, eso le dolía y era un peligro: implicaba que era demasiado susceptible a él.

Se refugió tras su taza de café y observó a los bailarines hasta que la música se detuvo y Cathy y Nick volvieron junto a ellos, aún agarrados y resplandecientes de felicidad. Morna apartó sus largas piernas para darles paso y, agradecida, se relajó conversando.

Hawke le pidió a Cathy que bailara con él y Morna se recostó en la silla, simulando no darse cuenta. Hacían una magnífica pareja: él alto y protector, ella esbelta y grácil en sus brazos.

–Puedes borrar esa expresión de tu rostro. No está interesado en ella –dijo Nick con calma.

–No me importa quién lo interese –gruñó ella.

–Vamos –Nick se puso en pie y le ofreció la mano.

Igual que había hecho siempre, Morna aceptó. Al ver los ojos entrecerrados y brillantes de Hawke, comprendió que ya no tenía excusa para no bailar con él; se le escapó una palabra malsonante.

–Creí que habías dejado de maldecir hace diez años –comentó Nick.

–Lo hice –reconoció ella, sombría–. ¿Cómo te atreviste a enamorarte?

–No tuve opción.

–Eso da miedo –dijo Morna. Sus pasos se acompasaban perfectamente, habían aprendido a bailar juntos.

–Solo al principio. ¿Qué pasa contigo y con Hawke?

–¡Nada!

–Pero, ¿él va de caza?

–Eso no es políticamente correcto –Morna se estremeció–. Además, da igual. No soy buena presa.

–¿Es así como analizas las relaciones?

–En absoluto –Morna encogió los hombros–. Cathy y tú demostráis que los sueños pueden hacerse realidad.

–Es cierto –afirmó él con convicción–. Solo hay que aprender a confiar.

–Ese es el problema. No creo que quiera.

–Quererlo es señal de peligro –dijo él–, pero a veces hay que aceptar el reto, por arriesgado que sea.

Bailaron en silencio un rato; cuando la música se acababa, Nick escrutó la sala y frunció el ceño.

–Es hora de que la lleve a casa.

De hecho, Cathy sonreía con cansancio cuando Hawke la devolvió a la mesa. Él dijo algo que la hizo reír, pero un hombre se

acercó y llamó su atención discretamente. Hawke hizo una pregunta y asintió.

–Me temo que hay un pequeño problema, no tardaré –les dijo a Morna y a Nick cuando llegaron a la mesa.

–¿Estás bien? –le preguntó Nick a su esposa, con un tono de voz que Morna no había oído nunca.

–Muy bien –Cathy sonrió con ternura.

–De todas formas, nos vamos a casa.

Intercambiaron una mirada que hizo que a Morna le diera un vuelco el corazón. Varios datos empezaron a encajar: el zumo de naranja que Cathy llevaba bebiendo toda la velada, su aspecto radiante, la actitud protectora de Nick… Esperaban un bebé.

–No podemos irnos hasta que regrese Hawke –afirmó Cathy. Lanzó una mirada risueña a Morna–. ¿Qué opinas de él ahora?

–Sigue pareciéndome excesivo –replicó Morna. La alivió que Cathy cambiara de tema y se concentrara en las vacaciones que Nick y ella iban a pasar en Hawai.

Hawke reapareció unos diez minutos después, cruzando la estancia con la agilidad y gracia de un gran felino. Miró con admiración a Cathy y aceptó su agradecimiento por la velada con una sonrisa que embarulló a Morna e hizo que se pusiera en pie.

–Yo también tengo que irme –dijo, centrando la vista en la parte inferior de su rostro. Tuvo que esforzarse para desviar la atención de su sensual boca–. Ha sido una velada muy agradable, gracias.

–Te acompañaré al aparcamiento –ofreció él, encantador, pero estrechó los ojos y apretó los labios.

–Oh, no hace falta…

Él puso una mano bajo su codo y, airada, Morna se encontró de camino hacia la puerta.

–Nick me protegerá de los peligros de la noche, además, aquí no los hay –protestó por orgullo.

–Nick tiene una esposa de la que ocuparse. En cuanto a la seguridad, nunca se sabe –dijo él con voz cortés–. Podría atacarte una gaviota que fuera de paso.

–O un cangrejo carnívoro, ¿no? –rio ella.

–Exactamente –saludó con la cabeza al portero y la escoltó hacia la noche húmeda y cálida.

Aunque el cielo estaba tachonado de estrellas, la oscuridad los envolvió. Morna apretó los dientes, luchando contra el canto de sirena que recorría su cuerpo, haciendo que se sintiera tanto atrevida como vulnerable.

Con Glen no había sido así. Sentía algo distinto, más salvaje y tentador: como un latido hipnotizante que mezclaba las estrellas con el aroma salado del mar, con el empalagoso perfume de las

flores y con la abrasadora sensación de la mano de Hawke en su brazo.

Morna apretó los dientes y luchó contra una seductora y alocada tentación. Se recordó lo que había supuesto su último enamoramiento: cinco años de lo que creyó que era felicidad seguidos de traición. Había aprendido la lección y se resistiría con todas sus fuerzas.

–Vuelve adentro y baila conmigo –dijo Hawke, cuando las luces del coche de los Harding se perdieron en la distancia. Su voz sonó profunda y templada, casi divertida, pero a Morna le cosquilleó la piel al percibir el calor sensual que teñía las palabras.

A pesar del las advertencias de su sentido común, lo que más deseaba en el mundo era bailar en sus brazos mientras la música potenciaba su erotismo. Tuvo que obligarse a contestar.

–No –musitó.

–Cobarde.

–Sin duda –dijo ella con fervor. Él soltó una carcajada y a ella casi le gustó.

Pero solo duró un momento. En las últimas horas había admirado su ingenio, rápido e incisivo, y había estado de acuerdo con muchas de sus opiniones, pero seguía siendo un hombre peligroso. No estaba dispuesta a cambiar de opinión porque la hubiera escuchado y prestado atención cuando lo contradecía, sin perder el buen humor. En eso no se parecía a Glen.

–¿Dónde está tu coche? –preguntó Hawke.

Morna indicó la zona con la mano, agradeciendo que no hubiera insistido. Por supuesto, podía significar que en realidad le daba igual que se quedara o se fuera, o que estaba seguro de que al final conseguiría lo que deseaba de ella. Fuese lo que fuese.

Echó un vistazo a su perfil de bucanero. Pensó, cínica, que probablemente quería sexo. Eso era lo que querían la mayoría de los hombres, y no eran demasiado sutiles manipulando las situaciones para conseguirlo.

–Que duermas bien, Morna –se despidió Hawke tras abrirle la puerta del coche y dejar que se acomodara.

–Y tú también –replicó ella tras dudar un segundo.

–Buenas noches –cerró la puerta del coche con fuerza, pero sin que llegara a dar un portazo.

–Buenas noches –Morna se mordió el labio y arrancó el coche–. Y adiós –murmuró.

Cuando llegó a la cabaña, salió del coche con una sensación de anhelo que se juró que no tenía nada que ver con el hombre que acababa de dejar. Quizá si se lo juraba las veces suficientes llegaría a creérselo.

En vez de entrar, cruzó la hierba y se detuvo bajo las ramas de un enorme pino de Norfolk. Las olas no hacían ruido alguno, no soplaba viento y ningún ave nocturna rompía el silencio con su llamada.

Se quitó los zapatos y caminó hacia la playa, deteniéndose cuando llegó a la arena firme y mojada. En el cielo, las estrellas brillaban como diamantes montados en ébano, increíblemente lejanas.

El círculo mágico que habían construido Cathy y Nick pronto se completaría. Morna sonrió con ternura. Un bebé sería una renovación, un regalo hacia el futuro. Estaba encantada por ellos pero, a su pesar, se estremeció con un escalofrío de soledad.

Se encaminó de vuelta a la cabaña, diciéndose que, exceptuando a Nick, siempre había estado sola. Incluso durante los años que había pasado con Glen estuvo sola, sin darse cuenta. Loca de amor, había bajado la guardia y entregado todo, incluso su carrera, hasta que su cruel rechazo había hecho trizas sus ilusiones.

En el estrecho cuarto de baño se quitó el maquillaje y estudió su rostro con imparcialidad. Todos sus rasgos estaban demasiado marcados: nariz, ojos, boca y mandíbula. Se vestía con sofisticación por orgullo; su cerebro, talento y determinación habían logrado que dejara muy lejos su vida de niña sin padre en una pobre barriada de Auckland. Pero a veces, cuando se miraba al espejo veía a esa niña devolverle la mirada.

–Dejarte llevar por la autocompasión no es tu estilo, así que olvídalo –dijo en voz alta.

A Hawke parecía gustarle… Se estaba quitando la falda cuando recordó el calor de sus labios en su muñeca el día anterior. Y cómo su mano se había curvado alrededor de la rasposa mandíbula de él, captando su contorno. El recuerdo fue tan vívido que se estremeció de pies a cabeza.

Por eso se había negado a bailar con él. En una conversación podía utilizar las palabras para mantener la distancia; bailar era demasiado íntimo; no podría ocultar las traiciones de su lenguaje corporal. Él era tan perceptivo que ya se había dado cuenta de que era una cobarde, que temía revelar más de lo que ya había revelado.

Ese beso en la muñeca había conseguido que perdiera el control; no podía permitirse que eso volviera a ocurrir, así que el placer de bailar entre sus brazos pasaba a la lista de cosas «estúpidamente peligrosas».

Con un bostezo se acostó en la cama, que había situado de manera que pudiera empezar cada día con una panorámica exquisita. Había crecido rodeada de miseria y de sueños perdidos;

ahora veía la playa y el agua, contra un fondo de suaves colinas azules que había al otro lado del estuario.

Tenía una carrera y un futuro que nadie podía arrebatarle. Tenía amigos. ¡Iba a ser tía! Tenía todo lo que siempre había deseado.

Un enredo emocional había sido suficiente; nunca jamás volvería a seguir el ejemplo de su madre, que había buscado la seguridad en un hombre.

Tras una noche inquieta, abrió las cortinas al azul y al frescor dorado del sol, el mar y la hierba empapada de rocío, la arena color champán seguía húmeda tras la marea nocturna. Al final de la playa se percibía una leve y plateada bruma otoñal.

Morna detectó el ruido de unos cascos y su sonrisa se borró; observó a un hombre y un caballo que salían de la niebla. Bajaban de la colina como una imagen del pasado; la arena salía despedida bajo los cascos del animal, y su crin y cola ondeaban al viento.

Se estremeció. El caballo era enorme y su piel color bronce brillaba como el satén. El hombre era un gran jinete, se fundía con el animal consiguiendo parecer una sola entidad.

–No puede estar… –jadeó, frunciendo los ojos contra el sol. Se le secó la boca y su corazón se aceleró.

No, el jinete no estaba desnudo, aunque el bañador negro apenas podía considerarse ropa. El sol lo iluminaba, bruñendo su piel. Morna admiró la primaria belleza de hombre y bestia recortados contra el cielo del amanecer, mientras galopaban hacia la cabaña.

Poco antes de llegar, el galope del animal se convirtió en un trote más tranquilo. El jinete miró el edificio y Morna supo que la había visto. Una excitación febril la dejó sin aire.

–¡Contrólate! –masculló para sí.

Caballo y jinete desaparecieron de su campo de visión. Apartó la ropa de cama y se puso unos vaqueros, un top de cuello alto sin mangas y zapatos planos. Cuando el caballo reapareció, esta vez al paso, estaba lista; el pelo recogido hacia atrás, la cara lavada, los dientes limpios y un brazalete de esmalte negro casi a la altura del codo de un brazo.

Llevaba la armadura completa, mientras que Hawke no llevaba más que un bañador. Con los nervios a flor de piel, salió al porche y observó cómo detenía el caballo en la arena, a pocos metros de ella.

Él no desmontó ni dijo nada, solo la miró con ojos inescrutables. Morna se enervó. Parecía el típico terrateniente que había salido a ejercitar a su semental favorito y miraba desde su posición de dominio a la temblorosa campesina.

Pero ella no era una campesina, y tampoco temblaba, aunque

tenía el pulso acelerado. Airada, porque todo el cinismo del mundo no iba a apagar la caótica marea que azotaba su cuerpo, decidió saludar.

–Buenos días.

–Buenos días –contestó él con un tono irritantemente objetivo–. ¿Cómo has dormido?

–Muy bien –mintió ella. Había pasado la noche perdida en lánguidos sueños en los que un hombre callado e invisible la besaba, y no solo la muñeca…

El caballo sacudió la cabeza y retrocedió, como si algo lo hubiera irritado. Morna lo miró, nerviosa, pero Hawke controló al enorme animal sin esfuerzo aparente. El impacto de ver esa piel resplandeciente sobre un conjunto de músculos perfectos la dejó atónita. El caballo era como él, bruñido, musculoso, arrogante y con plena confianza en sí mismo.

–¿Es un semental? –preguntó con dulzura.

–Rajah está castrado.

–Deberías llevar una fusta –dijo ella.

–Cualquiera que necesite una fusta no debería acercarse a un caballo. ¿Has montado alguna vez?

–Crecí en una familia monoparental, en una barriada pobre; los caballos nunca entraron en mi vida. Solo sé que son grandes y tienen ideas propias –se encogió de hombros–. Me gusta el color de este; os complementáis perfectamente.

–Me gusta esa pulsera –comentó él, tras soltar una carcajada–. ¿La has hecho tú?

–Es un brazalete –dijo ella, absurdamente complacida–. Y sí, lo hice yo.

–Pulsera, brazalete –se burló él–. Las dos son cosas que se ponen en el brazo. ¿Qué son los símbolos?

–Copos de nieve –dijo ella, pensando que tenía una vista excelente.

–¿Copos de nieve? –él alzó una ceja.

–¿Por qué no? No simbolizan nada, son bonitos y todos distintos –dio un paso atrás y con un toque de sarcasmo añadió–: Quizá tu caballo y tú deberíais marcharos, podríais resfriaros.

–¿Te molestamos? –preguntó él.

–El caballo sí. Me parece excesiva esa energía y orgullo que apenas puede controlar.

Hawke soltó una risa, se bajó del caballo con agilidad y colgó la rienda de un poste. Ella se sonrojó al ver que se acercaba.

–Extiende la mano –ordenó él.

–¿Por qué? –inquirió ella roja como la grana, preguntándose si pensaba besar su muñeca otra vez.

–Para que te dé esto –Hawke se agachó y arrancó un puñado de hierba.

–¿Qué es esto? ¿Un ancestral rito agrícola?

–Si se lo das a Rajah, será tu esclavo de por vida. Tiene dos pasiones, la comida y nadar.

Hawke no había tenido intención de detenerse, y menos aún de desmontar. Pero el aire inasequible de ella suponía todo un reto, igual que su ropa sofisticada y chic. Sonrió al ver que ella daba un paso atrás y que sus pupilas se dilataban.

–¿Nadar? –ella aceptó la hierba.

–¿Por qué crees que voy en bañador? –preguntó él, sabiendo que su atuendo era muy inconveniente. Su cuerpo reaccionaba instintivamente ante ella.

Rajah alzó su aristocrática cabeza y dio un paso hacia ella, mostrando los dientes. Morna se detuvo.

–No pasa nada –animó Hawke poniendo una mano en su espalda–. Abre la palma de la mano y enséñale la hierba.

–Me siento como Caperucita Roja –masculló ella, obedeciendo–. ¡Oh, abuelita, que dientes tan grandes tienes…!

–Rajah no es carnívoro –rio él–. Ofrécele la mano, sí, así… –notó que ella no se sentía cómoda, pero admiró que aguantara el tipo mientras el caballo comía delicadamente la hierba que le ofrecía. Sintió una punzada de orgullo–. Puedes acariciarle la nariz, si quieres.

Ella pasó la mano cuidadosamente por el hocico del caballo; Rajah relinchó con educación y agachó la cabeza para demostrarle que prefería que lo rascara entre las orejas. Hawke contempló como los largos dedos de Morna acariciaban suavemente la reluciente piel del animal y se preguntó qué sensación le producirían a él. Decidió que sería demasiado agradable.

–Igual crees que el lobo soy yo –dijo, maldiciendo el tono ronco y sensual de su voz.

Los dedos de Morna se detuvieron; Rajah sacudió la cabeza con disgusto y ella dio un paso atrás.

–Está claro que no he pensado ni por un momento que lo fuera Rajah.

Hawke se creía muy por encima de la edad en la que un hombre reaccionaba ante retos descabellados pero, sin embargo, cuando ella lo miró a los ojos con descaro, dejó de luchar contra el efecto que su esbelto y grácil cuerpo estaba ejerciendo en él.

Capítulo 4

LO LOBOS tienen mala reputación –dijo, agarrando su muñeca y atrayéndola hacia él–. Siempre me ha parecido injusto. Yo los admiro.

Morna fue a sus brazos como si le perteneciera, tensa y ansiosa, alzando el rostro para escrutarlo con sus enormes ojos selváticos, los labios entreabiertos.

Hawke soltó un suspiro de satisfacción puramente masculina y la besó, rodeándola con los brazos y apretándola contra su enorme cuerpo excitado.

Morna, conquistada por un asombroso y fiero hechizo sexual, le devolvió el beso, amoldándose a él, disfrutando de la obvia evidencia de su deseo. Se dijo que nada la había preparado para una anulación tan intensa de todo lo que no fuera la compulsión por dejarse llevar hacia el éxtasis. Apretada contra él, ardiendo con su fuego, abrió la boca exigiendo la suya, estremeciéndose de placer cuando él la invadió.

Sintió una pasión desbordante y sus pensamientos se convirtieron en chispas de una tormenta eléctrica. Se rindió por completo, inhalando su aroma, cálido, salado y viril, disfrutando de la sensación de su cuerpo sólido y poderoso.

Hawke alzó la cabeza y pronunció su nombre contra su cuello; ella sonrió y se obligó a abrir los ojos. Él estaba apoyado contra el poste, soportando su peso, mientras su boca buscaba el sensual hueco de su clavícula. Ella gimió y él mordisqueó el lóbulo de su oreja y deslizó la mano a uno de sus pechos, cubriéndolo.

Cautivada, abrió los ojos de par en par; el resplandor del sol la atravesó como un cuchillo. Una sensación tan intensa como el placer de besar y abrazar a Hawke.

–Sabes adónde nos llevará esto, ¿no? –preguntó él con voz ronca.

Morna volvió a la realidad de golpe, su deseo se convirtió en vergüenza. Sí, lo sabía. Ese beso solo podía acabar de una manera. Estaba permitiendo que un extraño la besara y dominara, sometiéndose con dulzura. Ya lo había acariciado de forma íntima y peligrosa, regodeándose en el tacto de su piel, su cuerpo estaba húmedo y caliente, deseándolo.

–A ningún sitio –respondió con una voz que ni ella misma

reconoció. Cerró los ojos con fuerza y tragó saliva para recuperar la voz. Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para añadir–: Déjame.

Él la apartó de sí. Morna se estremeció al sentir la brisa que acariciaba su piel excitada. Se obligó a mirar su rostro, duro, oscuro y dominante bajo el sol matinal. Sus labios temblaron ante su desdeñosa mirada, el rubor tiñó su rostro.

–Si lo dices en serio –comentó él con un deje de sorna–, es fácil conseguirlo. Recházame. Mirarte hace que me excite; tocarte libera mil demonios en mí; pero no soy un violador.

Ella apretó los labios y contuvo la acusación de que había empezado él. Su desvergonzada respuesta le había dado permiso tácito para tomar lo que quisiera.

–Parece que no soy más inmune que cualquier otra mujer a tus innegables encantos. No quiero que esto vaya más lejos.

Hawke dejó caer los brazos y dio un paso atrás, dejándola sola y fría. Pero a salvo. Morna se obligó a girar y, sin fiarse de su cerebro o de su voz, entró en la cabaña con la cabeza tan erguida que sintió la tensión de sus hombros. Desbordante de frustración y adrenalina, lo oyó chasquear al caballo.

Al oír el sonido apagado de los cascos se permitió volver la cabeza, solo lo justo para ver a jinete y montura alejarse por la playa. Hawke, como si supiera que no sería capaz de resistirse a mirarlo, alzó la mano con un saludo burlón.

–Esnob arrogante –masculló ella, enojada por haberlo mirado, y más aún porque él supiera que lo haría. Su teléfono móvil trinó con impertinencia.

–¿Vas de camino al trabajo? –preguntó Cathy con voz alegre.

–Aún no –Morna echó un vistazo a su reloj–. Voy algo retrasada.

–Vale, entonces no te entretendré hablando de anoche. ¿Quieres venir a comer el sábado? Va a ser una reunión informal de vecinos, antes de que Nick y yo nos marchemos a Hawai.

–Me encantará –aceptó Morna. Aparte de que disfrutaba de su compañía, comer con los Harding impediría que pensase en Hawke Challenger.

Trabajar tendría el mismo efecto. Untó una rebanada de pan con manteca de cacahuete y, mordisqueándola, fue hacia el coche.

Afortunadamente, tuvo una semana muy ocupada. Aceptó diseñar los anillos para una pareja que acababa de comprometerse; ninguno de los dos tenía idea de lo que quería, así que tuvo varias entrevistas largas e irritantes. La pareja alababa cada uno de sus diseños, pero después uno u otro los rechazaba.

–A veces –le comentó a Annie, su ayudante, cuando la pareja salió discutiendo de la tienda–, creo que debería haber hecho algún

curso de psicología. Dudo que esos dos lleguen a casarse.

También tuvo otros encargos más provechosos, y le pidieron que montara una exposición en uno de los transatlánticos que llegaban al puerto de Auckland.

Todas las noches regresaba a casa de noche y dormía profundamente, hasta que la despertaban sueños que se hacían cada vez más eróticos. El rostro del hombre quedaba oculto en la oscuridad, pero sabía quién era. También sabía lo que representaba: la pérdida de su integridad en otra relación que solo se basaba en las arenas movedizas de la pasión.

Se sintió estúpidamente traicionada cuando, echada en una tumbona en el jardín de los Harding, vio a Hawke y a Nick bajar las escaleras que llevaban a la piscina. Su primer instinto fue ocultarse tras la escasa protección de sus gafas de sol, deseando desesperadamente dar una imagen desenvuelta y perfecta.

¡Vana esperanza! Aunque su traje de baño negro tenía un corte conservador, el pareo blanco y negro que llevaba atado a las caderas dejaba a la vista sus largas piernas, que Hawke miró con ironía.

Si hubiera sabido que él iba a estar allí, se habría puesto pantalones y una blusa. Se preguntó con sarcasmo si quizá también un velo.

–Hola, Hawke –saludó con voz serena y desapegada.

–Morna –contestó él, inclinando la cabeza hacia ella.

Se preguntó si estaría recordando la feroz intensidad de sus besos, porque eso estaba haciendo ella. El ajetreo de la semana no había borrado el sabor de la boca de Hawke en la suya, ni la ardiente fiebre que le había provocado. Sintió un cosquilleo de humillante excitación en la piel.

Para su disgusto, él se sentó en la silla desocupada que había a su lado. Aunque era demasiado sofisticado para admirar abiertamente su cuerpo, tendido en la tumbona, ella se sintió impotente y vulnerable.

Supo que Hawke lo había notado. La molestó el brillo divertido de su sonrisa, a pesar de que todo su ser reaccionaba al verlo. Lo peor de todo, sin embargo, fue una extraña sensación de plenitud y seguridad.

¿Seguridad? Se dijo que debía de estar volviéndose loca si asociaba a Hawke Challenger con la seguridad. Descolgó las piernas por el lateral de la tumbona y se sentó. Se quitó la cinta que sujetaba su cabello y sacudió la cabeza para que su melena negra la ayudara a ocultar el rostro. Después, deliberadamente, recorrió con

la mirada su camisa bien cortada y los pantalones que ocultaban sus caderas estrechas y sus musculosos muslos.

Él sufrió el escrutinio con una sonrisa y un inquietante brillo en los ojos. Se inclinó hacia ella.

–Bonitas piernas –dijo con descaro.

–A mí también me gustan las tuyas –dijo ella tras un segundo de silencio–. Debes de ir mucho al gimnasio.

–El trabajo del campo es bueno para desarrollar los músculos –sonrió él.

Por fortuna, llegaron más invitados. Las presentaciones consiguieron disolver la tensión que Morna sentía en la boca del estómago, sobre todo una preciosa chica de dieciséis años que miró a Hawke y suspiró.

–¿Te importa que me enamore de ti?

–¿Cómo iba a importarme? –replicó él con una sonrisa que habría vuelto loca a cualquier mujer–. Tengo edad para ser tu padre, pero no dejes que eso te preocupe. Todo el mundo tiene derecho a que se le rompa el corazón con un amor no correspondido al menos una vez antes de cumplir los treinta.

La chica abrió los ojos como platos y después soltó una carcajada, tomando su respuesta como una invitación para que hiciera prácticas flirteando con él.

A Morna la emocionó que Hawke entendiera tan bien a una adolescente; era encantador con la chica, combinaba perfectamente el aprecio por su floreciente feminidad con una actitud de hombre inasequible.

También la puso nerviosa. No quería que él fuera amable, considerado o sensible. Sería demasiado fácil sumar esas cualidades a las que ya le gustaban de él: su habilidad para discutir sus opiniones sin hacer que se sintiera inferior y su inteligencia despierta. Todo eso, unido a su sutil sentido del humor lo convertía en un hombre peligrosamente atractivo.

Morna miró a su alrededor y vio a Cathy ponerse pálida. Se levantó de un salto al ver que se sentaba en una silla, con aspecto de desmayo. Nick abandonó al grupo de gente con el que estaba y fue junto a su esposa. Morna se acercó lentamente, sin llamar la atención.

–¿Va todo bien? –preguntó, escrutando el rostro de su anfitriona, quien le sonrió débilmente.

–Sí –Cathy se abanicó con la mano–. Tenías razón el otro día, hace demasiado calor para ser otoño. Me he mareado un poco, pero ya estoy bien.

–¿Queréis que me libre de esta gente? –preguntó Morna claramente, aunque el color estaba regresando al rostro de Cathy.

–No te atrevas –Cathy miró a su marido–. En serio, os aseguro que estoy perfectamente.

–Tómatelo con calma –Nick dijo con tono autoritario, poniéndose en pie–. Otro mareo como ese y yo mismo me ocuparé de que se vayan.

A partir de ese momento, Morna adoptó el papel de anfitriona de apoyo, agradeciendo la excusa para mantenerse alejada de Hawke.

Desde el otro lado de la piscina, lo vio presentarle a su admiradora a un joven mucho más próximo en edad. Los tres charlaron juntos unos minutos y después Hawke los dejó. Más tarde lo vio con otra mujer que, a juicio de Morna, utilizaba tácticas obvias y descaradas para mantener su atención: agitaba las pestañas, se pasaba la lengua por los labios y acariciaba y movía su cuidada melena rubia.

Hawke la miró justo cuando se recriminaba por su malicia. Se observaron con tensión hasta que ella se dio la vuelta, con el rostro sonrojado y el estómago revuelto. Había percibido algo posesivo en su irónica mirada verdosa, como si la hubiera marcado como suya.

Cathy no volvió a marearse y comieron a la sombra de un árbol. Mientras Nick vigilaba atentamente a su esposa, Morna intentaba evitar mirar al otro extremo de la mesa. Comprendió, de pronto, que desde que había llegado Hawke, había sabido en todo momento dónde y con quién estaba.

Más tarde, mientras recorría la sinuosa carretera hacia su casa se dijo que no debía ser tan tonta. Él no la reclamaba como suya, la idea era ridícula y debía desecharla de pleno. Hawke no había vuelto a acercarse a ella en toda la tarde; así que todo debía de ser una fantasía debida a su reciente tendencia a dramatizar las cosas.

–Deseo a Hawke Challenger –dijo en voz alta, pronunciando el nombre con sarcasmo exagerado.

Igual que había deseado a Glen. Por lo visto era una amante impetuosa, que se dejaba llevar por la lujuria desde el primer momento. Pero su experiencia con Glen le había enseñado que la lujuria no era amor; había idealizado a un hombre de paja, creyendo en su ilusión con una fe desesperada que debería haber destinado a mejor causa. Glen le había demostrado que no debía confiar en su capacidad de elegir con sabiduría. Por eso no había elegido a nadie más; se había mantenido distante y a salvo.

No se atrevía a entregarse al fuego que la consumía por un hombre desconocido. Pensó, con toda honestidad, que probablemente había elegido a Glen, mucho mayor que ella, en sustitución de la figura del padre que nunca había tenido. Hawke era diferente. Su instinto le advertía que si se rendía a su deseo por

él, no podría mantener el control que necesitaba en su vida.

Mientras apagaba el motor, ya en casa, percibió un destello en el espejo retrovisor. Un coche, un Range Rover, la había seguido y aparcaba a su lado.

El sudor humedeció sus sienes. Hawke era la última persona a la que deseaba ver, sin embargo, su llegada la dejaba sin aliento y desbocaba su corazón.

Salió del coche y observó intranquila cómo Hawke cruzaba la hierba con gracia letal. Su fortaleza física la asaltó como un arma, derruyendo las defensas que tan costosamente había construido a su alrededor.

–¿Qué quieres? –su voz apenas se oyó.

–Enterarme de por qué no me has dicho que eres la propietaria de Tarika Bay –dijo él escrutándola con una mirada fría como el hielo.

–No te lo he dicho porque no es asunto tuyo –replicó ella con dureza–. Y porque no es mío.

–¿Acaso niegas que Jacob Ward te la dejó en herencia? –preguntó Hawke con desdén.

–No –respondió ella enfadada–. Pero aún no es mía.

–Lo será cuando se legitime el testamento –su voz sonó impaciente–. Cuando entres en posesión, te pagaré bastante más que el precio de tasación.

–No voy a vender –Morna alzó la barbilla.

–¿Por qué?

–Porque Jacob no quería que lo hiciera.

Había intentado que el anciano legara la propiedad a uno de los organismos de protección contra la urbanización de terrenos, pero ninguno de ellos había considerado que Tarika Bay fuera lo suficientemente especial. Las playas bonitas eran bastante comunes en el norte.

–Supongo que tendría una razón, ¿no?

–No le gustaba lo que estás haciendo aquí –Morna se irguió–. Has convertido Somerville's Bay en un complejo turístico y la zona de árboles resinosos en un campo de golf para ricos.

–Aquí juega al golf mucha gente de la zona, que dista de ser rica –cortó él–. Y mucha gente se gana la vida trabajando en el complejo.

–Lo sé –dijo Morna quedamente–. Pero a él le gustaba como era antes. Sabía que intentarías comprarla cuando él muriera y quiso protegerla, que siguiera en su estado natural.

–¿Natural? –él alzó una ceja con incrédulo sarcasmo–. Entonces tendrías que demoler la cabaña y cortar los pinos. Y arrancar cada brizna de hierba, y los hibiscos, por no hablar de los árboles

centenarios.
–Sabes a lo que se refería –protestó ella con frialdad.
–¿Estás de acuerdo con él?
–Pienso respetar sus deseos –dijo Morna tras un momento de titubeo. En realidad no estaba de acuerdo con Jacob, que añoraba lo que consideraba la tierra virgen de su juventud, pero Hawke vería esa admisión como un signo de debilidad, y seguiría presionando.
No estaba dispuesta a explicarle sus planes. La asociación benéfica que recibía sus aportaciones semanales en devolución del legado de Glen solía enviar a niños sin recursos de vacaciones. Tarika Bay sería un campamento ideal para ellos.
–Dímelo cuando recibas el impuesto de contribución –dijo Hawke con fría ironía.
–¿Por qué? –Morna arrugó la frente.
–El terreno costero es muy caro. ¿Por qué crees que tantos propietarios han vendido la tierra para que se urbanice? Cuando yo compré, los impuestos estaban comiéndose todos los beneficios de Somerville's Reach. Había dos opciones, desarrollar o parcelar. A no ser que tu negocio deje muchos beneficios, o tengas ingresos alternativos, Tarika Bay supondrá un coste insostenible.
Morna se recriminó por su estupidez; en ningún momento había tenido en cuenta los impuestos de contribución. Se quedó callada.
–¿Eras familia de Jacob Ward?
–No –afirmó ella, desconcertada por el cambio de tema–. Éramos amigos –aclaró. Él volvió a alzar la ceja con incredulidad.
–Estoy dispuesto a pagar el valor real de la tierra –dijo con voz sedosa–, pero no creas que puedes chantajearme, Morna. No ofreceré un céntimo más de lo que vale para mí.
–No voy a vender –ella resistió el deseo de cruzar los brazos sobre el pecho, con gesto protector–. Hacerte el duro conmigo no te servirá de nada.
–Me opondré a cualquier plan de urbanismo –dijo él, con tono neutral, aunque sus ojos eran puro hielo.
–No tengo intención de urbanizar –protestó ella. El puro orgullo la obligó a continuar–. ¡Pero si quisiera, tus amenazas no me harían cambiar de opinión!
–Puedo conseguir que no encuentres otro comprador.
Ella abrió los ojos de par en par. El atractivo rostro de Hawke se endureció con determinación, convirtiéndolo en un formidable adversario.
–¿Cómo? –preguntó ella secamente.
–La cabaña es casi una ruina, así que cualquier comprador necesitará un constructor, aunque solo sea para construir una casa

mejor. Pero no hay constructor en la zona dispuesto a enfrentarse a mí. Tu mejor opción es aceptar mi oferta, no recibirás otra mejor.

–No voy a venderle a nadie –dijo ella, con tanta determinación como mostraban sus ojos–. Si te molesta tanto que esté aquí, tendrás que ignorarme.

–No puedo –dijo él con voz tensa–, igual que tú no puedes ignorarme a mí –añadió con fría convicción.

–¿Crees que no puedo resistirme a ti? –escupió ella.

Él no contestó, al menos con palabras. Se preguntó si ella había utilizado su fría e inquietante sensualidad con el viejo Jacob Ward, para que le legara la cabaña y una de las playas más bonitas del norte. Sintió una intensa oleada de ira primitiva y desazón.

Furioso consigo mismo por perder el control, y con ella por ser tan testaruda, posó la yema de su dedo índice en la base de su cuello. Observó, insolente, como ella bajaba los párpados para ocultar sus pupilas, dilatadas. Se preguntó por qué una mujer de reputación dudosa podía hacerle perder el control de toda una vida.

–Sé que lo intentarías –dijo con desdén. Dejó caer la mano–. Yo haría lo mismo. Pero si sigues viviendo aquí, va a ocurrir. Es inevitable como el invierno, violento como un incendio.

Morna pensó que también era igual de destructivo, y realizó un esfuerzo heroico para resistirse a su magnetismo. El sexo con Hawke sería salvaje y ardiente, sentido común y autoestima desaparecerían en una hoguera de pasión. A pesar de la amenaza, su cuerpo revivía solo con pensarlo; de hecho, ya soñaba con él por la noche.

–Haré lo que considere mejor para mí –dijo Morna, encogiendo los hombro levemente.

–Parece que tienes la costumbre de heredar –dijo él con franqueza imperdonable–. Empezaste tu negocio con el dinero que te dejó un amante. ¿También fuiste amante de Jacob Ward?

Durante un momento, Morna no estuvo segura de haberlo oído bien. Una ojeada a su rostro inescrutable la convenció de que hablaba en serio.

–Era un anciano –dijo, con una voz tan fría que debería haberlo dejado helado.

–¿Y qué? –inquirió él con brutalidad.

–Que no tengo amantes que podrían ser mis abuelos –giró sobre los talones y fue hacia la cabaña, cegada por la ira y el desprecio. Era obvio que él apoyaba la opinión de la mayoría: que era una aprovechada. Oyó el motor de su coche arrancar y alejarse por la colina.

Se apoyó en su furia para paliar su dolor; se puso unos vaqueros y una camiseta y fue a dar un largo paseo por la playa. Acabó

escalando la colina que había tras la cabaña, tierra de Hawke, con actitud de desafío. Desde allí vio el sol ponerse sobre Auckland, en jirones de oro y escarlata.

Cuando los colores empezaron a difuminarse y el cielo adquirió un tono lavanda y rosado, regresó a casa. Le dolió aceptar que lo que le rompía el corazón no era tanto el dolor como el sentirse traicionada.

Hawke era un hipócrita; primero la besaba como un amante y luego la acusaba de prostituirse.

Aunque, en justicia, la había besado *antes* de saber que Jacob le había dejado la cabaña.

Capítulo 5

NO LO excuses –se dijo, molesta. Entró en casa y empezó a preparar la cena. Era obvio que Hawke había oído rumores, y estaba dispuesto a creerlos.

Hawke solo la había besado. No podía contar que había puesto el dedo en su cuello, eso ni siquiera había sido una caricia. Estaba furioso al hacerlo, y su intención había sido avergonzarla. Podía soportar los besos y el insulto; sobre todo porque no volvería a verlo.

Con fría desesperación, tomó el bocadillo que había preparado e intentó olvidar el recuerdo de su desinhibida respuesta cada vez que la tocaba. Sentía un placer erótico mayor que cuando Glen le hacía el amor.

Morna mordió el pan con ferocidad y comentó a masticar, pero a mitad de bocadillo se sentó ante el escritorio, pensando en el futuro bebé de Cathy.

Para un bebé lo tradicional eran el coral y las perlas; si fuera una niña quizá estaría bien una perla por año. Pero tendría que esperar a que naciera. Las perlas debían ser adecuadas para la tonalidad de su piel. Se preguntó qué elegiría si era un niño.

–No será una copa de plata –dijo en voz alta. Empezó a dibujar y concentrarse en el diseño la tranquilizó. No era probable que ella fuera a tener hijos, pero sería la única tía de los de Nick y Cathy.

El lunes, la dubitativa pareja de novios llegó tarde a la reunión y además se embarcó en una airada discusión delante de ella. Furiosa, Morna estuvo a punto de decirles que eligieran a otro joyero, pero al final optó por aplacarlos y descubrir qué querían realmente.

Justo después del almuerzo, el sistema de seguridad se estropeó y dos personas se quedaron encerradas en la tienda hasta que llegaron los técnicos a reprogramar la alarma. Después, se cortó el dedo, algo habitual en su trabajo, y tuvo que ponerse un esparadrapo; ¡justo el día en que iba a ver una exposición de perlas en el hotel más elegante de Auckland!

Mientras se maquillaba y se cambiaba de ropa en el taller, recordó que se había olvidado de consultar qué impuestos tendría que pagar por Tarika Bay.

Abrió la caja fuerte y eligió uno de sus anillos: un diamante varios tonos más claro que sus ojos, que resplandecía como un sol distante contra su piel.

–¡Vaya, estás impresionante! –dijo su ayudante, Annie, entrando en el taller–. Cielos, la caja está llena.

–Diamantes para que elija la maldita pareja de novios –aclaró Morna–, y rubíes. Terminé el collar de diamantes el domingo, pero su propietaria está de viaje, así que lo guardo hasta que regrese. También están las perlas de Babs Pickersgill, que hay que reensartar, y un par de arreglos que tengo que hacer mañana.

Las perlas de Babs eran famosas: un collar de tres vueltas heredado de su madre, exquisito y extremadamente valioso. Por desgracia, eran perlas azuladas, que no iban bien con su tono de piel.

–Un cliente impaciente –dijo Annie, al oír el timbre de la tienda sonar con insistencia–. ¡Pásatelo bien!

En el vestíbulo del hotel había grupos de gente reuniéndose para salir. De repente, Morna se sintió muy sola. Subió en el ascensor a la suite en la que se celebraba la exposición y mostró su invitación a los dos enormes guardias de seguridad que había en la puerta.

–¿Champán, señora? –ofreció un camarero.

Morna aceptó una copa y miró a su alrededor, observando la ecléctica mezcla de gente: los organizadores, aparte de invitar a los profesionales del sector, habían invitado a suficiente gente famosa como para atraer la atención de la prensa. Saludó a un par de competidores, sonrió a Babs Pickersgill, que estaba al otro lado de la sala e hizo un gesto con la mano a una amiga.

La sensación de soledad que había sentido en el vestíbulo del hotel volvió a asaltarla; el brillo del diamante que llevaba en el dedo la molestaba, era un frío recordatorio de que ningún hombre la había querido lo suficiente como para comprometerse con ella.

Se recriminó diciéndose que no confiaba en ningún hombre lo suficiente como para aceptar un compromiso, o desearlo. Sin embargo, el rostro dominante y fuerte de Hawke irrumpió en su mente un instante. Sospechaba que sus amenazas eran siempre serias y que las cumplía. Se preguntó si sería igual cuando hacía una promesa.

Con la copa en la mano, se acercó a examinar las perlas. Relucientes esferas en tonos azules y verdes, colocadas sobre satén crema que enfatizaba su lustroso brillo dorado. La excitación borró su cansancio y preocupación; podría crear cosas bellísimas con ellas…

Oyó un incremento en los murmullos a su espalda y miró hacia atrás de reojo. Se quedó helada al ver que Hawke acababa de entrar y la había visto. Una oleada de júbilo recorrió su cuerpo, hasta que vio a la mujer que lo acompañaba.

Recordando sus besos, Morna se puso rígida y se dio la vuelta; todo su pasión se diluyó al ver los largos dedos femeninos que tocaban la manga negra de Hawke. Llevaba puesto un esmoquin, y eso implicaba que después iría a cenar… Y después ¿qué? Imaginárselo en la cama con la mujer le nubló la vista.

Se preguntó qué diablos estaba haciendo allí. Tomó un sorbo de champán, sin saborearlo, y tuvo una idea odiosa. Quizá había ido a propósito, para hacerle saber que, a pesar de sus besos, era un hombre libre.

–Entendido –masculló entre dientes, tomó otro sorbo de champán y dejó la copa. Ver a Hawke le producía la misma sensación que crear un diseño que gustara al cliente y realzara la belleza de las gemas al máximo; una joya armoniosa, bella y con fuerza.

Físicamente, él poseía ese equilibrio intrínseco. El cabello negro y la piel bronceada eran el marco perfecto para sus ojos verde claro, y su estructura ósea era fuerte y armoniosa. Todo ello, combinado con su altura, su cuerpo atlético y una letal gracia viril, hacía que mirarlo fuera un placer para los ojos.

Había visto a hombres guapos antes, pero nunca había sentido nada igual. Con un sabor amargo en la boca, aceptó que incluso cuando la enfurecía, respetaba su carácter inflexible; era demasiado contencioso, pero al menos no mentía.

Las perlas se mezclaron ante sus ojos como una iridiscencia color mar. Morna intentó enfocarlas de nuevo y sintió un patético alivio cuando su amiga se acercó.

–Son fantásticas, ¿no crees? –dijo rápidamente, señalando las perlas con la mano, intentando sonar como una persona normal sin conseguirlo del todo.

–Maravillosas –su amiga, la directora de una gran joyería del centro de la ciudad, la miró con curiosidad–. Apuesto a que tu creatividad se ha disparado. ¿Cómo van las cosas?

–Bien, bien –pero la atención de Morna no estaba en su amiga, ni siquiera en las luminosas perlas. La mujer que iba del brazo de Hawke acababa de abrazarlo y darle un beso. Un beso de verdad, aunque duró poco.

Morna desvió la vista y se concentró en charlar, sonreír y aceptar una invitación para almorzar la semana siguiente. Cuando su amiga la dejó, no recordaba una sola palabra de la conversación. La alegró haber tenido la presencia de ánimo suficiente para

apuntar el día del almuerzo en su agenda.

Babs Pickersgill se acercó y saludó efusivamente. Era una mujer bondadosa, caritativa y parlanchina.

–Morna, eres la única persona de la que me fío aquí, ¿debería comprar algunas de estas perlas? Son fabulosas pero, ¿serían una buena inversión?

–Creo que sí –Morna inspiró con fuerza–. Pero las tuyas son…

–¿Sabes? –Babs hizo una mueca–, nunca pienso en ellas como mías. Aunque mi madre murió hace muchos años, ¡siguen siendo suyas! –miró por encima del hombro de Morna y su expresión se tiñó de entusiasmo–. Hawke –murmuró, con voz de asombro que era tributo a su poderoso atractivo masculino.

Él pasó su mirada inescrutable desde el rostro de Morna al de Babs y pronunció su nombre con una voz profunda y traviesa que encandiló a la mujer. Morna, tragó saliva, desesperada por escapar.

Hawke notó el efecto de su presencia en sus ojos color whisky y en la súbita palidez de su rostro, que reveló un sutil toque de colorete en las mejillas. Sintió el primitivo deseo de cazarla; era una presa digna de persecución. Rectificó con cinismo, quizá la presa fuera él.

–Morna, este es… –empezó Babs, tras mirar del uno al otro y soltar una risita.

–Morna y yo ya nos conocemos –dijo Hawke con educación–, no os interrumpiré. Pero, después, ¿puedo traerte a alguien para que hable contigo?

–Sí, claro –aceptó ella. Su rostro no denotó su reticencia pero Hawke la percibió claramente.

–Gracias –dio un paso atrás y Morna se volvió hacia su acompañante, que se estiraba para ver adónde iba él.

–Ah, sí, está con Peri Carrington –miró a Morna con las pestañas entrecerradas–. He oído decir que eso se está poniendo al rojo, ¡quizá se haya enamorado! Nunca creímos que llegara a ocurrir: llevan persiguiéndolo sin descanso desde que acabó el instituto, pobre chico, no me extraña que sea tan cínico. Pero quizá solo necesitaba una chica dulce e inocente –sonrió.

–Es muy posible –balbució Morna.

–Una chica encantadora. La hija de sir Philip, ¿conoces a la familia?

–He oído hablar de él –por supuesto que conocía a sir Philip Carrington, y a su amante. Pero no a su esposa. Morna cambió de nuevo al tema de las perlas.

Diez minutos después volvía a estar sola. Una ojeada a la ajetreada sala reveló a Hawke sonriendo a otra mujer que coqueteaba con él, mientras Peri Carrington seguía colgada de su

brazo. Morna sintió una intensa punzada de deseo mezclada con melancolía.

Cansada del olor a perfume y vino, del ronroneo de la conversación y del aire acondicionado, echó una última ojeada a las gemas y fue hacia Hawke y su acompañante. No iba a esperar a que fueran a buscarla; la entrevista sería en sus términos y cuando ella eligiera.

Hawke se volvió hacia ella; Morna apretó los labios y esbozó una sonrisa cortés y profesional. Hawke le presentó a Peri Carrington con voz agradable y neutral. Las mujeres se dieron la mano con cortesía.

–Peri está buscando a alguien que diseñe un anillo para ella.

–Hawke dice que tienes un gran talento –comentó Peri con gentileza.

–Es demasiado amable –replicó Morna–. ¿Qué clase de anillo?

–¿El que llevas puesto es un diseño tuyo?

–Sí –asintió Morna. La joven no tenía más de veintidós o veintitrés años y lucía su elegante vestido con estilo y naturalidad. Era guapísima.

–Es precioso –afirmó Peri, sin despegar los ojos del anillo–. ¿Puedo mirarlo de cerca?

Morna se lo quitó y se lo dio. Era un encargo de una mujer que al final decidió que no lo quería; un poco ostentoso para el gusto de Morna, pero en la mano derecha no quedaba mal. Era de estilo Art Decó y el diamante dorado, de forma cuadrada, estaba rodeado por pequeños diamantes blanco azulados.

–Es… fantástico –suspiró Peri, con voz de ser aún más joven de lo que era–. ¿Puedo probármelo?

–Sí, adelante.

–¿Qué te parece? –Peri se puso el anillo, extendió la mano y miró seductoramente a Hawke.

–Exquisito –él no cambió de expresión–. Unas piedras magníficas y un montaje excelente. Un producto muy sofisticado.

Morna mantuvo la vista baja, pero el tono de su voz le produjo un escalofrío. Ostensiblemente, hablaba del anillo, pero el último comentario se había referido a su creadora, y no había sido ningún elogio.

–Solo a ti se te ocurriría llamar producto a algo tan fabuloso –rio Peri, devolviendo el anillo–. Muchas gracias. Iré a verte un día y hablaremos del tema.

–Estaré encantada de recibirte –Morna sacó una tarjeta de visita de su bolso–. Toma, así no tendrás que buscar el número –les sonrió a los dos–. Tengo que marcharme ya.

–¿Tienes otra cita? –preguntó él con voz neutra y carente de

emoción.

–Sí –ella sonrió inexpresiva–. Adiós.

Era cierto que tenía otra cita: ¡con la cama! Pero mentirle había sido una tontería indigna de ella.

Afuera había refrescado, pero aún hacía demasiado calor para otoño. Pronto llegaría el invierno con sus lluvias y noches frías. La voz de Hawke resonó en sus oídos. «Inevitable como el invierno», había dicho. Morna negó con la cabeza. Nunca. No se atrevería a hacer el amor con Hawke, eso la marcaría para siempre; incluso si él no tenía intención de casarse con la encantadora jovencita.

–No estoy celosa –masculló Morna entre dientes, cuando arrancó el coche y emprendió el camino a casa. Pero en realidad, los celos provocaban un dolor intenso en cada una de sus células.

Ya en casa, se obligó a tomarse un yogur y un chocolate caliente antes de irse a la cama. El sueño la eludió durante horas; su mente no dejaba de imaginar a Hawke y a Peri haciendo el amor apasionadamente en una gran cama, no muy lejos de allí.

–Sal de mi cabeza –rechinó, golpeando la almohada. Él tenía derecho a hacer el amor con quien quisiera. Al menos Peri era mucho más joven que él, ¡no un par de años mayor!

Finalmente, consiguió dormirse. Incorporó a sus sueños el insistente sonido del teléfono y tardó un buen rato en comprender que estaba sonando de verdad.

–¿Diga? –contestó adormilada.

–¿Señorita Vause? –era una voz masculina y cortés–. ¿Es usted la dueña de Vause, en la calle Forsythe?

–Sí. ¿Quién es? –farfulló ella, intentando despejarse.

–La policía, señorita Vause. Me temo que su tienda ha sido saqueada –hizo una pausa y continuó–. Se han llevado casi todo, incluyendo el contenido de la caja fuerte que, por lo visto, no estaba cerrada.

Diez minutos después, Morna conducía a toda velocidad colina arriba, concentrándose en mantener el coche en la carretera. La luna llena iluminaba los postes de las verjas que iba dejando atrás. Justo después del complejo vacacional tomó una curva ciega demasiado rápido y se enfrentó al resplandor de unas luces largas. Instintivamente, pisó el freno y giró el volante para evitar al vehículo. Su coche patinó en la gravilla y, finalmente, se detuvo chocando contra algo sólido.

En medio de una cacofonía de ruidos y chirridos metálicos, sintió el tirón del cinturón de seguridad. Un momento después, tomó aliento y se echó hacia atrás; soltó el volante y, ciegamente, giró la llave de contacto. Apagó el motor y oyó el otro vehículo, parado en mitad de la carretera pero aún en marcha. Acababa de

soltarse el cinturón de seguridad, cuando la puerta se abrió.

–¿Estás bien? –preguntó una dura voz masculina. Ella parpadeó al ver al hombre que se agachaba junto al coche. Era Hawke.

–Sí –asintió, consternada.

–¿No tienes nada roto, ni heridas? –preguntó él con una voz que a ella le costó reconocer como suya.

–Me duele un poco el hombro, nada más –aseveró, tras moverse un poco.

–Inspira con fuerza –ordenó él, sin creerla. Morna obedeció–. ¿No sientes dolor?

–Ninguno.

–Entonces las costillas están bien. Intenta mover cada músculo del cuerpo.

–Están todos bien –dijo ella unos minutos después–. Benditos sean los cinturones de seguridad –le tembló la voz y sintió la vergonzosa necesidad de esconder la cabeza entre las manos y echarse a llorar.

–Bien, a ver si puedes salir –Hawke se irguió y dio un paso atrás–. Ella empezó a levantarse, pero se le doblaron las piernas.

–¿Qué me pasa? –gimió con frustración–. No estoy herida.

–Es el shock –aclaró él. La sacó del coche con gentileza, como si fuera tan ligera y pequeña como Cathy–. ¿Sigues sin sentir dolor?

–Solo un poco en el hombro. Puedes dejarme en el suelo, estoy bien.

Él escrutó su rostro. A Morna le latía el corazón a toda prisa; esperó que no notara su nerviosismo cuando la miró a los ojos. Sin decir una palabra, la dejó en el suelo, sin soltarla. Ella notó que se le iba la cabeza y tuvo que abrazarse a él. Empezó a tiritar.

–¡Maldita sea! –masculló.

–El shock es algo muy extraño –advirtió él, sujetándola contra su cuerpo con un abrazo protector.

–Pero… ¡no tengo nada! –empezaron a castañetearle los dientes, a pesar del calor que le daba Hawke.

–Eso da igual. Apóyate en mí; si no puedes llegar hasta el coche, te llevaré en brazos.

Las palabras y la cadencia grave de su voz la tranquilizaron. Decidió relajarse en la seguridad de su fuerza. Tardaría unos minutos en mantenerse en pie por sí sola. Su sangre circulaba de nuevo, oía los latidos de su corazón, pero aún no había recuperado el equilibrio.

Miró el rostro de Hawke, una escultura de planos y ángulos iluminados por el brillo blanco de la luna. Sus ojos brillaban y la sorprendió ver que su boca se había suavizado y tenía expresión casi de ternura.

Se le doblaron las rodillas al comprender, incrédula, que su cuerpo estaba respondiendo físicamente al contacto con él. Debía de ser el shock, pero el urgente deseo que empezaba a consumirla con sus llamas no lo parecía…

–¿Qué diablos hacías conduciendo a mitad de la noche sin luces? –preguntó él con irritación. Morna, catapultada de vuelta a la realidad, giró y miró su coche, que había chocado con un poste de piedra.

–¿Sin luces? –gimió. Estaba casi segura de haberlas encendido.

–Sin luces –afirmó él, suavizando el tono–. Necesitas sentarte. Deja que te lleve.

Morna, temiendo desmayarse, dejó que la llevara hasta su coche. Cuando la colocó en el asiento del pasajero, inspiró con fuerza y empezó a defenderse.

–No habría visto nada sin luces –protestó–. Quizá se estropearon al chocar con el poste.

–Veías porque hay luna llena –la miró distante, todo rastro de la ternura que ella había creído percibir se había esfumado–. Créeme, no estaban puestas.

Morna se llevó una mano temblorosa a la frente y se recostó. Cerró los ojos y rememoró cómo había salido de casa. Se había puesto unos vaqueros, un suéter de lana y unas zapatillas de deporte; después había agarrado el bolso y corrido hacia el coche. Recordó que le había costado insertar la llave de contacto y arrancar. De las luces, no se acordaba.

–¿Estás bien?

–Sí.

Él cerró la puerta y ella entreabrió los ojos y lo vio ir hacia su coche para examinarlo. Era un hombre vital y peligroso, pero competente y bondadoso en caso de emergencia. Cerró los ojos de nuevo.

Se preguntó dónde había estado hasta entonces. El rostro de Peri Carrington destelló en su mente. Sus labios se curvaron con una mueca de desagrado; no era una pregunta difícil de contestar. Seguramente había pasado las últimas horas en la cama de su novia.

Febril, intentó ignorar la puñalada de dolor; tenía cosas más importantes de las que preocuparse, sin pensar en las amantes de Hawke.

Si a Annie se le había olvidado cerrar la caja fuerte, la compañía de seguros no cubriría su contenido; tendría que compensar a los clientes cuyas joyas habían sido robadas. Eso implicaría pedir dinero prestado al banco. El pánico atenazó su estómago; si no conseguía el dinero perdería todo aquello por lo que tanto había luchado. Sintió un gran alivio cuando Hawke volvió al coche, así

dejaría de pensar.

–Lo siento. ¡Fue una estupidez! –murmuró–. Supongo que la luna brillaba mucho y, con las prisas, olvidé las luces. Al menos no choqué contigo.

–Podrías haberte matado –replicó él, con voz fría como un témpano.

–No iba a matarme por chocar contra un poste –dijo ella con tanta energía como pudo.

–A la velocidad a la que ibas sí –arrancó el coche, giró y lo puso en dirección contraria.

–¿Qué haces? –preguntó ella abruptamente.

–Llevarte al médico.

Capítulo 6

MORNA dio un respingo y clavó los ojos en el austero perfil de Hawke, silueteado a la luz de la luna.

–Pero estoy bien, en serio –volvió a mover los hombros y se pasó las manos por las costillas y las caderas–. Ni un dolor.

–Has sufrido un accidente y necesitas que te vean. ¿Adónde ibas con tanta prisa?

–Han robado en mi tienda –musitó ella. Decirlo, oír sus palabras, hizo que pareciera real. Y mucho peor.

–¿Cuándo ha ocurrido? –preguntó Hawke. Ella deseó que pusiera el coche en marcha de una vez.

–La policía me llamó hace unos minutos. Estrellaron una camioneta contra el cristal y se llevaron todo lo que pudieron.

–Lo siento –tomó sus manos entre las suyas y apretó suavemente. A ella le dio un vuelco el corazón.

–Tengo que ir allí –comentó ella. Oía sus latidos con más fuerza que su respiración. Le rogó en silencio que no fuera amable con ella, porque no lo aguantaba. Como si hubiera captado su plegaria, Hawke la soltó y arrancó el coche.

–Te llevaré, después de que te haya visto un médico.

–No conozco a ningún…

–Yo sí.

–Pero la policía quiere que haga un inventario de lo que se han llevado. No puedo pedirte que…

–No me lo has pedido –cortó él con una voz tan paciente que a ella le hirvió la sangre–. Me ofrezco yo.

–¿Eso es una oferta? –dijo ella con voz empalagosa–. Curioso, me ha sonado como una orden: «Cierra la boca y haz lo que digo, Morna» –se llevó una mano a la sien, donde sentía un martilleo–. Para tu información, soy capaz de organizar mi vida sin interferencias.

Acababan de llegar a la autopista. Hawke disminuyó la velocidad, giró al sur y aceleró de nuevo.

–Pues en lo que va de noche no parece que lo hayas hecho muy bien –dijo con tono cáustico.

–Vete al infierno –masculló ella–. Odio que me digan que me he equivocado, incluso cuando es cierto. Normalmente soy capaz de organizar mi vida.

–Estoy seguro de ello, pero por esta noche deja que me ocupe de ti.

Lo peor era que sentía la tentación de permitirle que lo hiciera. Quizá el accidente le había dañado la cabeza; llevaba ocho años forjando su camino en la vida, protegiendo su autoestima y sin depender de nadie. Pero en ese momento se sentía vagamente agradecida por su consideración y por cómo se había hecho cargo de la situación. Hawke marcó un teléfono en el dial del panel de control. Contestó una voz femenina y adormilada.

–Sí, Elaine, sé que hora es. Lo siento. ¿Puedes hacer algo por mí? –describió concisamente lo ocurrido, sin apartar los ojos de la carretera.

–Será mejor que la traigas –dijo la doctora.

–Gracias. Llegaremos en diez minutos –cortó la comunicación y se concentró en la carretera.

Ella apretó los labios y calló. Se preguntó si podría resistirse a ese tono de voz si Hawke lo utilizaba con ella. Tendría que hacerlo; valoraba su independencia demasiado para entregársela a un hombre, por carismático y bondadoso que fuera.

En Orewa, Hawke dejó la autopista y giró por una calle que tenía un centró médico en una esquina. La doctora, una agradable mujer de mediana edad, obligó a Hawke a quedarse en la sala de espera y revisó a Morna con destreza y manos ágiles y suaves.

–Estás sorprendentemente bien –dijo, poco después–. Debes de haber estado sentada muy recta cuando chocaste; la mayoría de la gente se hace cardenales.

–Le dije a Hawke que estaba bien.

–Y ya veo el caso que te hizo.

–Lamento que hayas tenido que levantarte en mitad de la noche para nada, solo porque él se asustó.

–¿Asustarse? –la doctora alzó las cejas–, ¿Hawke? No lo creo.

–Bueno, no, no es cierto –rio Morna–. Actuó como siempre, dando órdenes como si fuera el monarca conquistador. ¿Pierde los nervios alguna vez?

–Yo nunca lo he visto. Tiene un sentido de la responsabilidad muy arraigado –dijo alegremente la doctora–. Perder a su padre a los doce años sirvió para templar y endurecer aún más un carácter ya definido. Su madre era tan desdichada que tuvo que crecer rápidamente. Ha tenido muchas responsabilidades desde niño.

Morna absorbió la información mientras la doctora se lavaba las manos. Explicaba muchas cosas sobre Hawke: su autoridad innata y su formidable y prepotente contundencia.

–Lo conoces bien –comentó.

–Su madre es prima segunda mía –la doctora cerró el grifo–. Lo

más irritante de él es que suele tener razón; podrías haber sufrido una conmoción cerebral. Y si tuvieras cardenales en el pecho, habría que hacer una radiografía de las costillas.

Salieron juntas del consultorio y se reunieron con Hawke, que escrutó el rostro de Morna.

–Está bien –dijo la doctora.

–¿No hay síntomas de shock? –inquirió Hawke.

–¿Pretendes enseñarme mi trabajo? –le sonrió con afecto–. Los normales después de un accidente, y muchos menos de lo habitual.

–Así que ir a Auckland no me perjudicará –intervino Morna.

–Depende de lo que vayas a hacer allí –la doctora miró de Morna al semblante atento de Hawke. Ella le explicó la situación rápidamente–. Lo mejor sería que te fueras a la cama, pero puedes ir. No hagas esfuerzos.

Morna le dio las gracias; Hawke la tomó del brazo y la condujo hacia el coche. Siendo como era, no se conformó con dejar las cosas así.

–¿Seguro que necesitas ir a la ciudad? –preguntó–. Ya has oído a Elaine: deberías estar en la cama.

–No hace falta que me lleves, iré en taxi –dijo ella.

–¿Por qué no puedes esperar hasta mañana? –insistió él, tras lanzarle una mirada acerada y encender el motor.

–Porque es mi responsabilidad.

Lo que no dijo era que necesitaba comprobar que la caja no había sido forzada. Sintió náuseas al pensarlo; apoyó la cabeza y cerró los ojos, calculando el valor total de su contenido. Ya había hecho un cálculo inicial mientras se vestía, y la respuesta solo tenía un nombre: bancarrota.

Media hora después salió del taller, tiritando con el frescor nocturno; contempló el caos que algún criminal había causado estrellando un vehículo equipado con barras de hierro contra la ventana. Soltó una palabrota y vio la sonrisa divertida que esbozaba Hawke antes de rodear sus hombros con un brazo. Aunque se puso rígida, ese gesto compasivo hizo que se sintiera mejor.

–Ha sido un trabajo rápido y profesional –dijo el agente de policía–, entraron y salieron antes de que llegara la empresa de seguridad. Señorita Vause, si no la molesta, me gustaría que viniera a la comisaría unos minutos para hacer el inventario.

–¿Qué va a pasar con la ventana? –preguntó Hawke.

–La empresa de seguridad se ocupará –respondió Morna. Le martilleaba la cabeza y tenía los pies helados. El frío procedía de su interior. Aunque cerrara los ojos seguía viendo la caja fuerte,

abierta y sin señales de haber sido forzada; Annie se había olvidado de cerrarla y se lo habían llevado todo.

–Vamos, Morna, aquí ya no puedes hacer nada más. Te llevaré a la comisaría –dijo Hawke.

Aunque admiraba su coraje y determinación, pensaba que cuanto antes fuera a casa, mejor. Por un momento se planteó la idea de llevarla a un hotel después de que hablara con la policía. Sus ojos parecían demasiado grandes y nublados, y le temblaba la voz. Estaba manteniendo las apariencias a duras penas, y sabía que la molestaba que él fuera testigo de lo que consideraba un signo de debilidad.

La tomó del brazo y la hizo salir de la tienda, sorprendiéndose de que no protestara. Ya junto al coche, miró su rostro, pálido bajo la cruda luz de una farola, y tuvo que resistirse a una oleada de deseo que lo quemó como un hierro candente. Se preguntó si ella era consciente de que la ropa oscura y la melena azabache le daban un aire decadente, glamoroso y seductor. Cínicamente, pensó que era muy probable.

La dama era perfectamente capaz de cuidar de sí misma, y debería dejar que lo hiciera. Pero su madre lo había educado para que fuera protector y, además, la voz temblorosa de Morna derrumbaba sus defensas con tanta precisión como un bombardero.

Quizá fuese una gran actriz. Si los rumores eran ciertos, sabía exactamente cómo halagar al ego masculino. Estaba casi convencido de que era una oportunista mercenaria, pero eso no disminuía el deseo que sentía por ella. Durante un segundo, incluso llegó a pensar que una infancia rodeada de pobreza y miseria podría haberle hecho adoptar esa actitud.

–Vamos, Morna –dijo, enfadado consigo mismo por intentar justificarla.

–Gracias –dijo ella. Lo miró con cansancio y se agachó para abrir la puerta del coche. Se sentó cuidadosamente y dobló sus largas y atractivas piernas.

Hawke fue hacia la otra puerta con una sonrisa desdeñosa. Arrancó el coche, preguntándose qué estaría ocurriendo tras ese rostro inexpresivo.

Ella estaba muy recta, con los hombros cuadrados, el perfil tenso y distante. Parecía más pequeña, la sedosa melena negra flotaba sobre sus hombros y tenía los rasgos más afilados de lo normal.

La entrevista en la comisaría duró muy poco. Morna explicó cómo funcionaba el sistema de seguridad, inventarió el contenido de la caja fuerte para el agente, y le dijo que ella misma se pondría en contacto con los clientes cuyas joyas habían sido robadas.

–¿Confía en su ayudante? –preguntó el agente.

–Por completo –afirmó ella con convicción–. Estoy segura de que no tiene nada que ver con esto.

–Tendremos que hablar con ella de todos modos –dijo el agente con voz neutra.

Hawke la miró, y Morna pensó, instintivamente, en cómo miraba Nick a Cathy. Se recriminó por su estupidez.

–Gracias por todo –le dijo, ya en el coche.

–De nada. Me encontré con un amigo con el que solía jugar al rugby cuando estaba en la universidad.

–Vi que charlabas con alguien.

Hawke le echó un vistazo y captó su mirada. Morna se humedeció los labios. A pesar de todo, no podía ocultar que lo deseaba. Volvió a sentir un intenso calor en las entrañas y se preguntó si lo que lo atraía sexualmente de ella era el peligro que representaba.

Su respuesta a sus besos había sido explosiva. Una cínica voz interior le recordó que la suya no lo había sido menos. A Hawke le gustaban las mujeres y, aunque no era promiscuo, tenía mucha experiencia.

Ella lo afectaba físicamente. Ninguna otra mujer había hecho mella en el frío control que tanto valoraba; nunca había conocido a nadie a quien deseara sin mesura. Tenía que asegurarse de que no se enredaría en el brillo dorado de sus ojos, ni se dejaría seducir por su exquisita piel, ni por ese cuerpo tan tentador. Tenía que controlar la lujuria que clamaba en su cuerpo, al menos hasta llevarla a casa sana y salva.

Morna miraba por la ventana, con los párpados medio cerrados. Estaba exhausta, pero no podía relajarse lo suficiente para dormir. Era hipnótico y pacífico estar sentada junto a Hawke mientras el coche recorría las calles vacías. Cuando dejaron la ciudad, el tráfico disminuyó aún más y pronto la carretera se extendió vacía ante ellos, subiendo colinas y cruzando oscuros valles.

–¿Estás bien? –preguntó Hawke.

–Perfectamente –replicó ella automáticamente. Por el rabillo del ojo observó sus manos sobre el volante: delgadas, de dedos largos y casi inmóviles. Sintió una sensación de cálida seguridad; una mujer estaría a salvo en esas manos.

Su cuerpo se tensó con alarma al percibir la trampa que empezaba a abrirse a sus pies. Ningún hombre era seguro, el amor los convertía en peligrosos. Incluso Nick había hecho daño a Cathy…

–¿Por qué decidiste instalarte en la cabaña de Jacob? –preguntó Hawke.

Morna volvió la cabeza y miró la larga y curvilínea playa, que

brillaba espectral bajo la luna. La pregunta parecía un intento de hacer conversación para matar el rato. Pero Morna no se dejó engañar.

–Quería paz y tranquilidad, y es barato.

–¿Y eso es importante? –preguntó él con tono indiferente.

–Para cualquiera que empiece su propio negocio, sí –dijo ella, tras un momento de tensión.

–Me sorprende que Nick no te ofreciera que fueses a vivir con ellos.

–Adoro a Nick –dijo ella con compostura–. Pero nunca ha superado su complejo de hermano mayor. Valoro demasiado mi independencia para ir a vivir con Cathy y con él.

–¿Cubrirá el seguro el contenido de la caja fuerte?

–No lo sé –confesó ella. Se dijo que debía mantener la calma. Él había visto la caja abierta, pero no tenía ni idea de su contenido.

–Supongo que no importa mucho –comentó él–. Teniendo el apoyo de Nick…

–No tengo su apoyo. Nunca lo quise. Un negocio que depende de la ayuda de amigos o de la familia no puede llamarse negocio –se recostó y simuló un bostezo. Sus problemas financieros no eran asunto de Hawke–. Me gustaría saber quiénes lo han hecho.

–¿Para poder castigarlos?

–Es como una violación –dijo ella con la garganta tensa. Se preguntó si pensaría que estaba dramatizando.

–Lo entiendo –dijo él quedamente. Ella lo miró con sorpresa y él se encogió de hombros–. Es algo que has concebido y creado, parte de ti. Es lógico que te afecte de forma personal.

Morna se dio cuenta de que sí lo entendía y admiró su comprensión.

–¿Qué te llevó a pensar que diseñar y crear joyas era tu sueño? –inquirió él.

–Fue una progresión lógica. Nick siempre pensó que tenía talento, y también lo pensaba… –su voz se apagó.

Glen había admirado su creatividad, pero había puesto fin a su ambición de estudiar diseño porque quería toda su atención. Por eso su regalo de despedida resultó aún más cínico; le habría tirado el soborno a la cara, pero entonces Nick habría insistido en mantenerla. Además, necesitaba huir de la humillación de que la abandonara como a un saco de patatas. Había aceptado, pero se vengó de Glen devolviéndole el dinero.

–¿Nick y tú crecisteis juntos?

A pesar de su tono casual, ella supo que había adivinado el nombre que había estado a punto de decir. No importaba; debía de saber que había sido la amante de Glen. Aun así, se sintió

degradada.

–Se incorporó a la familia cuando tenía siete años, pero había sido vecino nuestro desde siempre.

Hawke no preguntó por las circunstancias de la llegada de Nick a la casa que su madre y ella compartían con el ocasional hombre pasajero, y Morna no tenía intención de explicarlas. Él había nacido en una familia rica y privilegiada, no en un barrio pobre y sin futuro, refugio de los traficantes de drogas.

–¿Por qué te hiciste diseñadora de joyas, en vez de simplemente joyera?

–Estudié mucho y pasé los exámenes –dijo ella con calma.

Hawke pensó, con sorna, que esa era una versión muy aséptica de los hechos. De reojo, percibió su tensión: tenía las manos entrelazadas sobre el regazo y las piernas rígidas. Recordó la imagen de su cuerpo en la tumbona, junto a la piscina de los Harding: piel sedosa y dorada por el sol, cintura estrecha y hombros anchos que realzaban unos pechos que lo hacían estremecerse de deseo.

Irritado al descubrirse admirando su tenacidad y talento, así como el duro trabajo que había realizado para alcanzar el éxito, se recordó que había utilizado ese seductor cuerpo para conseguir el capital inicial. Por alguna ridícula razón, imaginársela como amante de otro hombre lo corroía por dentro. Se negaba a admitir que eran celos, pero se parecían mucho.

Ella era una curiosa mezcla de contradicciones. Su voz había sonado totalmente sincera cuando le dijo que se negaba a permitir que Nick la ayudara. Hawke se preguntó cómo sería asediar esa fiera independencia…

Morna cerró los ojos y se deslizó en un sueño ligero e inquieto. Se despertó con un sobresalto cuando el coche se detuvo.

–¿Qué… dónde estamos? –preguntó, atontada.

–Ante la verja del complejo –dijo él con voz dura.

–¿Por qué hemos parado aquí? –preguntó ella, esforzándose por abrir los ojos.

–Porque tienes que tomar una decisión.

–¿Cuál?

–O entras y pasas la noche aquí, o te llevo a la cabaña y me quedo contigo –explicó él. Las farolas de la entrada iluminaban su cara, transformando los ángulos y planos en una bella e inflexible máscara de bronce.

–¡No! –exclamó ella.

–Una cosa o la otra –estiró la mano y acarició suavemente la huella húmeda de una lágrima–. No estás en condiciones de quedarte sola. Imagino que el shock de destrozar tu coche y

ocuparte del robo empieza a hacerse sentir. ¿Qué va a ser?

–La cabaña –replicó ella de inmediato. Cuando llegaran se libraría de él. Hawke sonrió irónicamente y volvió a poner el coche en marcha–. Hablando del coche, no debería dejarlo en la cima de la colina –dijo ella nerviosa–. Puede ser un peligro para otros conductores.

–Ya no está allí. Mientras estabas en la consulta llamé a la grúa para que fueran a recogerlo.

–No te he dado las gracias por todo lo que has hecho por mí esta noche –dijo Morna con voz rígida y precisa.

–Sí lo has hecho, y no hace falta.

Ella creyó oír un toque de ironía en su voz y lo miró con sospecha, pero él seguía serio.

Cuando llegaron a la cabaña, tropezó al salir del coche; intentó apoyarse en la puerta, pero Hawke la agarró del brazo y la sujetó hasta que recuperó el equilibrio.

–¿Estás bien? –preguntó.

–Sí –dijo ella intentando que su voz sonara firme–. Me había quedado anquilosada.

–¿Te duele algo? ¿Golpes o cardenales? –disparó las preguntas como balas.

–En absoluto, ¡nada de nada! –cruzó la hierba, consciente de que él caminaba a su lado. El aire olía fresco y una ligera luminosidad al este indicaba que no faltaba mucho para el amanecer. Llegó a la puerta de atrás y lo miró con una sonrisa–. No hace falta que te quedes, Hawke, pronto será de día.

–Aun así, me quedaré.

–Te llamaré mañana por la mañana. De hecho, utilizaré el autobús del hotel para ir a Orewa, si no te importa tengo que alquilar un coche.

–Voy a quedarme, Morna.

–Me temo que no puedes –dijo ella, intentando ocultar su satisfacción–. Solo hay una cama.

–Espero que sea grande –repuso él lacónico.

Le quitó las llaves y abrió la puerta. Para asombro de Morna, entró antes que ella. Tembló al comprender que estaba revisando la cabaña por precaución. Un momento después, encendió la luz.

–Estás tiritando –comentó–. Entra.

–No sé qué te hace pensar que tienes derecho a dormir conmigo por ayudarme –dijo ella, sin moverse–, pero si es muy importante mándame una factura; cuando te pague puedes gastarte el dinero en una prostituta. Así quedaremos en paz.

–Tienes una mente muy vulgar –sus ojos brillaron como esquirlas de hielo–. Te dije que podías elegir. Quizá debería haberte

dicho que mi casa tiene dos dormitorios. No vas a pasar la noche sola, ¡mírate! Apenas puedes mantenerte en pie. El shock tiene efectos muy extraños en los humanos.

–¡Debo de haberte dicho por lo menos tres veces que no necesito ni guardián ni enfermero! –escupió ella, rechinándole los dientes.

–No estoy de acuerdo –le lanzó una mirada peligrosa. Ella estuvo a punto de perder el control por completo, pero dominó su ira con un gran esfuerzo.

–Vete a casa –le ordenó. Hubo un silencio.

–Decídete –repuso Hawke implacable–. O me quedo aquí o vuelves al complejo conmigo.

–Me niego a que la gente diga que soy tu última amante –de pronto, recordó–. ¿Qué me dices de… Peri? ¿No se llama así la mujer con la que estabas esta noche?

–¿Qué pasa con ella?

–Imagino que no le gustará que pases el resto de la noche con otra mujer –apuntó Morna. ¡Sobre todo si había hecho el amor con ella antes de regresar a casa!

–¿Cómo va a saberlo? ¿Piensas contárselo tú?

–Éstas siendo obtuso a propósito. Claro que no se lo contaré –se pasó una mano por los ojos ardientes–. Pero si me quedo en tu casa toda la gente del complejo estará comentándolo antes de mañana. Ya sabes cómo son las comunidades pequeñas. ¡Cinco minutos después lo sabrá todo Auckland!

–No me preocupa –dijo él despiadado–, y admito que me sorprende que te preocupe a ti.

–No todo el mundo puede permitirse ese majestuoso desprecio por la opinión de los demás –musitó Morna. Estaba indignada, pero el agotamiento empezaba a nublar su mente.

–En el fondo te importa un cuerno –Hawke alzó los anchos hombros con indiferencia–. Vamos, decídete, Morna. Ahora.

Ella se mordisqueó el labio inferior, antes de mirarlo. Parecía capaz de quedarse allí el resto de la noche, por incómodo que resultara. Se puso una mano en la boca para ocultar un enorme bostezo.

–Como la alternativa es hacerte pasar la noche en un sillón, supongo que lo menos que te debo es volver contigo.

Capítulo 7

SI HAWKE hubiera hecho el mínimo gesto de triunfo, Morna habría renegado de su admisión de derrota, pero él debía de saberlo, pues no cambió de expresión.

–No me debes nada. ¿Quieres llevarte algo de ropa?

Ella asintió rápidamente y entró en la cabaña, pasando ante él como si no existiera. Fue al dormitorio y metió una camiseta larga y lo primero que encontró en una mochila; luego llenó el neceser.

Antes de salir, echó una ojeada al espejo. No se había herido en el accidente pero tenía un aspecto extraño: blanca como la leche, enormes ojos oscuros y una boca que temblaba bajo la pálida luz de la bombilla.

Volvió a la sala de la cabaña. Hawke alzó la cabeza de la mesa y ella comprendió que había estado mirando sus diseños. Antes debía de haber analizado la pequeña habitación con asombro; posiblemente nunca hubiera estado en un entorno tan cutre. Pero ella no estaba dispuesta a avergonzarse de su casa.

–Estoy lista –anunció, con desafío.

–Son fantásticos –comentó él. Aunque era un estupidez sentirse tan halagada por su alabanza, no pudo evitar ruborizarse de placer.

–Gracias –le dijo, con tanta compostura como pudo.

La casa de Hawke era lo opuesto a la informalidad destartalada de la cabaña. Estaba a unos pasos de la playa, de cara al sol, rodeada por un jardín vallado en el que abundaban las palmeras de hojas redondeadas.

El interior de la casa, diseñado por el mismo decorador que había convertido el complejo vacacional en un éxito, era un alarde de buen gusto que consiguió relajar la tensión que Morna sentía en el estómago. Agotada, controló un bostezo mientras seguía a Hawke.

–Este es el dormitorio de invitados –dijo él, abriendo la puerta de una habitación decorada con pacíficos tonos arena, crema y madera–. La cama está hecha –añadió, cuando la vio contemplar la cama de matrimonio que dominaba la habitación.

Ella pensó que debía de tenerla siempre a punto, por si podía entrar en acción, pero se guardó el cáustico comentario para sí al ver que él iba hacia la puerta.

–Que duermas bien, Morna. Si necesitas algo, dímelo –le dijo

con voz amable.

La puerta se cerró tras él y Morna hizo un esfuerzo para lavarse la cara en el baño adjunto, se desnudó y se puso la camiseta larga. Cinco minutos después de taparse, el sueño sumió su mente en la oscuridad.

Poco después la asaltaron pesadillas que mezclaban imágenes y emociones de forma incoherente e insoportable. Inquieta, su mente buscaba desesperadamente dónde refugiarse.

De pronto sintió que el calor la rodeaba: calor y sensación de seguridad a la que acompañaba un sutil aroma que podría reconocer si no estuviera atrapada en una red de desaliento. Salado y masculino, le resultaba familiar y desconocido al tiempo, era agradable…

–Despierta –dijo una voz profunda. Una mano le apartó el pelo del rostro con una caricia sensual–. Despierta, Morna. Solo es una pesadilla, una mezcla de recuerdos y emociones. Puedes salir de ella.

–¿Hawke? –musitó ella. Las siniestras imágenes se disolvieron en la nada, anuladas por el sólido apoyo de su cuerpo musculoso y fuerte.

–Sí.

Morna abrió los ojos y parpadeó para librarse de las lágrimas. Hawke estaba sentado en la cama y la tenía en los brazos. Apenas podía ver su rostro, pero la luz gris que entraba por las cortinas indicaba que era de día.

–¡Oh, diablos! –dijo con voz ronca.

El pecho de él se movió y comprendió que se estaba riendo. Pero seguía acariciando su cabello, apartándolo de su rostro húmedo.

–Llorar en sueños no va con tu imagen –dijo él con voz divertida–. No te preocupes. No le diré a nadie que te despiertas con aspecto de hurí, con ojos ahumados, piel como seda salvaje y labios rojos y tentadores… –con los ojos entrecerrados tocó una esquina de su boca con el nudillo del dedo índice–. Esta arruguita de aquí es muy erótica.

Morna miró sus ojos color jade. Estaba desnudo de cintura para arriba y el calor de su piel bronceada hizo que se agitara la tigresa que latía en su interior. El silencio se convirtió en una presencia que resonaba de tentaciones prohibidas y retos peligrosos. Deseó poner su boca en los músculos largos y bien dibujados de sus hombros, mordisquear su piel y tenderse junto a él…

Lo único que la salvaba era el poder de esa oleada de fervor erótico; la drenaba de la fuerza necesaria para perseguir su deseo. Se tapó los ojos con las manos, intentando apagar sus sensaciones, pero solo consiguió intensificarlas. Inhaló el aroma estimulante y

sutil de su piel, pensando que no era raro que su pesadilla se hubiera desvanecido. La desesperación no tenía opciones ante el anhelo que derrumbaba sus defensas.

Se preguntó como podía ser tan susceptible a un hombre que no le gustaba y en quien no confiaba. Estar junto a él agudizaba sus sentidos y la encendía. Cuando estaba sola echaba de menos su presencia, su vida perdía sabor y luz.

Era como un semental. Bajo su elegante sofisticación había un macho duro y despiadado, que mantenía a raya su inteligente y fría mente y sus emociones con fuerza de voluntad y disciplina. No se parecía en nada a Glen, que exigía adoración constante para alimentar su ego. Si se dejaba atrapar por la enervante y potente atracción que sentía por Hawke acabaría lamentándolo aún más de lo que lamentaba el desperdicio que había sido amar a Glen.

Torpemente, se liberó del abrazo de Hawke y se estiró la camiseta. Se bajó de la cama, se alejó unos pasos y lo miró con aire acusador.

Él no intentó retenerla, pero tampoco se levantó. Su insultante calma, aunque solo llevaba puesto el pantalón del pijama, hacía muy patente que la cama de una mujer y un cuerpo cálido y adormilado no eran nada nuevo para él.

–Siento haberte despertado –dijo ella con rigidez, simulando una desenvoltura que no sentía.

–¿Qué soñabas?

–No me acuerdo –dijo Morna, cerrando las manos para controlar el deseo de acariciar el vello de su pecho.

–Es lo que suele ocurrir con las pesadillas –aceptó él, poniéndose en pie.

–Gracias por despertarme –replicó ella, cambiando su aplomo por aprensión.

–Siempre sería un placer despertarte –comentó él con voz seria. Su sensual boca se curvó y clavó los ojos en su cuello.

La piel de Morna empezó a arder. Percibió en su tono de voz educado y burlón una nota ronca de deseo viril. Su cerebro se lanzó a un abismo de imágenes de placer, de sexo desbordado y animal. Escuchó el latido errático de su corazón y su cuerpo se ablandó y suavizó con feminidad apasionada.

Deseaba que la despertara de mil maneras distintas, todas ellas excitantes y satisfactorias. Deseaba despertarlo a él y perderse en la promesa erótica que exudaba cada centímetro de su piel bronceada. Cada terminación nerviosa de su cuerpo se disparó, arrasando su sentido común, derrumbando las excusas que le quedaban para no echarse en sus brazos y dar rienda suelta a su deseo.

–Tengo que irme a casa –dijo atropelladamente. Tomó aire–. Es

pronto, ¿verdad? Iré andando.

–¿Para que todas las lenguas del complejo se disparen? –dijo él con sorna–. Anoche no querías eso. Vístete. Prepararé el desayuno.

–Yo no… –calló cuando él la tomó en sus brazos y la apretó, lenta y deliberadamente. Chispas de fuego destellaron en sus ojos.

Estaba tan cerca que Morna percibió los colores que daban profundidad al jade: dorado y verde más oscuro, incluso pinceladas azules. Sintió punzadas de pasión en las zonas más sensibles de su cuerpo. Él estudió su rostro con atención.

–Me debes una disculpa –dijo.

–¡No es cierto! –protestó ella, pero su tono no expresó la indignación y enfado que pretendía, sonó ronca y dubitativa–. Anoche dijiste que no te debía nada.

–He cambiado de opinión. Acusarme de que esperaba que te acostaras conmigo fue un golpe bajo.

–Lo sé –Morna se sonrojó al recordarlo–. Lo siento.

–No creo que eso sea disculpa suficiente –esbozó una sonrisa lobuna–. Me dolió mucho…

–¿Dolerte a ti…?

Hawke inclinó la cabeza y ella cerró los ojos, rindiéndose en silencio. Volvió a abrirlos cuando su boca cálida se posó en una sien, siguió hacia la mejilla y después le mordisqueó el lóbulo de una oreja. Cuando Morna se estremeció y emitió un gemido apagado, él rio suavemente y volvió a morder, con más fuerza.

Ella se preguntó cómo podía arder y tiritar al mismo tiempo. Pronunció su nombre, pero no consiguió emitir sonido alguno. Justo debajo de la oreja había un punto sensible cuya existencia desconocía. Cuando Hawke la besó allí, gimió de nuevo, un relámpago recorrió sus senos y su estómago, inflamándola de deseo.

Sus labios trazaron un camino sinuoso y erótico por su cuello, mientras una mano cubría un pecho y buscaba con pericia el pezón. Hawke alzó la cabeza y clavó los ojos en los suyos.

–Me excitas –murmuró. Después la besó con dureza y pasión.

Ella respondió con una violencia que debería haberla aterrorizado. Pero no fue así, disfrutó intensamente del contacto con su cuerpo, de los brazos que la apretaban y de la presión de su boca. Nunca había sentido una pasión igual, casi dolorosa por su fuerza. Un momento después él alzó la cabeza y miró su rostro.

–Será imposible simular que tu noche aquí ha sido inocente –murmuró con una mezcla de ironía y desdén por si mismo–. Cualquiera que vea tu rostro y tu boca sabrá lo que hemos estado haciendo.

Morna inhaló una bocanada de aire. Si él podía pasar de la pasión a la ironía en un instante, ella también; no se atrevía a

dejarle ver cuánto la afectaba. Pero antes tenía que escapar de sus brazos. Bajó los suyos, que rodeaban su cuerpo, y se apartó. Todo su cuerpo rechazó el movimiento, pero consiguió dar dos pasos hacia atrás y mantenerse erguida. Incluso se obligó a sonreír.

–Era una batalla perdida –rezongó. La sorprendió el sonido agudo de su voz; no parecía una mujer que acababa de entregarse y rendirse a sus brazos. Ni una mujer que acababa de descubrir una pasión sin límites.

–Después de desayunar te llevaré a casa –dijo él con calma.

Morna comprendió, con amargura, que esos momentos de pasión no habían sido un descubrimiento para él. Mantenía el control y su atractivo rostro tenía una expresión fría y autosuficiente. Ella se dijo que debía mantener la calma y afianzar.

–Gracias por la oferta de desayuno, pero tengo que irme ya –respondió con voz firme.

–Entonces te llevaré ahora –Hawke alzó una ceja negra con sorpresa y salió de la habitación.

Morna sacó la ropa de la mochila y entró en el baño. Se duchó rápidamente con agua fría, para apagar el fuego que ardía en su interior. No funcionó, pero después de limpiarse los dientes y maquillarse, la imagen que devolvió el espejo era la de su rostro habitual. Excepto los labios, sospechosamente hinchados y sensuales, como si hubiera recibido una inyección de colágeno.

En ese momento recordó la razón por la que había pasado la noche en casa de Hawke. Habían robado en su tienda, y estaba abocada a la bancarrota. Aun así, aunque el pánico le atenazó el estómago, el recuerdo de sus brazos y sus besos le provocó una falsa sensación de seguridad. Apretó la mandíbula, fue a la ventana y miró al exterior.

Igual que la casa, el diseño del jardín había sido muy cuidado. Una piscina verde azulada brillaba bajo el sol, y había muebles de madera oscura a la sombra del porche. Contra el muro había un árbol con grandes hojas ovaladas y ramas sinuosas. Ostentosos hibiscos en flor se mezclaban con flores azules y aromático franchipán, y había palmeras tropicales que rodeaban una cascada de agua que caía a la piscina.

–Retrasar las cosas no solucionará nada –se dijo con voz brusca. Recogió la mochila y salió de la habitación.

Ya en la sala admiró la forma en que el decorador había integrado los muebles modernos y las antigüedades. No había nada de seda, ni de mimbre; un hombre del tamaño y presencia de Hawke necesitaba muebles sólidos a su alrededor.

–¿Cómo te encuentras? –preguntó Hawke. Llevaba pantalones largos y una camisa de manga corta.

–Bien –replicó ella, desviando los ojos de sus musculosos brazos y luchando contra el rubor. Probablemente quería saber cuánto la habían afectado sus brazos, si se había convertido en una adicta…

–¿Ningún cardenal?

–¿Cardenal? –alzó los ojos, sorprendida.

–Ayer te estrellaste contra un poste –le recordó él.

–Anoche, sí –era otra cosa que había olvidado–. No, ninguno. Tuve suerte.

–Mucha –Hawke se acercó y le quitó la mochila–. Yo la llevaré.

No vieron a nadie mientras cruzaban el complejo vacacional en el coche. En silencio, Morna observó la estela de un avión que surcaba el cielo azul; después se concentró en los jardines, rebosantes de palmeras y buganvillas de tonos rojos, malvas y rosados. Pero no consiguió olvidar la sensación de la boca de Hawke sobre la suya, ni el torbellino que había provocado en su cuerpo.

En su experiencia, los hombres altruistas escaseaban. Sabía lo que Hawke quería de ella: sexo, y por primera vez en su vida, eso la tentaba. Bastantes amigas suyas mantenían relaciones sexuales habitualmente, sin permitir que eso las afectara, ¿por qué no iba a hacerlo ella? Amar a Glen había derrumbado su confianza en sí misma y su autoestima, pero sin amor no había riesgo de eso, ni tampoco dolor.

Hawke no estaba enamorado de ella. La trataba con consideración y la noche anterior había sido muy amable, pero solo compartían una feroz atracción el uno por el otro, nada emocional ni vinculante. La mejor manera de exorcizar esa pasión sería tener una aventura con él.

Morna estiró los dedos de las manos, que se habían curvado automáticamente al recordar a Peri Carrington. Antes de dar un paso más tenía que descubrir lo que la joven significaba para Hawke; lo deseaba, pero no lo suficiente para enredarse con él a escondidas, mientras él cortejaba a otra mujer.

Se preguntó cómo averiguarlo sin que su intención fuera demasiado obvia… Un beso y unas chispas no le daban derecho a cuestionar las relaciones sentimentales de Hawke. Además, quizá solo se había rendido a él por los efectos del accidente y su necesidad de apoyo. Alzó la cabeza, sorprendida porque el coche se había detenido y estaban ante la cabaña.

–No hace falta que uses el autobús del complejo. Yo te llevaré a Orewa –dijo Hawke–. ¿Cuándo quieres ir?

–No, no –replicó ella automáticamente. Él sonrió con ironía–.

Debes de tener otras cosas que hacer.

–Será un placer –dijo con sorna. Salió y abrió la puerta trasera para sacar la mochila.

Morna se esforzó para bajar del coche con elegancia. Ya era hora de comportarse con un mínimo de dignidad y autoridad, a pesar de que la noche anterior, sin saber por qué, había elegido unos pantalones blancos y negros, con estampado de piel de cebra y una insinuante camiseta de seda negra que, combinados con zapatillas deportivas, no ayudaban a su propósito.

–Ya has hecho más que suficiente por mí –le dijo, ocultando su turbación.

–Tengo que ir a mi oficina de Orewa –comentó el con tono casual–, llevarte no será ninguna molestia. Cuando te pongas en contacto con la aseguradora, puedes darles mi nombre como referencia.

–Ya veremos lo que dicen –dijo ella, sintiendo una punzada de miedo. Abrió la puerta y se volvió hacia él–. Gracias por todo.

–¿Vas a llamar a Nick? –al ver que no contestaba, puntualizó–: Nick Harding.

–Sé a quién te refieres –bajó las pestañas–. Cathy y él están de vacaciones. Pero aun así no lo llamaría: no corro a contarle cada pequeño problema que tengo –forzó una sonrisa–. Al menos, ya no. Ahora tiene en su vida a otra persona a la que ser leal, como debe ser.

–¿La lealtad es importante para ti?

–¿No lo es para todo el mundo? –contraatacó ella, moviendo los hombros inquieta.

–Supongo que sí –Hawke echó un vistazo a su reloj de pulsera–. Vendré a recogerte dentro de una hora –después se marchó con una sonrisa.

Ya sola, Morna se sintió desinflada y vacía, como si él se hubiera llevado su energía. Desayunó, y se puso un severo traje de chaqueta negro. Después se recogió él pelo y repasó el carmín de sus labios.

Tenía un aspecto profesional y eficaz. Era imprescindible. Tenía que llamar a los clientes cuyas joyas habían sido robadas, decirle a Babs Pickersgill que las perlas de su madre habían desaparecido, y enfrentarse a la compañía de seguros, que estaba en su derecho a negarse a pagar el contenido de la caja fuerte.

Si se negaban, tenía que encontrar el dinero necesario para compensar a sus clientes.

Capítulo 8

ESE TRAJE servirá para distraer al agente de seguros, sin duda –comentó Hawke poco después, mientras su coche emprendía la subida de la colina.

–¿Qué?

–Traje negro y ajustado, piernas largas con medias negras, tacón alto, carmín rojo. Todo un cebo –dijo él, apretando los labios.

–Cielos –ronroneó ella, molesta pero disfrutando del estímulo que suponía su presencia–, y yo que creía que tenía un aspecto formal, profesional y sofisticado: perfecto para enfrentarme a carpinteros, cristaleros y agentes de seguros. Viniendo de un barrio obrero, ¿cómo iba a saber cuál es la ropa correcta? Quizá debería recordarte que cualquiera de esas personas podría ser una mujer.

–Me encanta esa lengua mordaz –rió él suavemente–. Discúlpame, ha sido una grosería.

–Sin duda –dijo ella, algo aplacada.

–¿Qué aseguradora utilizas? –preguntó él. Al oír su respuesta, asintió con la cabeza–. Es una buena empresa. Recuerda, si puedo ayudarte en algo, dímelo.

–Gracias –aceptó ella con cautela, inquieta por la cálida sensación que le había provocado su oferta. Esa mañana, cuando él se había ido, comprendió lo estúpido que sería tener una aventura con él. El accidente y el robo debían de haberla afectado más de lo que creía. O bien los besos de Hawke y su amabilidad le habían trastocado el cerebro. Ante una posible bancarrota, embarcarse en una relación con Hawke suponía un peligro suicida. Había decidido enterrar la idea en un rincón recóndito de su cerebro; pensarlo solo lo potenciaría a él.

–Muchas gracias por traerme –le dijo cuando llegaron a Orewa. Le ofreció la mano con formalidad.

–Estoy a tu disposición –la acalló con una mirada irónica, alzó su mano y marcó el dorso con el suave roce de sus labios. Ella notó una llamarada que recorría su piel de arriba abajo.

–Tienes unos modales deliciosamente anticuados, Hawke –le dijo con voz suave.

–A mí madre le encantará saberlo –replicó él, sonriendo ante el contraataque–. Te veré esta noche.

Ella se juró que no sería así y entró en la agencia de alquiler de

vehículos. La recepcionista debía de haber estado mirando por la ventana, porque miró a Morna con admiración, como si se preguntara dónde había cazado a un hombre así. Morna sonrió con frialdad.

Seguía hirviendo de ira cuando llegó a Auckland, y una potente mezcla de indignación y agresividad dirigió todas sus acciones el resto del día.

Todo fue tan horrible como había imaginado. Llamó a cada uno de los clientes robados y escuchar sus lamentos de rabia y dolor fue agotador. Después llegó el agente de seguros. Había sido agradable pero terminante; la caja fuerte no había sido cerrada y no podían cubrir su contenido. Y probablemente el seguro privado de los clientes tampoco cubriría las joyas.

Eso implicaba que necesitaba una suma astronómica de dinero. La situación no era peor de lo que había supuesto, pero no por ello era más fácil aceptarla.

–¿Va todo bien ahí fuera? –preguntó cuando Annie entró al taller con el correo. Había un par de trabajadores ocupándose de arreglar la ventana.

–Eso creo –Annie titubeó–. La policía piensa que dejé la caja abierta a propósito.

–Lo sé –respondió Morna–. Pero yo sé que no es así.

–No hace falta que me despidas, me iré –ofreció Annie, mirándola con gratitud.

–No seas tonta –dijo Morna con convicción–. No voy a despedirte. Una vez yo misma dejé la caja abierta.

–Estaba acabando de cerrar cuando llegó una mujer e insistió en que uno de los anillos del escaparate, el de esmeraldas, era suyo –Annie se retorció las manos y frunció el ceño–. Dijo que se lo habían robado y que actuábamos de tapadera para los ladrones. Siguió y siguió, haciendo acusaciones, insultándome y amenazando con denunciarnos.

Morna asintió. La policía ya le había contado la historia, pero era obvio que Annie necesitaba explicarse.

–Al final gritó que me haría pagar por robarle el anillo y que sería mejor que no anduviese sola por la noche –sollozó Annie–. Su forma de decirlo y de mirarme me asustó mucho. Muchísimo.

–No me extraña que te asustara.

–Fue muy desagradable, además se estaba haciendo de noche. Eché el cerrojo y corrí a la parada del autobús. Morna, lo siento mucho, no me acordé de la caja fuerte.

–Probablemente eso era lo que pretendía –comentó Morna con voz cansina.

–Creo que la policía me ha creído al final, pero me siento tan

culpable… –la voz de Annie se apagó.

–Déjalo. Te prepararon una especie de emboscada, con mucha habilidad –Morna se puso en pie.

–Por lo menos, estás asegurada –dijo Annie con voz algo más alegre.

–Nos apañaremos –afirmó Morna, esperando parecer más segura de lo que estaba. Se preguntó si debía advertirle a Annie que quizá tuviera que cerrar, pero decidió no hacerlo hasta explorar todas las posibilidades.

Annie, una rubia pequeña y bonita, estaba en la ruina y muy deprimida cuando le hizo la entrevista para el trabajo. Su marido la había abandonado para irse con su mejor amiga un mes antes. Morna, fiándose de sus instintos, la había contratado y no se había arrepentido en ningún momento. Se oyó el timbre de la tienda.

–¡Sal ahí y persuade a quien sea para que encargue algo de un precio prohibitivo!–animó Morna. Después, sola, empezó a mirar el correo. Había una carta de su abogado–. ¿Qué más puede ocurrir?

Rasgó el sobre, leyó la carta un par de veces y luego tecleó el número de teléfono del despacho.

–¿Puedo hablar con el señor Partridge, por favor?

–Ah, señorita Vause –dijo el abogado, poniéndose al aparato unos segundos después–. Esperaba su llamada.

–¿Qué demonios está ocurriendo?

–Me temo que sé poco más que usted. Como le escribí, he recibido una notificación del albacea del testamento del señor Jacob Ward que no está satisfecho con las pruebas del fallecimiento de Patrick Ward. Como ya sabe, se supone que murió en una guerra, en algún país de África –dijo, como si hablara de un planeta de una galaxia remota.

–Jacob, su padre, estaba convencido de su muerte –dijo Morna lentamente.

–Estar convencido no es lo mismo que tener pruebas documentadas. Eso busca el albacea del testamento.

–Si murió en una guerra en África, ¿hay alguna posibilidad de encontrar pruebas que se consideren válidas en un juicio? –inquirió Morna. El silencio del abogado fue muy elocuente. Ella frunció el ceño–. Si hubiera alguna posibilidad de que su hijo estuviese vivo, ¿por qué iba a dejarme Jacob esto a mí?

–Probablemente porque, como usted dice, estaba convencido de su muerte –el señor Partridge soltó una tos seca–. Al fin y al cabo, él había pasado mucho tiempo en África y supongo que conocía sus peligros mejor que nadie. Solo puedo suponer que hay suficientes dudas sobre las circunstancias de la supuesta muerte para que el albacea pida más pruebas.

–Habrá que solucionarlo –murmuró ella–. No quiero Tarika Bay si el hijo de Jacob está vivo.

–¡No se precipite! –exclamó el abogado con horror–. Sugiero que esperemos a que el albacea presente pruebas, si es que llega a hacerlo.

Después de colgar, Morna releyó la carta. Si el hijo de Jacob vivía, la cabaña y la playa eran suyas. Y, si lo eran, deseaba que no vendiera el refugio de su padre a Hawke. Aturullada, llamó al banco y concertó una cita con el director. Después fue al taller. Aunque se enfrentara a la ruina, tenía trabajo que hacer.

Lijó el extremo de un alambre de plata y lo introdujo en un agujero de la placa de diseño. Sujetó el otro extremo con unos alicates, enceró el alambre y empezó a moldearlo. Mientras trabajaba comprendió que si Patrick Ward estaba vivo tendría que trasladarse a Auckland. Pagaba muy poco alquiler por la cabaña; cualquier cosa en Auckland sería mucho más cara…

Y la alejaría de Hawke. Pensó, estoicamente, que eso solo podía ser bueno. Calentó el alambre y lo pasó por el siguiente agujero. Si se alejaba de él podría olvidarlo, en unos cuarenta años…

–¡Olvídalo! –se dijo, cuando comprendió que la imagen de Peri con Hawke invadía su pensamiento. Unos besos no le daban derecho alguno, ¡ni los quería!

Si él volvía a tocarla, lo amenazaría con denunciarlo por acoso sexual, en vez de derretirse en sus brazos como una vela de cera de mala calidad.

La entrevista con el director del banco fue tensa pero, aunque no accedió a prestarle el dinero, tampoco la rechazó, de momento. Había dicho que tardaría un par de días en estudiar sus finanzas, y la felicitó por sus excelentes y actualizados libros de cuentas.

De vuelta a casa, Morna pensó que no quería volver a pasar un día como ese en toda su vida. El trabajo no le había producido la satisfacción habitual; aunque había acabado la cadena de plata, no había podido concentrarse en el colgante que iba a donar a la subasta benéfica. Tuvo que dejarlo; intentó diseñar algo adecuado para la delicada mano de Peri Carrington, pero solo había conseguido bocetos vulgares sin pizca de elegancia.

El Range Rover de Hawke estaba aparcado ante la cabaña, vacío. Con un calambre en el estómago, salió del coche y, tras echar una ojeada a la playa vacía, fue hacia la cabaña. Estaba a punto de llegar cuando él dio la vuelta a la esquina, grande, poderoso y ágil.

Hawke percibió su reacción al verlo: sus labios se contrajeron, sacudió la cabeza y se frotó los ojos con la mano. Sintió una oleada

de instinto protector, casi tan fuerte como el deseo que lo quemaba.

–¿Ha sido un mal día? –preguntó.

–Bastante malo –ella encogió los hombros y sus pechos se movieron bajo la blusa de seda blanca. En vez de entrar en la cabaña, esperó a qué él se acercara, con una mirada fría y distante en los ojos dorados.

–Traigo la cena en el coche –anunció Hawke.

–Puedes comértela aquí –dijo ella con voz educada. Bajó las pestañas.

–¿Sigues enfadada porque te besé la mano? –sonrió él, con una mezcla de desdén y otra cosa, que hizo que a Morna se le desbocara el corazón.

–No.

–Entonces, debe de ser porque critiqué tu ropa –apuntó él, alzando las cejas interrogante.

–No, me pediste disculpas…

–Fue un comentario maleducado y descortés –interrumpió él–, solo puedo achacarlo a un primitivo instinto territorial, poco habitual en mí.

–¿Qué? –Morna lo miró boquiabierta.

–Me has oído –le quitó el maletín y la chaqueta que colgaban de sus dedos, puso la otra mano en su cintura y la empujó hacia la cabaña–. Pensar en otros hombres admirando tu glorioso cuerpo y esas largas piernas exacerba mis instintos posesivos. No me gusta, pero parece que no puedo evitarlo.

–Yo… –titubeó y volvió a empezar–. No estoy segura de…

Él esperó cortésmente a que siguiese, pero ella, sonrojada, volvió la cabeza. Debería haberla molestado que reconociera sus primarios instintos masculinos, pero su respuesta femenina, exactamente igual de primaria, había sido de exaltación.

–A ti te pasa lo mismo –comentó él con calma–. Me observaste durante el almuerzo en casa de los Harding, y ayer te molestó verme con Peri. Está ahí, Morna, por mucho que intentemos racionalizarlo, no desaparecerá.

–Necesito mis llaves –Morna se detuvo. Él le pasó el maletín y sus dedos se tocaron. Ella sintió una descarga eléctrica y erótica recorrer todo su cuerpo. Escondió el rostro y se agachó para abrir el maletín.

–Por supuesto, podríamos seguir tu sugerencia –masculló él desde arriba.

–¿Qué sugerencia? –preguntó ella, incapaz de evitar mirarlo con sorpresa.

–Simular que no existe y rezar para que desaparezca. Pero tengo la impresión de que no va a funcionar –sus ojos verdes la miraron

burlones. Como no contestó, insistió con voz sedosa–. ¿Tú crees que sí?

–Yo no cazo en terreno privado –replicó ella secamente, abriendo la puerta.

–Y yo no soy infiel –espetó él con tono acerado–. Peri es hermana de un viejo amigo mío. Está probando sus alas, y yo soy seguro. No digo que no llore un poco cuando se dé cuenta de que su encaprichamiento conmigo no va a ningún sitio, pero no hay relación sentimental entre nosotros, la conozco desde que era un bebé.

–¿Por qué me cuentas eso? –preguntó ella con desesperación, volviéndose hacia él y colocando el maletín ante sí, como si fuera un escudo protector.

–Me limito a poner las cartas sobre la mesa –dijo él sin moverse–. No es nada complicado. Te deseo y tú me deseas a mí. Solo tenemos que decidir qué vamos a hacer al respecto.

–¿Siempre eres tan directo? –preguntó ella cansina, sintiendo una complicada mezcla de júbilo y aprensión.

–No veo ninguna razón para darle más vueltas a lo que es inevitable.

–¿Y qué es eso?

–No seas remilgada, Morna –él alzó una ceja.

Le estaba proponiendo una aventura. Obviamente, la consideraba demasiado experimentada para desear romance y luz de luna. Morna bajó los ojos hacia sus manos, tensas en el asa del maletín. Eran manos capaces y fuertes, las uñas cortas y las pequeñas heridas de sus dedos revelaban que trabajaba para ganarse la vida. Las manos de Peri Carrington, en cambio, estaban cuidadas y su manicura era perfecta.

Pero Hawke no deseaba a Peri, la deseaba a ella. Lo malo era que no conocía a la verdadera Morna Vause. Pensaba que era una mujer liberada y sofisticada, cómoda con la idea del sexo por el sexo; no sabía que la única aventura amorosa de su vida había acabado ocho años antes.

Por desgracia, ella lo deseaba más que a nada. Si se hubiera mantenido alejado de ella, podría haber controlado las intensas y lentas olas de pasión que la enfebrecían, pero ya era imposible.

–Tienes una perspectiva muy práctica –le dijo ella con voz cascada.

–Si darte la oportunidad de que contestes sí o no te parece práctico, entonces sí, la tengo –una leve nota de desdén tiñó su voz–. ¿Preferirías que te sedujera para luego decir que no fue culpa tuya?

–¡Claro que no! –exclamó con disgusto. Hawke podría hacer

exactamente eso, y ambos lo sabían.

Era lo que había hecho Glen: seducirla con flores, cenas y champán, deslumbrándola hasta que cayó en sus manos como la proverbial fruta madura. Y todo habían sido mentiras. La cínica carcajada de Hawke le provocó un escalofrío.

–Prefiero la sinceridad, por ambas partes. Cuando hagamos el amor será porque tú lo has elegido. No tendrás excusas.

–No necesito excusas –protestó ella.

Sin apartar los ojos de los suyos, le quitó el maletín y lo dejó caer en el sofá. Por primera vez, ella vio el deseo descarnado y violento que destellaba tras el jade pulido de su mirada.

Morna sintió una explosión de deseo. Hawke le ofrecía sinceridad, el derecho de tomar su propia decisión. Le ofrecía sexo sin sentimientos. Aterrada por la intensidad de su anhelo por aceptarlo, cerró los ojos un segundo. Después lo miró.

Él la observaba, inmóvil. Ni siquiera parpadeó, pero su rostro la dejó sin aliento. No le prometía un amor falso, ni un compromiso basado en la mentira. Sería un intercambio directo, incluso honorable, entre los dos: pasión por pasión. No estaba enamorado de ella.

Ella tampoco estaba enamorada de él, así que no sufriría cuando todo acabase. Sin embargo, sintió una especie de llanto desatarse en lo más profundo de su corazón. Clavó los ojos en los suyos.

–Sí –aceptó.

–Sí, ¿qué?

–Yo también prefiero la sinceridad.

Se quedaron parados unos segundos, en medio de un silencio lleno de turbulentas emociones. Después, Hawke la tomó en sus brazos y apoyó la mejilla en su sedoso y oscuro cabello.

–Me despojas de cualquier intento de ser civilizado –dijo él, con voz rasgada–. Te vi y te deseé, y cada vez que he vuelto a verte te deseo más. Sueño contigo, me despierto sudoroso y hambriento porque no estás a mi lado. Pero no es solo eso, me gusta hablar contigo. La agudez de tu mente me satisface. Quiero conocerte mejor, en todos los sentidos posibles.

–No se me da bien desvelar mi alma –musitó ella.

–Puedo esperar –Hawke tomó su barbilla e inclinó su rostro hacia atrás–. Y cuando digo que no soy infiel, lo digo en serio. Creo en la fidelidad.

Ella lo creyó sin dudarlo. No era como Glen, que había tomado todo lo que ella podía ofrecer para luego abandonarla y seguir sus propios instintos.

–Yo también –musitó ella.

Hawke aplastó la boca contra sus labios. Morna le devolvió el

beso con fervor, olvidándolo todo excepto la pasión que la inflamaba. Disfrutó de la increíble satisfacción de estar entre sus brazos, sintiendo el calor de su cuerpo, oyendo los latidos de su corazón mezclarse con los de ella.

En ese momento comprendió lo que había faltado en los besos anteriores. Él había controlado su pasión; a pesar de mostrarle su deseo, no se había dejado llevar. Supo que acababa de derrumbar todas sus barreras; Hawke la deseaba con el mismo anhelo elemental y desbordado que clamaba en ella.

Sin dejar de besarlo, deslizó las manos bajo su camisa y la sacó del pantalón. Acarició la piel tensa y cálida de su espalda, sonriendo al sentir cómo los músculos pulsaban bajo sus dedos.

–Llevas demasiada ropa puesta –protestó Hawke entre dientes, mirando su rostro arrebolado.

–Tú también –Morna intentó desabrochar el botón de arriba de su blusa, pero le temblaban tanto los dedos que mascculló con frustración.

–Déjame a mí –la detuvo poniendo una mano sobre las suyas y sujetándolas hasta que dejaron de temblar.

Ella asintió y observó la concentración de su rostro mientras desabrochaba los botones uno a uno. La camisola que llevaba debajo no era ningún obstáculo, y sus pechos se irguieron bajo la mirada verdosa y hambrienta de él. Le quitó la blusa y sonrió lentamente, Morna sintió que sus huesos se derretían.

–¿Prefieres hacer el amor con hombres vestidos? –preguntó él con voz baja y ronca.

–Esta noche no –empezó a desabotonar su camisa, febrilmente, para ahogar los gritos de queja de la mínima parte racional que aún funcionaba en su cerebro.

Hawke se sacó la camisa y luego le quitó a ella la camisola. Observó sus pechos, tensos contra el tejido transparente del sujetador. Se quedó inmóvil y su rostro se tensó. Ella lo vio tragar saliva.

–Eres… bellísima –sonrió él–. Solo se me ocurren tópicos, pero lo digo en serio. Eres preciosa. Si no te llevo a una cama, perderé el control aquí y ahora.

Desabrochó el sujetador con un simple movimiento y, sin mirarla, la tomó en brazos, la llevó al dormitorio y la depositó en la cama. Atónita, Morna tuvo tiempo de pensar en dos cosas: se alegró de haber traído su cama doble de Auckland y lamentó no haber ordenado la habitación antes de salir de casa esa mañana.

Hawke se liberó del resto de su ropa. Al ver su espléndido cuerpo, el cerebro de Morna se ahogó en un maremoto de lujuria. Era un dios alto y bronceado, con proporciones perfectas, piel tersa

sobre hombros fuertes y pecho ancho, caderas estrechas y muslos musculosos. Con la boca seca Morna emitió un susurro que fue casi como un ronroneo de tigresa.

–Tú también… eres bellísimo, quiero decir.

–Los hombres no son…

–Tú sí –lo interrumpió ella.

Él sonrió con ironía hasta que ella se sentó y estiró los brazos. Su expresión se convirtió en un espejo de deseo. Se tendió junto a ella y besó su boca con ferocidad; demasiado pronto, maldijo entre dientes y apartó los labios.

–No soy de azúcar –gimió Morna.

–Lo sé –pero no aceptó la invitación implícita de su voz; trazó el contorno de sus labios con la lengua y después bajó por su cuello. Poco después encontró el latido de su pulso bajo su oído.

Ella sintió una descarga de sensación parecida a un relámpago, una mezcla de ansiedad y letargo que robó la fuerza de su cuerpo, estimulando al tiempo hacia un placer casi insoportable. Alzó la mano y acarició su pecho, sintiendo la textura suave de su piel bajo los dedos. Al oír su jadeo involuntario, lo besó sobre las costillas, escuchando con júbilo el tronar de su corazón.

Sabía a sal, con un regusto ácido y exclusivo. Morna deseó enterrarse en él, hundirse en su esencia hasta que fueran inseparables. Pero se limitó a lamer la piel que había besado y a mordisquearla con ternura. Después se echó hacia atrás y lo miró sonriente.

–Siempre que me miras así –masculló él–, tengo que hacer un esfuerzo para no arrastrarte a una cama.

–¿Cómo te miro? –Morna se sentía bella, querida y cómoda.

–Seductora. Infinitamente deseable –una risa profunda resonó en su garganta–. Me asombra que puedas andar por la calle con esa boca sin provocar disturbios –la echó sobre la almohada y tocó su pecho, observando el contraste de su piel bronceada contra el blancor níveo de la de ella–. Tu piel es como seda, y siempre das impresión de fuerza –dijo él de repente, acarició su pezón–. Eso me gusta.

La caricia provocó una llamarada de calor en Morna, que se extendió por su cuerpo hasta centrarse entre sus piernas.

–Soy fuerte –aceptó con un ronroneo–. Pero no tanto como tú…

Deslizó la mano hacia su cadera. Él emitió un sonido ronco, inclinó la cabeza y cerró la boca sobre su pezón. Ella gimió y se estremeció ante la exquisita sensación que contrajo cada músculo de su cuerpo. Desbordada por la ferocidad de su respuesta, cerró las piernas para controlar su deseo. Suspiró y lo abrazó, disfrutando de la erótica fricción de su boca en la piel.

No debía comportarse así, debería luchar contra él, en vez de rendirse a esa fiebre sensual. Pero era imposible, Hawke era un mago que desbordaba sus sentidos con boca y manos expertas. Casi sollozó de frustración cuando él se apartó para desabrocharle y quitarle la falda.

Hawke vio la pasión de su rostro y se estremeció. Estaba en la cama cautiva de su deseo, el glorioso cabello rodeaba su cabeza y sus hombros como una noche oscura. Los últimos rayos del sol destellaban en su piel, tiñéndola de oro.

Los pechos, altos y redondos, realzaban la estrechez de su cintura, que invitaba a explorar las delicias que ocultaba bajo las medias de seda. Aunque sus ojos dorados estaban entrecerrados y somnolientos, lo miraban con fijeza e intensidad. Oyó los golpes, uno tras otro, de sus zapatos cayendo al suelo.

–Te he visto así en sueños –reconoció, olvidando las barreras que había aprendido a utilizar a lo largo de su vida. Al ver el aleteo de sus pestañas, comprendió con satisfacción que ella también había soñado con él.

Levantó su cuerpo esbelto y vibrante en brazos, y besó su ombligo antes de quitarle las medias. Siguió el recorrido de las manos con su boca. Descubrió el contorno de sus caderas y la suave curva de su estómago. Después se estiró a su lado y Morna miró su rostro de bucanero con pasión.

–Pareces una virgen –dijo él con voz temblorosa.

–¿Qué aspecto tiene una virgen?

–Insegura de sí misma, inocente y seductora –abrió la mano y tocó su mandíbula, después trazó el dibujo de sus labios–. Más allá del deseo –concluyó, con voz ronca que expresaba algo más profundo que la mera pasión.

–No soy virgen –musitó ella, sintiendo una explosión de júbilo en su interior.

–Yo tampoco –su voz, profunda e intensa, transcendió el significado de las palabras.

Morna se alzó en un destello de luz al leer algo más que una pasión momentánea en sus verdes ojos brillantes, en su sonrisa, en la ternura de sus caricias. Cerró los labios sobre la yema de su dedo y la atrapó con los dientes.

–¿Quieres morderme? –preguntó él, volviendo a besarla.

Drogada de sensualidad, apretando las caderas contra las de él, Morna abrió la boca aceptando su intrusión. La pasión vació su mente dejando solo la necesidad de hacerle el amor, de aceptarlo en su interior y conocer todas las dimensiones de su ser.

Comprendió que no era solo un deseo sexual; eso debería haberla asustado y haberle provocado un intenso rechazo, pero se



convenció de que en brazos de Hawke solo sentía deseo.

Capítulo 9

ESPERA –ordenó Hawke, poniéndose de lado.

Morna, frustrada, devoró su cuerpo con los ojos, desde sus hombros anchos bajando por la línea flexible de sus columna hasta llegar a sus caderas estrechas. La penumbra penetró en la habitación, insinuando el misterio de la noche. Sintió el crujido del colchón cuando él volvió junto a ella.

Algo en su interior estalló en mil pedazos. Sonrió y estiró los brazos para atraerlo a su interior. Resistiéndose, él acarició el punto más sensible de su cuerpo. Morna tuvo que contener un grito. La impaciencia se desató en ella como una tormenta; abrió las piernas y alzó las caderas, invitándolo en silencio.

–¿Estás bien? –preguntó él, escrutando su rostro.

–Mejor que bien –gimió ella. Rodeó sus hombros con los brazos y le ofreció su boca y su cuerpo.

Mientras sus labios se unían, Hawke completó el vínculo con una fuerte embestida que la hizo escalar a otra dimensión, regida por las sensaciones. Morna lo abrazó y sus músculos internos se contrajeron, reteniéndolo. Lentamente, atormentándola, él se retiró y embistió de nuevo; ella dejó escapar un grito entrecortado, su nombre, perdiéndose en una ola de placer.

Como si el grito hubiera roto una cadena de disciplina, él echó la cabeza hacia atrás y la tomó una y otra vez. Morna cerró los ojos; su mente se convirtió en un tornado y su cuerpo se tensó con violencia al sentir sus embestidas. Las oleadas de placer se hicieron más y más intensas, hasta que, rígida bajo él, explotó en una lluvia de estrellas.

Un segundo después, Hawke se unió a esa cima de placer y juntos se perdieron en un paraíso de éxtasis de los sentidos. Cuando sus respiraciones se acompasaron, Hawke intentó separarse de ella.

–No. Aún no –suplicó Morna, abrazándolo.

–Peso demasiado –gruñó él, pero no se movió.

–No, no es verdad. Soy fuerte, ¿recuerdas?

Envuelta en su calor y su aroma varonil, disfrutó del peso que la aplastaba contra el colchón. Aunque satisfecha y sin energía, se sentía más alerta y viva que nunca. Por fin había descubierto lo que eran el fuego y la dulzura, el placer desgarrador y la plena satisfacción. Poco a poco, sin saber de dónde venía, un frío vago y

sin forma penetró en la mente de Morna.

–Por fuerte que seas, debes de estar incómoda –dijo Hawke. Antes de que pudiera protestar, se puso de lado y, con la habilidad de alguien que lo había hecho con frecuencia, la tumbó sobre él, con el rostro sobre su pecho y la cabeza bajo su barbilla.

Envuelta en ese abrazo, con la mente desbocada y el cuerpo relajado y saciado de placer, Morna utilizó la lógica para luchar contra su miedo. Esa sensación era nueva para ella, pero no para él. Era un hombre experimentado; su seguridad sexual era inconfundible. El sexo con Hawke le había demostrado que era un auténtico semental, un macho supremo.

Había amado a Glen, pero nunca había sentido nada parecido con él. Se recriminó por su mal gusto al compararlo con otro hombre justo después de hacer el amor, de practicar el sexo, se corrigió. Se concentró en los latidos del corazón de Hawke, en cómo su respiración se tranquilizaba, y en el sutil cambio de su aroma. Antes de dormirse, pensó que olía a macho saciado.

Más tarde, ya de noche, la despertó un agradable olor a comida. Durante un momento se preguntó dónde estaba. Un segundo después saltó de la cama y corrió al baño. Salió de la ducha limpia y reluciente. Oyó movimiento en la cocina y rápidamente se puso unos vaqueros y un jersey holgado.

Tuvo que hacer acopio de todo su valor para salir del dormitorio. Hawke estaba de espaldas a ella, pero no había dado dos pasos cuando él se dio la vuelta. Alzó la barbilla y lo miró con cierto aire de desafío.

–Pareces descansada –sonrió él, ofreciéndole una copa de champán–. Te sentirás aún mejor después de comer algo.

Ella pensó que no tenía razones para no sonar normal y encantador. No le había ocurrido nada especial, ¡estaba acostumbrado! Aceptó la copa y dio un sorbo; se sonrojó cuando el se inclinó para besarla.

–Sabes bien –murmuró él con una sonrisa maliciosa.

–También este maravilloso champán –replicó ella, escondiendo el temblor de su voz tras una sonrisa.

–Me alegro de que te guste –alzó su copa y brindó con ella. Después se volvió hacia la cocina para remover algo que había en una cazuela.

–¿De dónde ha salido toda esa deliciosa comida? ¿No la habrás guisado tú? –preguntó ella.

–No soy ningún experto –rio él–. Le pedí al chef del complejo que preparase algo. ¿Te decepciona?

Era una pregunta retórica; los hombres tan seguros de sí mismos no daban ninguna importancia a lo que los demás opinaban de

ellos. Sin duda creía que su eficacia en la cama suplía con creces su carencia de dotes culinarias.

–Tengo demasiada hambre para preocuparme por eso –dijo ella con sinceridad–. Pondré la mesa.

La comida era magnífica. Morna pinchó con el tenedor la última vieira que Hawke había servido como primer plato.

–¿Qué te decidió a hacerte joyera?

–Oh, fue fácil –sonrió con añoranza–. Cuando Nick estaba en el internado…

–¿Internado? ¿Consiguió una beca?

–Glen Spencer lo conoció y decidió que tenía mucho potencial, así que utilizó su influencia para que lo aceptaran –la voz de Morna sonó firme, aunque se había sonrojado–. Cuando Nick tenía un fin de semana libre, me llevaba a ver escaparates. Pasábamos horas en las librerías, hasta que nos echaban, leíamos pero no comprábamos. A Nick no le gustaba ver ropa, así que mirábamos joyerías. Me enamoré del color, el brillo y… la opulencia y la magia romántica de las piedras.

Hawke, observando su rostro, apasionado y vital, se preguntó si el romance y glamour de las gemas había sido el único vínculo entre Jacob Ward y ella.

Ese día había recibido información que sugería que el hijo de Jacob había sobrevivido a la guerra en la que se había visto envuelto. Si era así, ¿qué haría Morna cuando regresara a Nueva Zelanda? ¿Renunciar a Tarika Bay o luchar por ella? Se preguntó por qué, si era la mujer calculadora y mercenaria que suponía, no había vendido el terreno aún.

Apretó la boca mientras ella tomaba un sorbo de champán, frunciendo los seductores y rojos labios. Desde que la vio por primera vez había luchado contra su deseo excusar su supuesta avaricia. Morna había dicho que no vendería la bahía por respeto a los deseos de Jacob Ward. Quizá solo había aceptado el dinero de Glen Spencer porque consideraba que se lo debía.

Y así era. Era una pena que el bastardo hubiera muerto; a Hawke le hubiera gustado decirle lo que opinaba de él. Morna solo tenía veintiún años cuando se convirtió en su amante, y se había librado de ella con una brutalidad que habría anonadado a cualquiera.

Además, estaba el tema de la caja fuerte y su contenido. Había hecho un par de llamadas al respecto, y parecía que Morna tendría que pagar a los clientes que habían perdido sus joyas.

Dejó el tenedor sobre el plato vacío. Empezaba a preguntarse si su abandono en sus brazos había sido natural o solo un calculador intento de ablandarlo por si tenía que pedirle un préstamo. La idea

lo horrorizó. Todo sería mucho más sencillo si se convencía de que era una mujer sensual, inmoral y avariciosa.

–Y entonces decidiste diseñar joyas –comentó él con tono cauteloso.

–Eso fue después –alzó la copa pero volvió a dejarla sobre la mesa–. Antes fui aprendiz con un joyero.

–Es una carrera que combina la creatividad con la técnica. Creo que te envidio.

–Es muy absorbente –dijo ella con voz distante. El comentario la había sorprendido.

Hawke percibió, por su reserva y quietud, que había tocado un tema doloroso sin darse cuenta. Comprendió que el tema era Glen Spencer; alguien le había comentado que Morna dejó de trabajar mientras vivió con él.

Se preguntó si a ella la preocupaba que tuviera los mismos prejuicios e inseguridades que su primer amante. Solo un hombre de ego frágil exigiría algo así de una mujer con su talento. Sintió la necesidad de explicar que él no se parecía en nada a Spencer, pero se contentó con estirar el brazo y acariciar su mano.

Sintió un pinchazo de deseo al ver que ella tragaba saliva y que sus pómulos se teñían de rubor. Pretendiera o no pedirle dinero, lo deseaba; era indudable.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no sugerirle que olvidaran el segundo plato y volvieran al destartalado dormitorio. Lo único que deseaba era hundirse en su cuerpo sinuoso y cálido una y otra vez, hasta que los venciera el sueño. Apartó la mano y tomó la copa, porque no podía tocarla sin desearla.

–Estaba buenísimo, tu chef es un genio. Recogeré los platos –anunció ella. Sin mirarlo, llevó los platos a la encimera.

Hawke se puso en pie, furioso consigo mismo. Nunca antes había tenido que preocuparse de perder el control y lo enfurecía que esa mujer lo llevara al límite. Pensó que quizá se debía a que las contradicciones de su carácter lo intrigaban. Mujer de negocios, artista y artesana, amante sensual pero que se sonrojaba de vez en cuando, y que odiaba hacerlo…

Sin duda había disfrutado haciendo el amor con él, pero, ¿significaba algo para ella? Era una pregunta peligrosa; hasta entonces solo había pedido que sus amantes lo desearan y disfrutaran con él. Maldijo para sí al percibir que su cuerpo se endurecía. Echó la ensalada en un cuenco y espolvoreó queso parmesano por encima.

Era una mujer sensual y sabía cómo conseguir que un hombre le prestase atención; ¿por qué hacía el amor como una virgen? Su cuerpo volvió a reaccionar al recordar su pasión y la sorpresa que

no había podido ocultar cuando estalló entre sus brazos. Se preguntó si había sido la primera vez que alcanzaba el clímax y deseó que fuera así; después se recriminó por pavonearse tontamente. Quizá fuera una gran actriz, que sabía lo que cada hombre deseaba de ella.

–¿Llevo algo a la mesa? –preguntó Morna, estudiando los duros ángulos de su rostro y deseando adivinar lo que estaba pensando. Él señaló la cacerola de la que emanaba un delicioso olor a pollo y hierbas.

–Yo llevaré lo demás.

–Creo que me estoy enamorando de tu chef –suspiró Morna, cuando sirvió la comida.

–Mala suerte para él –comentó Hawke–. Tendré que despedirlo. Ella soltó una risa, aunque la broma le produjo un destello de intranquilidad.

–Cathy me dijo que acabas de volver de África Central –dijo–. ¿Has estado de safari?

–Un viaje de negocios. Tengo un amigo que está intentando iniciar un negocio de importación de vacuno; es un proyecto que me gusta.

Ella, interesada, siguió preguntando. Él pareció sorprenderse, pero no necesitó que lo animara mucho para embarcarse en una descripción del país que acababa de visitar. Tenía la mente clara y era pragmático al referirse a los problemas educativos y políticos del proyecto, pero cuando hablaba de la gente y de la tierra su voz se volvía cálida y expresiva.

Después de cenar, fregaron los cacharros mientras seguían conversando. Morna se preguntó si pensaba quedarse a pasar la noche. Echó una ojeada por la ventana; la playa resplandecía bajo una luna radiante.

–¿Te apetece dar un paseo? –preguntó–. He cenado más de lo habitual y hace una noche gloriosa.

–¿Por qué no?

Pasearon en silencio por la arena hasta que Morna se estremeció de frío. Hawke la rodeó con un brazo, protegiéndola con el calor de su cuerpo.

–Volvamos dentro –ya en la casa la miró a los ojos–. ¿Asustada, Morna? Si no quieres que me quede, solo tienes que decirlo.

–No es que no quiera que te quedes –se mordisqueó el labio pensativa.

–¿Pero? –preguntó él sin rastro de enfado.

–Necesito tiempo para mí –balbució ella–. Esta mañana no tenía ni idea… –se detuvo al ver su mirada sardónica.

–Claro que la tenías –dijo Hawke. Morna se sonrojó y él le

pellizcó la mejilla y sonrió–. Está bien –dijo–. Te veré mañana.

–Probablemente no, tengo mucho que hacer –protestó ella. Además, era cierto que necesitaba tiempo y espacio. Había ocurrido algo que no entendía y necesitaba analizarlo. Rendirse a la tentación nublaría su mente y la internaría en un camino lleno de peligros.

–Ayúdame a llevar los cacharros al coche –sugirió él, tras mirarla largamente en silencio.

–¿Cómo va? –preguntó él, ya afuera, mirando el coche alquilado.

–Bien –replicó ella. Era mucho mejor que el viejo, pero terriblemente caro. Se mordió el labio; durante la velada había conseguido olvidar la amenaza que se cernía sobre ella.

–¿Cómo te fue con el agente de seguros?

–Bien –dijo ella con compostura–. Sospecha, por supuesto, pero fue justo.

–Los agentes de seguros cobran por sospechar. No te preocupes –comentó Hawke, tomándola en sus brazos. Miró su rostro con severidad. Morna se estremeció–. Vuelves a tener frío –la besó con pasión y ella estuvo a punto de rendirse otra vez.

Pero él dejó caer los brazos y dio un paso atrás, así que no tuvo que humillarse suplicándole que se quedara.

–Morna –dijo, con voz profunda.

–¿Sí?

–Solo Morna –rio él–. Buenas noches –dijo y se subió al coche.

Su nombre significaba «bienamada».

–¡No seas idiota! –se regañó ella, observando las luces traseras del coche desaparecer. Entró en la cabaña. El beso había conseguido exactamente lo que el pretendía: recordarle la pasión que habían compartido–. ¡El amor no tiene nada que ver con esto!

Se detuvo en la puerta del dormitorio y miró la cama deshecha. Una sonrisita culpable iluminó su cara. Hacer el amor con Hawke había sido extraordinario, lo mejor que había experimentado en su vida. Había sido apasionado, sensual y dominante, provocándole un placer casi insoportable.

Era todo lo que una mujer podía desear de un amante, debajo del fuego, la pasión y el placer, había habido ternura. Pero sería una tontería engañarse pensando que significaba para él algo más que un agradable revolcón.

Tiritando, rehizo la cama. Se sentía como si la hubieran lanzado a otro universo con reglas y valores diferentes. Había sentido un horrible vacío al verlo marcharse, y eso la asustaba.

Cuando Glen la abandonó se juró que no volvería a confiar en ningún hombre. Pero, acurrucada en el salón, a oscuras, sintió escalofríos en la piel que Hawke había besado y acariciado y las

lágrimas le quemaron los ojos.

–¿Morna?

–¿Qué pasa? –Morna apagó el soldador y se volvió hacia Annie, que estaba en el umbral del taller.

–Alguien quiere verte –Annie abrió los ojos de par en par y se abanicó con la mano.

El corazón de Morna se aceleró. Habían pasado dos días, pero no creía que Hawke se atreviera a ir allí.

–¿Quién?

–No sé, pero es un hombre absolutamente fan-tás-ti-co –Annie puso los ojos en blanco–. Y no piensa irse.

–De acuerdo, saldré –se puso en pie y se miró las manos. Estaban muy sucias y tardaría demasiado tiempo en lavarlas.

El corazón le dio un vuelco al verlo. Llevaba un traje oscuro y su magnetismo viril era tal que la bien decorada tienda parecía frívola y frágil. Estaba examinando un colgante de platino y diamantes, montado en una cadena de platino que había sido muy complicada de hacer. Se alegró de haberla terminado.

–¿Es un mal momento? –preguntó él, mirando su rostro con ojos perceptivos.

–Estaba trabajando, pero no importa –le pareció ridículo ser tan formal después de… Decidió no pensar en lo que habían hecho la última vez.

–Ven a almorzar conmigo.

–Tardaré más de cinco minutos en arreglar esto –agitó los dedos sucios ante sus ojos–, y aun así no quedarán limpios.

–¿Y qué? –le ofreció la mano.

Ella la aceptó con inseguridad, preparándose para recibir la familiar descarga eléctrica. Llevaba dos días preguntándose si hacer el amor con él habría acabado con esa reacción; pero la había empeorado. Sabía cómo se sentían esas manos en la piel de una mujer: suaves y cariñosas, fuertes y ásperas… Se le hizo un nudo en el estómago.

–Mi madre es jardinera –comentó él, examinando los dedos sucios–. No utiliza guantes, dice que le impiden trabajar bien, así que nunca tiene las uñas limpias. No la preocupa –pasó los dedos de Morna por la palma callosa de su mano–. Las marcas que deja el trabajo duro tienen su propia belleza.

–Una belleza que solo aprecian los demás trabajadores y jardineros –sonrió Morna–. Estaré lista en diez minutos.

Nerviosa, se frotó las manos en el lavabo; utilizó un limpiador industrial para quitar lo peor de las manchas. Perder algo de piel en

el proceso no era un precio demasiado caro. Se puso crema en las manos y buscó el pintalabios en el bolso.

Había ido a buscarla. Podía no significar nada, pero deseaba que fuera un buen augurio. Se miró en el espejo con ansiedad. Mientras mantuviera la cabeza en su sitio, estaría a salvo. No era más que una aventura.

No podía caer en la trampa de pensar que podía convertirse en amor. Aunque Hawke Challenger era el hombre más magnífico que había conocido, enamorarse de él sería como saltar de un avión sin paracaídas. Era peligroso, y cualquier mujer que intentara atraparlo lo pasaría mal.

Al menos, a diferencia de Glen, no buscaba a una jovencita que lo adorase y exaltara su ego.

Pero quizá lo que le llamaba la atención era la idea de una mujer mayor, sofisticada y con experiencia…

Capítulo 10

ESE PENSAMIENTO fue como un dardo venenoso que atravesó a Morna. Dejó de retocarse los labios y se inclinó hacia delante. Sí, allí estaban… finas arrugas alrededor de sus labios y sus ojos, signos inequívocos de su edad.

Un segundo después se encogió de hombros. Hawke también tenía arrugas… patas de gallo en las esquinas de los ojos, por pasar tantas horas al sol, y arrugas provocadas por la risa alrededor de la boca.

Se dijo que, además, en una relación que se basaba en el sexo, sin compromiso, la edad no importaba. Pero, mientras se recogía el cabello en una coleta admitió que sí importaba. Sabía que él disfrutaba de algo más que el sexo; le había dicho que le gustaba su forma de pensar y su lengua mordaz. Se estiró la chaqueta negra y sustituyó sus zapatillas por unas sandalias de tacón alto. Lista, salió del diminuto vestidor del taller.

En la tienda, Annie estaba charlando con Hawke, inclinada hacia él con el lindo rostro alerta y vivaz. Aunque la sonrisa de él expresaba más tolerancia que flirteo, Morna sintió un pinchazo de celos. Él alzó la cabeza al oír que se abría la puerta y le lanzó una mirada intensa y deslumbrante. Pronunció su nombre como una caricia y Morna se estremeció al oírlo. Todas sus defensas se derrumbaron.

Hawke había conseguido aparcar el coche muy cerca de la tienda, no era el Range Rover, sino el que conducía el día del accidente.

–He pensado que podíamos ir a Mil's –dijo él, ya en el coche, refiriéndose a un restaurante de lujo.

–Si crees que me dejarán entrar en ropa de trabajo… –musitó ella, esforzándose por no mirarse las manos.

–Yo he ido con ropa de trabajo a menudo –replicó el secamente, arrancando el coche.

–¡Me dejas patidifusa!

–Esta ropa es de trabajo –rio él–, pero también lo son los pantalones de pana y las camisas de cuadros. Si te preocupa tanto el aspecto de tus manos, ¿por qué fabricas tú misma las joyas?

–Para mí es muy importante que el producto final se ajuste a mi visión inicial de la pieza.

–Justo lo que sospechaba –comentó él–. Eres una perfeccionista.

–Supongo que sí –admitió ella, comprendiendo que la emoción que sentía en su interior era felicidad–. Pero no soy obsesiva. Nunca estoy completamente satisfecha con lo que hago, pero creo que buscar la perfección me ayuda a ser honrada en mi trabajo.

–La tienda está como nueva –dijo él.

–Arreglaron todos los desperfectos al día siguiente –deseó que su voz no denotara su angustia. El banco le había concedido el préstamo, pero en términos muy duros. Había firmado un contrato que la forzaba al máximo, pero al menos había cumplido con los clientes que habían pedido sus joyas.

Por desgracia, para pagar los plazos tendría que dejar de hacer los pagos de devolución del legado de Glen a la sociedad benéfica; eso implicaba que tardaría más años en ser libre del todo. Decidió que no era momento para preocuparse por eso, sino de disfrutar del día.

–¿Has tenido una reunión? –preguntó, admirando el paño oscuro del traje de Hawke.

–Sí –giró hacia el aparcamiento–. Esta tarde tengo otra, y después ceno con un ministro que quiere que le haga sugerencias, pero que ignorará cualquier cosa que pueda ofender o molestar al más diminuto sector del electorado.

–O sea que soy el descanso del guerrero, ¿no? –sugirió ella con voz alegre.

Después de aparcar, Hawke apagó el motor y se volvió hacia ella, sus párpados escondían el brillo verdoso de sus ojos. Morna lo miró sin respiración, tenía la sensación de que era un momento importante.

–Más bien la recompensa –dijo él.

Morna sintió un pinchazo de desilusión, que enmascaró con una sonrisa; no era la respuesta correcta, pero no sabía qué había esperado oír. Hawke soltó una risa.

–Me encantaría llevarte a casa y pasar toda la tarde contigo, pero no va a ocurrir.

–Desde luego que no –contestó ella, ruborizándose–. Tengo que acabar un encargo.

Almorzaron en un ambiente de tensión sexual tan fuerte que, después, Morna ni siquiera recordaba lo que había comido ni su conversación. Esa tarde le costó mucho concentrarse y, en vez de quedarse hasta tarde, se marchó media hora después que Annie.

En casa, intentó ver las noticias en la televisión; después decidió probar con un libro. Después de leer la misma página tres veces, lo cerró y se puso en pie, enfadada. Salió al porche para escuchar el romper de las olas contra la playa. No se oían pájaros y las únicas

luces estaban muy lejos, en la costa. Inquieta, salió a pasear bajo la luna.

Por fin sabía el efecto devastador que tenía un encaprichamiento. Tenía que ser un capricho pasajero, la otra alternativa era imposible.

Regresó a casa y se dio un baño caliente para intentar calmarse. Acababa de salir cuando oyó el ruido de un motor y unos faros que descendían por la colina.

Sintió un estallido de excitación. Se secó rápidamente, se envolvió en una toalla y corrió a la puerta. Abrió cuando Hawke alzaba la mano para llamar.

Él entró sin decir una palabra, cerró la puerta a su espalda y se recostó en la pared, examinando sus hombros y sus largas piernas con ojos ardientes.

–¿Ha sido aburrida la cena? –preguntó Morna con voz ronca. Se había sonrojado, pero no pensaba dar marcha atrás.

–No tanto como esperaba, pero tú eres infinitamente más interesante –su voz sonó ronca de deseo.

Morna se acercó hacia él y alzó la cara para que la besara. Él la rodeó con los brazos, pero no aceptó su invitación. Ella escrutó su rostro y se preguntó a qué se debía el súbito resplandor acerado de sus ojos verdes.

–¿Ya no tienes dudas? –preguntó él.

Era demasiado astuto, pero esa interminable tarde Morna había cruzado una barrera que erigió años antes; se había rendido y no quería examinar sus motivos aún.

–Ya no –admitió con voz temblorosa.

–Sonríeme –ordenó él. Ella obedeció–. Sonríes como un ángel pecador –dijo, y la besó con pasión.

Esa noche Morna descubrió cuánto podía exigirle un hombre y cuánto placer podía experimentar sin morir de éxtasis. Hawke le enseñó que su cuerpo era un instrumento que respondía a sus caricias con pasión infinita.

Y aprendió a tocarlo hasta hacerlo estremecerse y rendirse a ella.

–Duerme –le dijo él, cuando llegaba la mañana. Y Morna aprendió que el sueño que se disfruta en brazos de un hombre era el más dulce de todos.

–Los caballos no me van –afirmó Morna, conteniendo un escalofrío.

–¿Has montado en alguno? –preguntó Hawke con una sonrisa perezosa.

–No.

–Entonces, ¿cómo sabes que no te van?

–Te odio cuando eres tan lógico –protestó ella, mirando a Hawke, que estaba imponente con un polo verde que hacía que sus ojos pareciesen más oscuros y unos pantalones ajustados que marcaban los músculos de sus piernas. Echó un vistazo a la yegua color castaño–. Mira, se nota que no le gusto.

–Sabe que estás asustada –sonrió él.

–No estoy asustada –se indignó–. Soy precavida, sobre todo con criaturas que son más grandes que yo.

–Te has pasado la vida estando asustada –la cortó él–. Haré un trato contigo.

–¿Qué tipo de trato? –la aterrorizaba que él se diera cuenta de que haría cualquier cosa por él–. ¡La precaución no es lo mismo que el miedo!

–Prueba con Princesa –dijo él, ignorando su afirmación–. Si no te gusta montarla, nunca volveré a pedirte que lo hagas.

–¿Princesa? No es un nombre muy original, ¿no?

–Se lo puso una prima mía –dijo él–. Deja de evitar el tema. ¿Qué va a ser?

Morna se mordisqueó el labio inferior y miró la yegua. La yegua hizo un sonido agradable y movió las orejas. Comparada con el enorme animal negro que montaba Hawke, parecía pequeña y controlable.

–Hecho –aceptó. Se dieron la mano, pero eso se convirtió en un beso, al que siguieron otros.

–Deja de intentar llevarme a la cama de nuevo –ordenó Hawke, soltándola.

Ella le ofreció una sonrisa insinuante y seductora. La noche anterior él había regresado de un viaje de negocios a Singapur; apenas habían dormido. Los ojos de Hawke chispearon pero resistió la invitación.

–Venga, ponte el casco y te ayudaré a subir.

Para ser alguien que probablemente había nacido en una silla de montar fue muy paciente con ella. Princesa se comportó con la dignidad real que su nombre prometía y Morna empezó a relajarse.

–Fantástico –dijo Hawke, sonriéndole desde su caballo–. Tienes una gracia natural que sabía que ayudaría. ¿Ves?, Princesa también está mucho más relajada.

–La próxima vez querrás que haga *puenting* –suspiró Morna.

–Solo si quieres –replicó él, divertido.

–Ya lo he hecho. ¡Me encantó! –sonrió ella–. ¿Has probado tú?

–Aún no –soltó una carcajada–. ¿Vas a insistir en que salte de un puente por haberte convencido a montar?

–Solo si quieres –replicó ella con voz solemne. Le calentó el corazón que él pareciera estar pensando en un futuro, o al menos en pasar más tiempo con ella.

El último mes había sido maravilloso, como si hubieran conseguido escapar de las limitaciones de tiempo y de las circunstancias para perderse en un mundo que solo les pertenecía a ellos.

Morna, feliz, estaba demasiado ocupada disfrutando del apasionado idilio para preocuparse del futuro. Ni siquiera había hecho mucho caso de una llamada de su abogado, dándole información sobre el testamento de Jacob; por lo visto había una duda razonable sobre la muerte de su hijo. Era posible que Patrick Ward hubiera sido capturado por uno de los ejércitos invasores.

–Pero no accedas a nada hasta que, si pueden, presenten pruebas –había advertido el señor Partridge.

Perdida en su ensueño, Morna había ignorado la posibilidad de tener que dejar Tarika Bay. Hawke pasaba su tiempo libre en la cabaña, aunque a veces se quejaba de lo incómodos que eran los muebles hechos para gente de tamaño normal. Sabía cocinar algunos platos básicos, pero solía llegar con comida preparada por el chef del complejo.

Conversaban, exploraban sus personalidades y descubrían los gustos y valores del otro. Él la hacía reír y ella le tomaba el pelo, comentaban las noticias internacionales y los últimos libros y las canciones antiguas.

Y hacían el amor.

Morna miró hacia delante. Siempre que pensaba en las horas que pasaba en brazos de Hawke, sentía una oleada de calor y se le erizaba la piel. La yegua agitó una oreja, como si percibiera su placer.

–Tenías razón –dijo abruptamente, mirando a Hawke–. Esto me gusta. Y no te atrevas a decir que ya me lo advertiste.

–Ni en sueños –afirmó él con solemnidad.

–¿Cuánto tiempo hay que pasar montando para parecer que tú y el animal sois una sola cosa?

–Algunas personas nunca lo consiguen –Hawke encogió los hombros y se rio al ver el empeño que mostraba el rostro de Morna–. Perfeccionista. No estarás contenta hasta que lo consigas.

–Igual que tú, prefiero hacer las cosas bien.

Pasearon hasta llegar a una gran pradera que se extendía encima del arrecife y ofrecía una vista espectacular del Golfo de Hauraki hasta Auckland.

–Voy a dejar que galope –dijo Hawke, cuyo caballo negro parecía inquieto–. Simplemente mantén a Princesa en la misma

dirección.

Ella se mordió el labio, pero al ver que la yegua no intentaba seguirlos, se relajó y contempló a Hawke.

Sabía que ese interludio romántico acabaría en algún momento, y lo soportaría. El único problema era que sospechaba que empezaba a gustarle demasiado. A amarlo, no, eso nunca.

–Eso ya lo hice antes –le dijo a Princesa.

Pero gustar era una emoción mucho más sólida que lo que había sentido por Glen. Reflexionando sobre el pasado había comprendido que él la había convencido de que estaba enamorada; la había elegido porque era joven e influenciable. Eso decía mucho sobre Glen, y también sobre sí misma. Posiblemente había buscado en él al padre que nunca había tenido.

El cálido sol de otoño bañaba al hombre y a su caballo, al otro extremo del prado. Morna sintió un pinchazo de emoción.

–¿Y esto? –masculló–. ¿Qué es Hawke? El hermano pequeño que nunca tuve? ¿Una aventura pasajera con un gigoló? –lo absurdo de esa idea la hizo sonreír. La yegua relinchó suavemente y estiró el paso–. Ni lo pienses –advirtió Morna, recordando las instrucciones de Hawke y tirando levemente de las riendas.

Lo último que había estado buscando era un interludio apasionado con un semental joven y viril. Simplemente había caído en picado hacia la lujuria, y en vez de saciarla haciendo el amor, se había convertido en adicta. Cuando él siguiera su camino, tendría que olvidarlo.

Sería doloroso. El sexo era fantástico, pero echaría de menos otras muchas cosas: su mente ágil e incisiva, su sentido del humor, la sensación de seguridad que la envolvía a su lado, lo bien que se sentía a su lado…

Era mucho mayor y más sensata que cuando Glen la abandonó; lo dejaría ir sin tanto sufrimiento.

Esa noche asistieron a un baile benéfico. Hawke le había pedido que fuera con él y, como ella misma había donado una de sus joyas para la subasta, accedió.

Había alquilado un vestido de seda satinada y se puso un colgante de diamante y topacio. Después se maquilló cuidadosamente, utilizando una sombra de ojos que resaltaba su color dorado y un carmín rojo brillante. El vestido era digno del precio pagado.

Cuando le abrió la puerta a Hawke se quedó sin aliento. Lo había visto con trajes perfectamente cortados, pero con esmoquin estaba impresionante.

–La ropa de gala se diseñó para hombres como tú –lo halagó, con la boca seca.

–Tú siempre estás magnífica –la escrutó con ojos ardientes–. ¿Qué te ha decidido a ponerte algo de color?

–Me gustó –contestó ella, mirando la seda color topacio.

_A mí también me gusta –su voz sonó ronca de deseo–. Supongo que tenemos que ir, ¿no?

–Sí –farfulló Morna–. Sí, tenemos que ir. He donado un colgante para la subasta.

–Entonces será mejor que no toque –sonrió él.

Una fiebre expectante empezó a quemarle e estómago. Siguió incrementándose a lo largo de la eterna velada: cada roce, cada mirada hacía que se consumiera de deseo. Morna escuchó los discursos sin entender una palabra, vio cómo el colgante que había donado se vendía por el doble de su valor en una subasta frenética; solo era consciente del hombre que tenía al lado.

Comprendió que empezaba a ser demasiado importante para ella. Tenía que decidir si era mejor romper ya, o esperar que ocurriera un milagro. La cobardía le susurró que sería mejor romper, pero un canto de sirena esperanzado resonó en su corazón.

–Vámonos de aquí –sugirió por fin Hawke.

Morna asintió. Estaba harta de ver a mujeres que se lo comían con los ojos, a hombres que le daban la mano con respeto y de que todos, en general, lo miraran con ávido interés y a ella especulativamente. Ansiaba irse a casa con él, pero tenía miedo del futuro. Al menos, esa noche, estarían juntos.

Cuando Hawke giró el volante para entrar en el complejo, lo miró con sorpresa.

–Está más cerca –gruñó él como explicación.

–Solo cinco minutos –intentó reírse, pero le salió un gemido ronco y bajo.

–Llevo esperando toda la tarde –se quejó él con tono desesperado–. Creía que la paciencia era mi fuerte, pero has acabado con esa ilusión.

Ella pensó que las cosas se ponían peligrosas. Excepto en la cama, siempre se había comportado con moderación y disciplina. Tenía la sensación de que esa noche su férreo control se había debilitado hasta convertirse en un papel de fumar. Una cálida languidez acarició su piel y le provocó escalofríos.

El frescor del otoño mantenía a la gente dentro de sus casas así que nadie los vio cruzar el complejo, aunque había luz y se oía música tras las ventanas del edificio principal.

Hawke aparcó el coche y se inclinó para abrirle la puerta a Morna. No la tocó, ni tampoco cuando entraron en la oscura casa. Ella había estado allí suficientes veces como para orientarse en la oscuridad. Una vez en la sala, la atrajo a sus brazos.

–Tenía la esperanza de llegar al dormitorio –dijo, apagando la última palabra contra su boca–. Y voy a hacerlo. Quiero ver cómo te quitas ese vestido tan bonito –al ver que iba a contestarle, añadió–: Con la luz encendida.

–Y yo quiero que lo veas –aceptó ella. La soltó y dio un paso hacia atrás. Morna lo siguió pausadamente hacia el dormitorio, con las rodillas temblorosas y la boca aún sensibilizada por la fuerza y pasión de su beso.

Hawke encendió la lámpara que había junto a la enorme cama y la miró con tanto deseo que Morna estuvo a punto de derretirse.

–Llevo toda la noche observándote con ese precioso y malévolo vestido, deseando quitártelo; pero ahora que estás aquí, no me atrevo a tocarte.

–¿Por qué? –preguntó Morna atónita. Hasta entonces siempre le había quitado la ropa lenta y eróticamente.

–Callos –aclaró él, extendiendo las manos, aunque su sonrisa expresaba un claro reto–. Estropearán la tela. Tendrás que quitártelo tú. Despacio.

–Solo si después puedo desnudarte a ti –dijo ella soltando una risita nerviosa.

–Será un placer –aceptó él–. Y lo digo en serio.

Si alguien le hubiera dicho a Morna que iba a desnudarse delante de un hombre se habría reído en su cara. Pero en ese momento nada le parecía más apropiado. Lentamente, palpitando de placer bajo sus ojos, se quitó el vestido dorado. Los ojos de Hawke se estrecharon al ver las diminutas prendas interiores que llevaba debajo.

–Déjate puesto el colgante –ordenó–. Queda magnífico con tus ojos.

–¿Vas a cumplir tus fantasías, Hawke? –un escalofrío aterciopelado recorrió su espalda.

–No es una que haya tenido antes, pero saber que lo has diseñado y hecho tú lo hace especial.

–Falta el liguero, me temo –dijo ella con una sonrisa descarada. Se quitó los zapatos y empezó a bajarse las medias lentamente.

–Esa no es una de mis fantasías.

Morna alzó la cabeza y se encontró con unos ojos que brillaban como esmeraldas; un rubor oscuro teñía sus anchos pómulos y sus labios parecían más gruesos. Un deseo imperativo e incontrolable la asoló. Sin dejar de mirarlo, se quitó el sujetador y las braguitas. Después fue hacia él, que esperaba, inmóvil.

–Estira los brazos –ordenó. Él obedeció–. Bonitos gemelos –comentó ella, quitándoselos–. De muy buena calidad, ingleses, de los años veinte o treinta, diría yo.

–Eran de mi bisabuelo –aclaró él, con esfuerzo. No podía ocultar la corriente de pasión que lo atenazaba.

–Por supuesto –comentó ella, quitándole la corbata.

–¿Qué ocurre? –inquirió Hawke.

–Nada –Morna empezó a desabrocharle la camisa. Le quitó importancia al hecho de que ella nunca había conocido a un abuelo, estaba disfrutando demasiado.

Le abrió la camisa y besó su piel. El cuerpo de él revivió bajo sus labios, pero siguió sin moverse, aunque su garganta comenzó a emitir un rugido ronco. Ella pensó, con regocijo, que estaba a punto de perder el control por completo, ¡y disfrutaría!

Por fin estuvo desnudo de cintura para arriba y la tensión sexual se hizo más palpable y peligrosa. Morna bloqueó el pensamiento de que el sexo no significaba nada sin respeto, amor y confianza; esa pasión era lo único que podían compartir de momento.

Dio un paso hacia él y se rindió a sus brazos. Agachó la cabeza y besó su cuello y su mandíbula.

–Morna –se quejó él–. No se cómo diablos consigues ponerme en este estado…

–Es mutuo.

–Lo sé –la contempló con sonrisa de conquistador. La alzó en brazos y la llevó a la cama.

Volvieron a besarse y se hundieron en las sábanas frías hasta que Hawke la soltó y se tumbó boca arriba como un gran gato, esbelto, dorado y completamente seguro de sí mismo.

Morna se apoyó en un codo y lo contempló.

–¿Te gusta lo que ves? –rio él.

–Sabes que sí –musitó ella.

–Entonces, tómalo –sus ojos verdes chispearon antes de pronunciar su nombre como si la amara.

Capítulo 11

MORNA se despertó con el grito de una gaviota, el aroma salado del mar y una deliciosa indolencia provocada por dos noches sin apenas dormir. Hawke había intentado despertarla en algún momento de la noche, pero cuando se acurrucó contra él, murmurando, se rio, la besó y la dejó dormir.

La noche anterior había amado a Hawke con todo su ser, consiguiendo que la chispa divertida y relajada de sus ojos se convirtiera en una llama de pasión incombustible. Había sido excitante y liberador derrumbar sus defensas, utilizar su enorme cuerpo como territorio propio y sentir su respuesta incontrolada.

Era el hombre más seguro que había conocido en su vida, y la noche anterior le había demostrado lo experto que era en el arte de amar. Sintió una compleja mezcla de emociones: felicidad, seguridad y aprensión.

Se había esforzado por que todo fuera simple y superficial pero, al final, se había enamorado locamente. Comprendió con horror que estaría dispuesta a dar su vida por él. Era tierno, excitante y magnético…

Y no la amaba. La deseaba, pero eso ya no era suficiente. Ese había sido el trato, y tenía que aceptarlo o dejarlo. El tiempo que pasaba con él era demasiado precioso para desperdiciarlo lamentándose. Bostezó y palpó la cama, pero solo encontró un hueco vacío. Entreabrió los ojos. Las cortinas estaban echadas, pero los rayos del sol entraban por las esquinas, bailoteando en las paredes. Hawke debía de haber salido por alguna razón.

Morna volvió a bostezar y se trasladó al otro lado de la cama. Enterró la cabeza en la almohada para inhalar el sutil aroma viril que lo caracterizaba. Se sentía drogada y letárgica, no podía pensar. Drogada de placer… El insistente repiqueteo del teléfono taladró su cabeza y estiró la mano automáticamente.

–¿Diga? –murmuró en el auricular.

–¿Podría hablar con Hawke Challenger, por favor?

–Me temo que no está –contestó ella, comprendiendo que debía haber dejado que saltara el contestador.

–¿Puede decirle que Patrick Ward quiere hablar con él? –al no oír respuesta, el hombre siguió–. Ya estoy en Nueva Zelanda. Si me llama, podremos finalizar el acuerdo al que llegamos en Singapur –

hizo una pausa–. ¿Me ha entendido? –preguntó con cierta impaciencia.

–Sí –ella, anonadada, agarró el bolígrafo que había junto al teléfono.

–Apunte el número, por favor –tuvo que repetirlo dos veces, porque el cerebro de Morna se había paralizado al oír su nombre–. Bien, gracias –dijo, y colgó.

Morna, rígida como un robot, salió de la cama y se quedó mirando las sábanas revueltas, mientras la conversación resonaba en su cerebro: «Patrick Ward, el hijo de Jacob. El acuerdo al que llegamos en Singapur».

–Así que está vivo –dijo, estúpidamente, frotándose los ojos–. Pobre Jacob…

Jacob había llorado a su hijo, aceptando su muerte aunque nunca encontraron el cuerpo. Morna parpadeó para librarse de las lágrimas. Tenía que pensar.

Hawke había encontrado a Patrick Ward y, en vez de decírselo, había actuado a sus espaldas. Se miró el cuerpo desnudo, el cuerpo del que él había disfrutado la noche anterior. Cruzó los brazos sobre el pecho con ademán protector, escudando su corazón.

Se preguntó cuándo había descubierto que Patrick vivía. Sintió náuseas al empezar a encajar las piezas del rompecabezas. Quizá Hawke le había mentido desde el principio. Recordó con dolor cuánto le había costado disimular el desprecio que sentía hacia ella cuando se conocieron. Era obvio que se había percatado de que él la atraía, conocía muy bien a las mujeres.

Morna ignoró la angustia que la atenazaba y se enfrentó a los hechos. Se preguntó si él se había planteado seducirla para que le vendiera la cabaña y la tierra. Si era así, ella le había dado pie. Hechizada por su magnetismo, había desoído la vocecita que le susurraba que no se podía confiar en ningún hombre.

Sintió el sabor amargo de la humillación en la boca; se planteó si hubiera llegado a rendirse hasta el punto de venderle el terreno, en vez de donarlo a la beneficencia.

–No –exclamó en voz alta. Recordó que acababa de admitir que moriría por él–. Ya no –clamó. Sus palabras resonaron como astillas heladas de dolor.

Una vez que él comprendiera que no podía manipularla mediante el sexo, la abandonaría, igual que Glen. Una puñalada agónica la atravesó y se derrumbó sobre la cama. No eran más que especulaciones, pero tenían sentido. Patrick Ward era real, y también lo era el trato que había hecho con Hawke en Singapur.

–Piensa, idiota –se dijo con desesperación–. No te plantees si le habrías vendido Tarika Bay o no, eso ya no importa.

Lo único importante era que había encontrado a Patrick Ward y llegado a un acuerdo con él sin consultarla; Hawke debía de saber que ella lo consideraría una traición. Su relación no debía de importarle lo más mínimo.

Se tapó la cara con las manos y soltó un gemido. Despreciaba a Hawke por su cinismo y por sus mentiras, pero la debacle en la que se encontraba era culpa suya. Obcecada por la pasión, había olvidado las amargas lecciones aprendidas en el pasado. Parpadeó para controlar las lágrimas, vio el vestido dorado sobre la silla, medias y ropa interior en un montón, donde las había tirado cuando se desnudó para él.

Tenía que salir de allí antes de que él regresara. En el baño encontró una toalla doblada que Hawke debía de haber sacado para ella. Al lado estaban su bolso, unos vaqueros, una camisa y sus zapatillas de deporte. Hawke debía de haber ido a recogerlos a la cabaña. También había una nota. La leyó con el corazón encogido.

Cariño, he tenido que salir, uno de mis capataces de la isla del sur ha tenido un accidente. Te llamaré esta noche, si puedo. Espero que hayas dormido bien.

H.

–¡Hipócrita! –exclamó. Probablemente estaba en Auckland, hablando con Patrick Ward.

Se mordió el labio con tanta fuerza que se hizo sangre. Se duchó y se vistió antes de quitar las sábanas, echarlas en el cesto de la ropa sucia y hacer la cama. Puso el trozo de papel con el teléfono y el mensaje de Patrick sobre la nota de Hawke.

Recogió su ropa y salió de la casa, alejándose de él, de su vida y del amor al que había intentado resistirse y que, por desgracia, acababa de descubrir que se basaba en una sarta de mentiras.

–Ha vuelto –dijo Annie entrando al taller.

–No quiero verlo –dijo Morna. Su voz fría contrastaba con su respiración agitada. Midió una esmeralda y la dejó sobre la mesa. Le temblaban las manos.

–Me dio la impresión de que no le importa lo que tú quieras –dijo Annie con cautela.

–Dile que se vaya. Y no vuelvas a dejar que entre.

–¿Por qué no me lo dices tú misma? –preguntó Hawke, con voz gélida. Morna volvió la cabeza. Hawke estaba de pie en el umbral, con el rostro rígido.

–Esta zona es privada –protestó ella.

–Tanto mejor –dijo él. Annie miró a uno y a otro con preocupación.

–Si oigo algún grito llamaré a la policía –dijo con firmeza, antes de volver a la tienda.

–¿Podrías decirme por qué te has ido de la cabaña? –preguntó Hawke con voz letal. Morna se puso en pie. No pensaba dejar que la intimidara en su propio taller.

–Porque ya no quería vivir allí –dijo con un tono de voz parejo al de él.

–¿Dónde estás viviendo?

–No es asunto tuyo –Morna alzó la barbilla, intentando armarse contra su imponente presencia. Deseó que se fuera, la angustia la estaba destrozando.

–¿Por qué huiste?

–Estoy segura de que ya sabes por qué –escupió ella.

–Porque eres una cobarde –afirmó él–. ¿Por qué no te quedaste para hablar conmigo cuando Patrick Ward te dijo que quería comprar Tarika Bay?

–¿Por qué iba a hacerlo? –las palabras la quemaron–. ¿Qué más iba a descubrir?

–Podrías haberme preguntado qué pretendía.

–Ya lo sé. Quieres comprarle Tarika Bay cuando sea suyo –le dijo. Esperó, con humillante esperanza, que él le diera una excusa válida, pero no la recibió.

–Tú y él tenéis mucho en común… –dijo Hawke tras un silencio–, le fascinan las gemas tanto como a ti.

–Lo sé –replicó ella secamente, la esperanza murió en su corazón–, Jacob me habló mucho de él.

–Lo hicieron prisionero y estuvo encerrado tres años, sufriendo todo tipo de privaciones, hasta que consiguió escapar. Escribió a su padre y Correos remitió la carta al albacea de Jacob, que se puso en contacto conmigo.

–¿Cuándo? –Morna contuvo el aliento.

–Tres días antes de que fuera a Singapur a reunirme con él.

–Viste tu oportunidad y la aprovechaste –dijo ella, al oír la confirmación de sus sospechas–. ¿Por qué no se puso el albacea en contacto con mi abogado?

–Porque pensaba que eras una desvergonzada avariciosa que se había aprovechado de un anciano vulnerable y moribundo para ganar un dinero fácil –dijo él. Su mirada analítica y carente de emoción rasgó el corazón de Morna.

–Así que me enjuició y declaró culpable sin un ápice de prueba –protestó. Su rostro, aunque pálido, no mostró sus sentimientos.

–Todo el mundo sabe que Glen Spencer te mantuvo durante

años, y que te dejó un montón de dinero. También se dice que Nick Harding y tú fuisteis amantes.

–¿Y tú lo crees? –escupió Morna con desdén.

–Lo de Nick, no –escrutó su rostro con objetividad despiadada–. En cuanto os vi juntos, supe que no había nada, que nunca hubo nada, entre vosotros.

–Muy perspicaz por tu parte –enunció ella con voz rasgada–. En cuanto a Glen, estoy devolviendo su dinero. Le tenía cariño a Jacob, pero le pedí que no me dejara la cabaña; si hubiera sabido lo de su hijo, no la habría aceptado. No hacía falta que hicieras el esfuerzo de acostarte conmigo para conseguirla.

–Ya, ¿no he sido más que una aventura para ti?

El desprecio de su voz hizo que Morna se estremeciera, pero la ira le dio fuerzas; la ira y su empeño en no dejarle ver cuánto la afectaba su traición.

–Supongo que una aventura debería durar algo más, incluir más sentimientos –encogió los hombros–. Llámalo sexo de más de una noche. Pensaste que, si me seducías, conseguirías que te vendiera el terreno, y por suerte para ti el plan me convenía. Pero no habría funcionado; se lo habría regalado a la asociación benéfica de todas formas –se enfrentó a su mirada furiosa con desafío y tozudez–. Ya no importa. Has conseguido lo que querías, no hace falta que simules más.

–¿Has conseguido lo que querías tú? –inquirió él, recorriendo su rostro y sus pechos con la mirada.

El traidor cuerpo de Morna reaccionó de inmediato. excitándose. Avergonzada y colérica, contraatacó.

–Oh, podría haber durado más… eres fantástico en la cama. Pero, como casi todo el mundo, me molesta que me manipulen. ¡Sal de mi vida!

–Morna, escucha… –dijo él con una voz completamente distinta a la anterior. A ella se le astilló el corazón, pero no podía permitirle más excusas.

–Tarika Bay ya es de Patrick Ward. Firmé la cesión esta mañana –lo miró con ojos vacíos de expresión–. Ganaste, Hawke. Espero que valga el precio que has pagado. Ahora, si no te importa, tengo trabajo.

Hawke giró sobre los talones y se marchó.

Ella pensó que en el futuro se alegraría de haberlo rechazado, no podía permitirse confiar en él. Pero nunca había sentido un dolor igual. La traición de Glen había dolido, pero esta era una auténtica agonía. ¡A pesar de que no se había hecho ilusiones sobre Hawke!

–Ningún hombre merece la pena –dijo Annie desde la puerta.

–Lo sé –su voz sonó ronca y tensa, pero consiguió esbozar una

mueca que podía pasar por una sonrisa.

–¿Quieres que llame a alguien?

–No.

Nick había sido su salvador cuando Glen la abandonó. A pesar de que se encontraba a medio mundo de distancia, se había apoyado en él desesperadamente; pero ahora Nick tenía a Cathy. Además, ella había madurado desde entonces. Lo soportaría. Miró ciegamente la lámina de oro que tenía ante sí.

–Créeme, no dura eternamente –afirmó Annie–. Yo ya no pienso en ese inútil con el que me casé –el sonido insistente del timbre interrumpió sus palabras–. Bueno, bueno –masculló, volviendo a la tienda.

–Serénate –se dijo Morna–. Se acabó, y solo puedes culparte a ti misma. Ahora debes recordar la lección y olvidar al hombre. Y lo mejor para eso es el trabajo.

Sin duda, trabajar la ayudó. Y también una llamada de la policía, una semana después, para comunicarle que habían capturado a los ladrones aunque, por desgracia, las joyas ya no estaban en su poder.

A partir de ese momento, cada extracto bancario le daba fuerzas para seguir trabajando hasta altas horas de la noche; intentaba recuperar el tiempo que había perdido con Hawke. El negocio empezó a ir bien de nuevo.

La pareja de novios se decidió por fin: tenía que hacer las alianzas y recomponer la diadema de la madre de la novia para la boda. También le encargaron un collar de ópalos y diamantes para la esposa de un industrial de mediana edad.

Varios turistas que habían visto una exposición de su trabajo a bordo de un crucero le compraron piezas, y dos de ellos le encargaron diseños exclusivos.

Profesionalmente hablando, subía como la espuma. Quizá se debía a que el colgante que había donado para el baile de caridad había captado la atención de la gente adecuada; pero era más probable que asistir al baile con Hawke le hubiera conferido cierto caché de aprobación.

A pesar de todo, cuando llegaba agotada a la diminuta habitación que alquilaba, no podía dormir; pasaba horas y horas rememorando obsesivamente el tiempo pasado con Hawke.

Annie comenzó a quejarse de su pérdida de peso, y le llevaba golosinas que cocinaba ella misma. Morna las comía para complacerla, pero no podía ocultar la amargura de sus ojos, ni las ojeras que los circundaban. Entonces, comenzó a llevarle infusiones de hierbas que prometían horas de sueño reparador. Al final, fue el agotamiento lo que pudo con ella, volvió a dormir, pero sin

descansar.

Cathy y Nick estaban preocupados, pero ella se negó a amargar su felicidad. Sonreía mecánicamente; incluso cuando la prensa amarilla sugirió que cierto soltero de oro iba a todos sitios con una encantadora mujer. Morna, angustiada, dejó de leer revistas.

–Ha vuelto la señora Roberton –anunció Annie, mientras vigilaba a la cliente por el monitor–. Quiere que le diseñes un broche. No ha mencionado el anillo que encargó y luego rechazó.

–Dile que no tengo tiempo –Morna sonrió con cínica satisfacción. Era importante pagar la deuda con el banco, pero a veces el orgullo era mejor.

–Me encantará hacerlo –Annie sonrió vengativa.

–Es verdad. Tengo que preparar muchas cosas para la exposición.

Esa era otra buena noticia. La habían invitado a exponer su obra en un evento muy prestigioso. Le habría gustado sentir más entusiasmo por esa excelente oportunidad para ampliar su clientela.

–Disfrutaré viendo su cara cuando le diga que lo único que diseñarías para ella sería su tumba.

–¡No te atreverías!

–Bueno, no, pero me tienta –Annie salió sonriente.

Morna se puso en pie y paseó por la habitación. Arrancó una hoja del calendario; habían pasado casi tres meses desde que el hijo de Jacob Ward había acabado con su felicidad.

A pesar de su propia experiencia, y de que Annie le aseguraba que el dolor no duraría, seguía sufriendo. Se amonestaba duramente por su estupidez, por enamorarse de un hombre que no le había prometido nada más que sexo fantástico…

–Hay que reconocer que eso lo cumplió –dijo en voz alta, mirando el correo. Había un abultado sobre de una firma de abogados–. Smytheman y Force –masculló, intrigada–. ¿Qué demonios…? ¡Oh!

Era el bufete que se ocupaba del testamento de Jacob. Lo abrió rápidamente, esperando leer un frío resumen del albacea, concluyendo la operación.

–La vieja asquerosa se ha quedado seca –proclamó Annie con satisfacción–. Por supuesto, no me ha creído cuando le he dicho que estabas demasiado ocupada, pero ha tenido que callarse… ¡Morna! ¿Qué te ocurre?

–Escrituras –gimió ella, blanca como la nieve.

–¿Escrituras? –Annie miró los documentos que tenía en la mano–. ¿Qué tipo de escrituras?

–De propiedad –Morna se apoyó en la silla.

–Necesitas una copa, pero tendrás que apañarte con un café –

Annie no sabía lo que estaba ocurriendo, pero era una mujer práctica, que había sufrido lo suyo–. Siéntate. Voy a prepararlo.

Morna releyó la carta. Fríamente, y con clara desaprobación, el abogado anunciaba que, siguiendo las instrucciones del señor Hawke Challenger, le adjuntaba las escrituras de propiedad de Tarika Bay.

–¿Por qué? –susurró, intentando aplastar un chispazo de esperanza–. ¿Por qué? –se preguntó, dubitativa, si sería un súbito remordimiento de conciencia.

Aunque lo fuera, no quería que Hawke sintiera lástima por ella. Dejó las escrituras sobre la mesa y se derrumbó en la silla. No, lo quería hambriento, salvajemente enamorado, tan obsesionado como lo estaba ella misma…

–Madura de una vez –exclamó con voz dura.

–Ya maduré –Annie puso una taza de café ante ella–. No deberías beber café, estás demasiado excitada, pero como no te hacen gracia las infusiones, me conformo –sonó el timbre de la tienda–. Morna, bébetelo, por favor. Estás blanca como una sábana.

Morna rodeó la taza con las manos, dio un sorbo y estuvo a punto de escupir. Annie debía de haber echado medio azucarero dentro. Para que no la regañara, se tragó el brebaje con estoicismo mientras miraba las escrituras como si estuvieran envenenadas. Se preguntó qué hacer; al final decidió llamar a su abogado.

–¿Puede alguien regalarme tierra? –preguntó bruscamente. Oyó la tos seca y, comprendiendo el motivo, empezó de nuevo–. Perdone, eso no es lo que quería decir. ¿Es posible que una parcela de tierra sea mía legalmente sin que yo firme nada?

–Para que sea suya legalmente –dijo él, horrorizado–, tendría que firmar documentos, por supuesto.

–Eso creía yo. Gracias.

–¿Quiere concertar una cita?

–No será necesario –le dijo. Le rechinaron los dientes y colgó el auricular. Era otra mujer, tras tres meses de letargo, la asaltó una corriente de furiosa energía. Recogió las escrituras y las metió en el maletín.

–Hawke Challenger va a ver cómo le tiran su regalo a la cara. ¡A ver qué le parece eso!

No iría al complejo; era incapaz de revivir el recuerdo de la última noche pasada con él: éxtasis y traición. Iría a su despacho, sin avisar. Si no estaba allí, dejaría las escrituras y se iría. Pero si estaba… Entonces le diría lo que opinaba de los hombres que creían que podían comprarla. No podía haber elegido una manera más humillante y agresiva de encolerizarla.

En su nuevo coche fue hacia Orewa, y aparcó en la calle

principal. Temblaba de expectación y se sentía viva por primera vez desde que oyó la voz de Patrick Ward. Demasiado viva. Se miró en el espejo para retocarse los labios y peinarse. Tenía un aspecto horrible; sus ojos encendidos y el rubor de sus mejillas asustarían a cualquiera. ¡El efecto de una subida de adrenalina!

Pronto encontró el bloque del despacho de Hawke; en el vestíbulo, Morna vio que el edificio también era sede de un dentista, un médico y un abogado. Descargó parte de su energía subiendo las escaleras a pie. Ya arriba, buscó el anuncio de Empresas Challenger.

Abrió la puerta que daba a una agradable sala de recepción, presidida por una mujer pequeña, de edad mediana, con el pelo de color rojo.

–¿Puedo ayudarla? –preguntó la mujer.

–Quiero ver al señor Challenger –dijo Morna, con la boca seca y voz cortante.

–¿La está esperando?

–Estoy segura de que sí –replicó Morna, con una sonrisa fría como el hielo.

Capítulo 12

A QUIÉN anuncio? –preguntó la recepcionista.

–Morna Vause.

–Un momento –la mujer marcó un número–. Hawke, la señorita Vause está aquí –un segundo después, colgó y miró a Morna con interés–. Saldrá enseguida.

Morna notó que su energía se desvanecía cuando oyó el sonido de la puerta al abrirse. Sabía que estaba cometiendo un gran error, pero sus ojos se clavaron en él. Hawke parecía cansado, un poco más mayor, más delgado y menos vital. Sin embargo, el brillo de sus ojos verdes era igual, y la sonrisa que curvó su boca hizo que se le disparara el corazón.

–Hola, Morna –saludó, como si la esperase–. Entra al despacho –sin apartar los ojos de ella, añadió–: Barbara, tráenos café, por favor, y galletas.

–Siéntate –le pidió con cortesía cuando entraron al despacho, grande y luminoso, con vistas a la bahía–. ¿Qué diablos te has hecho?

Ella siguió en pie, azuzando su cólera.

–Nada –su voz sonó fina y cascada, como si no hubiera hablado en años. Rebuscó en el maletín y sacó las escrituras de la cabaña–. No tengo ni idea de por qué has hecho esto –dijo, tirándolas sobre la mesa–, pero no quiero Tarika Bay –debería haber callado, pero siguió hablando–. Me indigna que hayas creído que aceptaría para que tú aliviaras tu conciencia.

–Te hice una pregunta. ¿Qué diablos te has hecho?

–No sé a qué te refieres –replicó ella con orgullo.

–Tienes aspecto de haber pasado el invierno tirada en la calle –dijo él con brutalidad, acercándose y alzando su barbilla con la mano–. Estás pálida, tienes ojeras y has adelgazado muchísimo.

–Déjame –exigió Morna. Cerró los ojos para no encontrarse con los de él.

–¿Has estado enferma?

–No, solo ocupada. Tengo mucho trabajo –dijo ella, pensando que había estado enferma de amor.

Él la soltó, pero alzó una ceja pidiéndole que siguiera hablando.

–No quiero Tarika Bay –forzó una sonrisa artificial–. No vuelvas a enviarme las escrituras, te las devolveré por un servicio de

mensajería.

–¿Por qué no lo has hecho esta vez? –preguntó él.

Era una buena pregunta, y Morna comprendió que no tenía respuesta. Su orgullo le impedía responder con la verdad: que anhelaba verlo de nuevo.

–¿Por qué me enviaste las escrituras? –le devolvió.

–Contestar una pregunta con otra es el recurso de los que no saben qué decir –aseveró él–. Quería verte de nuevo sin que nos interrumpiera tu ayudante, y sabía que no accederías a una reunión.

–¿Cómo sabías que no aceptaría la tierra? –preguntó ella, resistiéndose al júbilo que le provocó su respuesta–. Te arriesgaste. Una mujer que ayudó a un anciano con la esperanza de que le dejara su propiedad no se lo pensaría dos veces antes de aceptar un valioso regalo de un antiguo amante.

–No me importa correr riesgos de vez en cuando –dijo él enigmático–. Pero en este caso, no tenía dudas. Además, había ideado un plan de emergencia; si me las devolvías por mensajero, pensaba secuestrarte.

Ella lo miró boquiabierta. Aunque su expresión no había cambiado, sospechaba que hablaba en serio.

–¿Qué significa todo esto? –preguntó asombrada.

–Dime por qué has traído las escrituras, en vez de meterlas en un sobre y entregárselas a un mensajero.

–Estaba…, estoy –se corrigió– furiosa. Quería decirte lo que opino de ti.

–¿Y a qué esperas? –dijo él con voz cínica.

Ella sacudió la cabeza y fue hacia la ventana. Vio a un anciano que paseaba por la playa y se inclinaba para besar a la mujer que lo acompañaba. Se le hizo un nudo en la garganta.

–¿Por qué querías verme? –preguntó con voz ronca.

–Oí que la policía había encontrado a los ladrones.

–Es verdad –admitió ella.

–¿Han recuperado las joyas?

–No.

–Entonces, ¿cómo te van las cosas? Aparte de la salud, claro –puntualizó con voz tersa.

–Mi salud está bien –replicó ella–. Trabajo mucho.

–Te matas trabajando, por lo que se ve.

Ella lo miró atónita, preguntándose qué estaba ocurriendo y por qué la examinaba con la mirada.

–Hawke, ¿por qué querías verme?

–Quería asegurarme de que estabas bien –replicó él con tono indiferente.

Morna sintió que una llamita de esperanza prendía en su

interior. Intentó apagarla.

–Estoy bien, gracias. He tenido muchos encargos.

Sin apartar los ojos de su rostro, Hawke se apoyó en el escritorio y se cruzó de brazos.

–Has ocultado muchos detalles de tu vida. No me dijiste que tenías que pagar a los clientes cuyas joyas habían sido robadas.

Ella abrió la boca para negarlo, pero volvió a cerrarla. No tenía sentido, él estaba al tanto.

–¿Quién ha dicho eso? ¿Nick? ¿O Cathy…?

–Ni uno ni otro –interrumpió él.

La recepcionista entró con una bandeja en la que había café y galletas de chocolate.

–Gracias, Barbara –esperó a que se cerrara la puerta y señaló la bandeja–. Ponte un café. Tienes aspecto de necesitar algo de energía.

Morna titubeó, pero sirvió dos tazas de café y le ofreció una. Tomó un par de sorbos y recuperó el coraje.

–¿Cómo te enteraste de que el robo casi me arruina?

–Vi que la caja no había sido forzada y supuse que había estado abierta –esperó a que ella asintiera antes de seguir–. Sabía que las perlas de Babs Pickergill estaban dentro, me comentó que estabas reensartándolas. No era lógico que el seguro cubriera el contenido de una caja fuerte abierta y adiviné que el collar de Babs no era la única pieza que contenía.

–Había más –admitió ella.

–¿Por qué no me lo dijiste?

–¿Por qué iba a hacerlo? No tenía nada que ver contigo –deseó saber lo que maquinaba la mente lúcida que se ocultaba tras sus ojos–. Conseguí un préstamo del banco. No tienes por qué preocuparte de mí, Hawke. Soy una superviviente.

–Eso es algo que tenemos en común –dijo él, sin desviar sus inquietantes ojos verdes, penetrantes como un rayo láser. Parecía empeñado en sacarle toda la verdad–. Tenemos mucho más en común, la falta de confianza, por ejemplo.

Morna se mordió el labio pero él no le dio tiempo a contestar.

–Hemos pasado casi un mes compartiendo la cama, pero sigo sin saber mucho de ti. Eras todo lo que un hombre podría desear, en la cama y fuera de ella, pero poco después de convertirme en tu amante empecé a preguntarme por qué te escondías tras una máscara. No querías que la relación pasara de lo meramente sexual.

–Y menos mal –explotó ella, humillada–. Me habrías hecho mucho daño si hubiera confiado en ti. A nadie le gusta que lo utilicen.

–¿Eso creíste que hacía? ¿Utilizarte? –su voz incrédula hizo que

Morna se ruborizara de vergüenza–. Para que lo sepas –masculló–, no me interesa la explotación sexual, ni ningún otro tipo de explotación.

Ella se sonrojó aún más. El argumento que había utilizado para acostarse con él le pareció vulgar y barato. Deseó no haber cedido al deseo de volverlo a ver.

–A mi tampoco –aseveró. Era consciente de que se había enamorado de él en el momento en que lo vio; pero se había negado a admitirlo.

–Eso lo sé ahora –replicó él, juiciosamente.

–¿De verdad creíste que tenía la costumbre de seducir a hombres para sacarles el dinero? –preguntó ella colérica.

–Cuando te conocí, no estaba seguro. Había oído hablar de tu reputación –contestó él–. Viviste con Glen Spencer cinco años. Él acabó la relación y financió tus estudios en el extranjero.

–Le devolví cada céntimo –apretó los dientes y añadió con desdén–: Aunque no podía probarlo.

–Lo que hicieras con el dinero no es asunto mío.

–Pero creíste los rumores.

–Tenía la mente abierta –Hawke negó con la cabeza.

–Pues escucha la verdad. Sí, Glen me compensó pagando un curso de diseño para librarse de mí. Odiaba parecer injusto, así que cuando lo consideré un préstamo y lo devolví, me dejó la misma cantidad en herencia –hizo una pausa–. Tenía cáncer.

–Entiendo –musitó Hawke con rostro inexpresivo.

–Utilicé el dinero para montar la tienda, pero sigo considerándolo un préstamo, así que lo pago entregando el dinero a una asociación benéfica –dijo Morna–. Volveré a hacerlo cuando pague el préstamo del banco.

–Creo que empiezo a entender.

–No podría vivir conmigo misma si no me quitara esa carga de encima –dijo ella, apretando las manos–. Y no, no puedo ni quiero probarlo. No verás un recibo.

–No hace falta que lo pruebes, te creo –antes de que ella pudiera digerir sus palabras, continuó–. Pero es tan sorprendente que me pregunté por qué habías heredado Tarika Bay.

–Si te interesaba, ¿por qué no me lo preguntaste?

–Lo hice. Dejaste claro que no tenías intención de hablar del tema. Poco después descubrí que no era la única parcela de tu vida que no ibas a explicar.

–Te conté mi infancia –masculló ella.

–En un par de frases amargas. Y nunca me preguntaste por la mía. Supuse que tu interés por mí solo existía entre las sábanas –aunque su voz sonaba tranquila, estaba teñida de desdén.

Morna, avergonzada, miró hacia otro lado. Había estado tan empeñada en no acercarse demasiado a él, para que no la hiriese…

–Estabas equivocado –se defendió–. No teníamos una relación que diera pie a intercambiar confidencias.

–Tú te aseguraste de eso –dijo él. Morna vio un destello de dolor en sus ojos. Nunca había pensado que él pudiera querer algo más que sexo.

–¿Por qué no me dijiste que Patrick Ward estaba vivo? Sabías cómo me sentiría si no lo hacías.

–Tenía miedo –respondió él, escueto.

–¿Tú? –ello soltó una risa incrédula.

–No me habías dicho lo que sentías.

–Sabías lo que sentía, ¡lo sabías! –replicó ella con indignación.

–Sabía que me deseabas –hizo una pausa–. Lo que me asustaba era que yo anhelaba más que eso.

–¿He pasado alguna prueba al rechazar Tarika Bay? –dijo ella fríamente, intentando reprimir la esperanza que la desbordaba–. ¿Te ha convencido de que no voy por ahí buscando ancianos para sacarles el dinero?

–No te estaba probando –masculló él–. Ya me había dado cuenta de que me había dejado engañar por los rumores. Por desgracia, cuando me dijiste que habías renunciado al legado de Jacob, me ordenaste que saliera de tu vida.

–¿Qué esperabas?

–Supongo que esperaba algo de confianza.

–¿En serio? –preguntó ella, luchando contra el deseo de decirle que daba igual, que lo amaba y estaba dispuesta a perdonarle cualquier cosa–. Actuaste a mis espaldas. ¿Qué iba a pensar?

–¿Te dije que fui a cenar con Babs Pickersgill después de la exposición de perlas?

Morna, desconcertada por el abrupto cambio de tema, negó con la cabeza. ¡Ella había pasado horas imaginándolo en brazos de Peri! ¿Qué le habría dicho Babs, tan bondadosa pero tan cotilla…?

–¿Qué te dijo? –preguntó con voz débil.

–Que Glen Spencer te obligó a dejar de trabajar mientras vivías con él. También sugirió que, aunque la gente decía que habías aprovechado sus remordimientos de conciencia para sacarle dinero, ella sabía que no era así –Hawke esbozó una débil sonrisa.

–Forma parte de la junta directiva de la asociación a la que pago el legado de Glen –aclaró Morna, agitada y a la defensiva.

–También me dijo que compras tu ropa en tiendas de segunda mano.

–No tenía derecho a hacerlo –farfulló Morna, roja como la grana.

–Sabía que estaba fascinado contigo, y le gustas. Creo que

pretendía hacer de casamentera.

Morna apretó los puños, sentía una desazón monstruosa y no se atrevía a hablar.

–Tarika Bay es tuya, trágate el orgullo y acéptala –dijo él pensativamente–. Por cierto, no es adecuada para un campamento infantil; hay una playa al otro lado de la península que será mucho más segura. Ya he organizado todo para que la aíslen.

–¿Por qué quieres que me la quede? –exigió Morna con voz baja y peligrosa.

–Cuando volví a casa después de hacer el amor contigo por primera vez, paré en la cima de la colina y me pregunté qué diablos había hecho. Pensaba que hacerte el amor diluiría el poder que tenías sobre mi, pero comprendí que no había funcionado –hizo una pausa–. No me gusta admitirlo, pero me enfadé. Me disgustó la idea de que mi felicidad dependiera de alguien.

Hablaba de felicidad, no de amor. Aun así el corazón de Morna dio un bote. Algo se desató en su interior, provocando un dolor intenso, que la dejó sin aliento.

–¿Por qué?

–Porque nunca me había ocurrido antes –dijo él con sencillez–. Así que te evité todo el tiempo que pude. ¡Dos días enteros! Me odié por no ser capaz de resistirme; te daba poder sobre mí. Pero, por primera vez en mi vida, no pude mantenerme alejado y nos hicimos amantes.

No se movió un solo músculo de su cuerpo. La tensión vibraba entre ellos y Morna escuchaba inmóvil. Hawke siguió hablando con tono juicioso.

–Desde el principio, quise ayudarte.

Morna se puso pálida y sus pupilas se dilataron. En realidad no la sorprendía. Siempre había percibido en él un cierto afán protector.

–El mes que pasamos juntos comprendí, muy despacio, porque luchaba contra ello, que no eras avariciosa ni manipuladora. Pero seguía queriendo pruebas. Y quería que admitieras que sentías más por mí que una mera necesidad sexual. Probaste tu honradez al decirme que habías cedido Tarika Bay a Patrick Ward, pero también demostraste que nunca serías capaz de confiar en mí. Entonces descubrí lo que es el dolor.

–¿Por qué te pusiste en contacto con Patrick Ward? –preguntó ella con un hilo de voz.

–Ya sabía que no aceptarías mi ayuda, y que le cederías Tarika si aparecía. Quería regalarte la bahía. Iba a decírtelo cuando regresé de Singapur, pero antes quería atarte a mí, y la única manera de hacerlo que conocía era el sexo.

–Entonces, ¿después de regresar…?

–Sí. Intenté hacerte mía en todos los sentidos, para que me perdonaras cuando te contase lo de Patrick. La última noche que pasamos juntos decidí contártelo por la mañana. Cuando llamaron para decirme lo del accidente, intenté despertarte para explicártelo.

–Ojalá lo hubieras hecho –dijo ella con tristeza, recordando que él la había llamado y había sido incapaz de responder.

–Estabas agotada, ni siquiera te moviste cuando sonó el teléfono –aclaró él, sombrío–. No se me ocurrió que Patrick Ward podía llamar. Cuando regresé, habías huido, y perdí la esperanza de que me creyeras.

Morna se volvió hacia la ventana y contempló el bullicio de la calle, la familiaridad de la vida diaria en una pequeña ciudad de Nueva Zelanda.

–El testamento de Jacob ha sido autenticado, cerré el trato ayer –sonrió con desgana–. Sabía que no aceptarías dinero de mí, tienes un rechazo patológico a aceptar dinero de los hombres, ¿verdad? –al ver que no contestaba, siguió hablando–. ¿Se te ha ocurrido pensar que al devolver lo que Glen Spencer te dio, te estás castigando por haberte enamorado de él?

–Siento, sentía que era dinero sucio –murmuró ella–. Que me ensuciaría a mí si no lo devolvía.

–Nada podría ensuciarte –dijo él, con una voz mucho más cálida que antes.

Morna deseó que la tocara, pero sabía que no lo haría. No era su estilo. No utilizaría el sexo para persuadirla: quería que se rindiera por completo. Se sintió mareada, como si se hubiera olvidado de respirar, el sol la estaba cegando y el martilleo de su corazón apagaba el ruido del tráfico.

–Creí que vendrías a tirarme las escrituras a la cara. Y tenía razón, viniste. ¿Es demasiado tarde para nosotros, Morna?

–Has estado saliendo con Peri Carrington otra vez –musitó ella roncamente.

–Está a punto de anunciar su compromiso con un magnate de la isla del sur, un primo mío.

Morna lo miró en silencio, desesperada por creerlo.

–¿Te dolió oír que nos habían visto juntos?

Ella apretó las manos contra el alféizar de la ventana. Si le decía la verdad, sería la rendición que él esperaba. Se había jurado no volver a amar, no volver a entregar su corazón a ningún hombre. Pero si no lo hacía se arrepentiría durante el resto de su vida.

–Sí –dijo, casi gimió.

–Siento haber visto a Patrick Ward a tus espaldas. ¿Puedes creer que nunca volveré a hacer algo así? Confiaste en que Annie no

volvería a dejar la caja fuerte sin cerrar. Si confiaste en ella, ¿no podrías confiar en mí?

Ella sintió que se derretía, que el orgullo que la había protegido hasta ese momento se rompía. Giró hacia él y miró el rostro que adoraba.

–Hawke, no sé qué hacer.

–Ámame –replicó él instantáneamente, con voz llena de ternura–. Creo que podrías si lo intentaras. Porque yo te quiero más que a la vida. Empecé a amarte incluso antes de conocerte. Debí entregarte mi corazón y pedirte que te casaras conmigo hace mucho, en vez de hacernos pasar por este infierno.

–No tengo que intentarlo –los ojos de Morna se llenaron de lágrimas–. Te quiero tanto que podría morir de amor–. Al principio creía que podía tener una aventura apasionada contigo sin perder el corazón. Pero debí darme cuenta de que solo era una excusa. Amar es demasiado peligroso.

–Pero tiene muchas compensaciones –afirmó él con calma. La tomó en brazos y la besó. Ella respondió con pasión y él volvió a besarla, hasta que se oyó un pitido en la calle y alzó la cabeza.

–¡Sigue así, hombre! –gritó una voz masculina. Un segundo después secundó el grito una voz femenina–. ¡Y tú también, mujer!

Riendo, Hawke saludó con la mano y alejó a Morna de la ventana, para evitar que los vieran. Ella también se rio, maravillada con el cambio de su rostro: la tensión había desaparecido, parecía feliz y enamorado.

–No podré volver a llevar la cabeza alta en esta ciudad –dijo él–. Morna. Bienamada. No sé cuándo comprendí que cada vez que decía tu nombre te estaba llamando bienamada en mi corazón.

–Voy a ponerme a llorar –gimió ella.

–Cariño mío, llora si quieres.

Ella escondió el rostro en su hombro pero luchó contra las lágrimas. Inmersa en la calidez de su cuerpo, inhalando el indefinible y sensual aroma de Hawke, disfrutó de una inesperada y maravillosa sensación de seguridad.

–Sal de ahí –pidió él, un rato después.

–Te quiero –alzó el rostro arrebolado hacia él–. Siempre te querré. No sabía que era algo tan maravilloso.

–Ni yo tampoco –sonrió él–. ¿Cuándo nos casamos?

–¿Casarnos?

–Parece lo natural, a no ser que tengas algo en contra del matrimonio. Sospecho que a Nick no le gustaría que te limitaras a vivir conmigo.

–Eres más joven que yo –dijo ella.

–¿Dos años? –Hawke alzó las cejas.

–Es algo tonto preocuparse por eso –admitió ella.

–No vuelvas a hacerlo, ni ahora ni nunca –miró su rostro y sonrió con ironía–. Si no haces un hombre honesto de mí, recibirás una visita de mi madre. Es bastante formidable por sí sola, pero si te resistes probablemente traiga refuerzos.

–¿De qué tipo? –preguntó ella, asombrada al pensar en la idea de tener una familia.

–Unos cien primos, todos testarudos y mandones. No te culparía si decidieras huir al verlos, pero son parte de mi vida.

–Tu madre pensará que te has vuelto loco –comentó Morna con voz triste–. Yo no tengo familia. Ni siquiera sé quién fue mi padre.

–A mi madre le encantarás –dijo él con plena confianza–. Y el que seas dos años mayor que yo la animará a dejar caer sugerencias sobre lo bueno que sería tener familia cuanto antes. Mi madre no tiene ningún tacto, y está desesperada por tener nietos; pero es un encanto y espero que te guste –rio suavemente–. ¿Te importaría que llamásemos Hawke a uno de esos niños, para complacerla? Puede ser parte de un nombre compuesto.

–No sé si sería buena madre –dijo Morna con un ataque de pánico.

–Por lo que sé, más o menos te criaste a ti misma –apuntó él rápidamente–. Serás una madre fantástica. Entonces, ¿queda claro lo de la boda? He pensado que podríamos decírselo a Nick y a Cathy y este fin de semana ir a ver a mi madre; después puedes empezar a buscar un diamante del color de tus ojos…

–Haces que todo parezca muy fácil –susurró Morna. Él acarició una de sus cejas.

–Cielo –la abrazó con fuerza–. A partir de ahora intentaré que todo sea fácil para ti. Te opondrás y yo seré un dictador, y a veces discutiremos. Pero nos queremos, y podemos enfrentarnos a cualquier problema.

–Sí –suspiró ella, convencida por su confianza. Después se perdió en sus brazos.

Epílogo

TODO irá bien –anunció la señora Challenger, poniéndose en pie y caminando hacia la ventana.

–Por supuesto –contestaron los Harding al unísono.

–Morna es fuerte como un caballo, y… –el ruido de la puerta al abrirse interrumpió a Cathy. Los tres se volvieron hacia el recién llegado.

–Está perfectamente y los bebés están sanos y pesan lo suficiente para que no los consideren prematuros –Hawke soltó una risa al oír el suspiro de alivio colectivo–. Morna dice que no piensa volver a pasar por esto.

–Lo superará –dijo Cathy, mirando de reojo a su marido.

–¿Podemos verla? –preguntó la madre de Hawke.

–Estaremos listos para recibir visitas dentro de media hora.

Salió de la sala de la espera y regresó a la habitación privada en la que estaban Morna y los bebés. Como siempre que la veía, su corazón se estremeció de gozo. Estaba tumbada en la cama, pálida pero radiante, y sonreía con satisfacción. En una gran cuna estaban el niño y la niña, profundamente dormidos.

–Cariño –dijo Morna, con voz de felicidad–. Simon Hawke hace ruido al chuparse el puño, pero Fiona se ha dormido nada más cerrar los ojos. Espero que se hagan amigos de Penny –la hija de Cathy y Nick era la ahijada de Morna.

Hawke se agachó y besó a los bebés antes de sentarse para besar a su esposa. Ella se acurrucó en sus brazos, con la confianza que le daba un año de matrimonio.

–Te quiero –dijo Hawke.

–Es curioso cómo el amor da sentido a todo –murmuró ella, tocando sus labios–. Me siento como si hubiera venido al mundo justo para esto, para ser tu mujer y la madre de tus hijos. Y la mejor joyera del Hemisferio Sur.

–¿No te arrepientes de haber dejado la tienda a cargo de Annie? –Hawke le apartó el pelo de la cara.

–No he dejado nada, cielo. Puedo seguir diseñando y haciendo piezas; y el taller que hay en nuestra nueva casa me mantendrá activa hasta que deje de ser madre a tiempo completo.

Habían construido una casa, grande y soleada, en Tarika Bay. Hawke había terminado de pagar la deuda que ella consideraba que

tenía con Glen, pero había aceptado que ella misma pagara el préstamo del banco.

–Me has entregado tu persona, y a tu madre, por no mencionar a toda esa familia tuya. Y ahora a los bebés. Me has dado el mundo –susurró ella contra sus labios. Un mundo que nunca creyó conseguir.

Abrazados, contemplaron a sus hijos y pensaron en el futuro que se extendía ante ellos, resplandeciente con la promesa de una vida larga y feliz, llena de compañerismo, risa y amor.